

Burbujas



Gema Samaro

BURBUJAS

GEMA SAMARO

©Gema Samaro, marzo 2018

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Diseño: AIRG

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son ficticios, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

“Debemos arrojar a los océanos del tiempo una botella de naufragos siderales, para que el universo sepa de nosotros lo que no han de contar las cucarachas que nos sobrevivirán: que aquí existió un mundo donde prevaleció el sufrimiento y la injusticia, pero donde conocimos el amor y donde fuimos capaces de imaginar la felicidad”.

Gabriel García Márquez

Índice

[Índice](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Epílogo](#)

Sinopsis

Orosia aparece una noche en la casa de Carmen con una botella de champán, para que se la entregue a su nieto Santiago convencida de que, aunque él sea raro y ella no lo soporte, las burbujas harán el resto.

Carmen no solo detesta a ese tío, alias Santinfierno, un amigo de la infancia al que hace un tiempo que no ve, sino que esa misma noche descubre que Orosia es una abuela fantasma que puede complicarle demasiado la existencia.

Y está en lo cierto, pues a partir de ese momento Orosia no parará de sabotear la apacible vida de Carmen, apareciendo una y otra vez en los momentos más inoportunos para recordarle que como su nieto no hay nadie más.

Y se pone tan pesada que a Carmen no le queda más remedio que idear un plan para que Santinfierno sea feliz de una vez por todas, y por supuesto: sin ella.

O eso cree. Porque a veces piensas que quieres una cosa, pero realmente necesitas la que menos imaginas.

Y es que la vida se parece demasiado a las burbujas de champán, siempre impredecibles, que suben y que bajan, que vienen y que van...

Capítulo 1

Sonó el timbre de la puerta, cuando estaba frente al espejo de la entrada dando los últimos retoques a mi moño de estilo años cincuenta, que se me estaba resistiendo un poco, la verdad. Sobre todo porque, después de dedicarle tres cuartos de hora, el peinado más que un elegante recogido bajo, parecía el clásico moñete que te haces con prisas justo antes de enfrentarte a cualquier actividad que exija un poco de concentración. Pero no pensaba rendirme, y como que me llamaba, y me sigo llamando, Carmen Guerrero, que yo iba a sentarme a la mesa con mi moño años cincuenta de toda la vida, luciendo bien estiloso.

Dejé por unos instantes mi proyecto de peinado y abrí sin mirar, pensando que sería un primo, una tía, un sobrino... si bien quién estaba detrás de la puerta era una señora muy mayor, qué sé yo, de entre noventa y cien años, vestida con un traje dorado de lentejuelas largo hasta los pies y una chaqueta también dorada encima, a la que solo le faltaba el premio en la mano para que pareciera que acababa de recibir el Oscar honorífico a toda una carrera. Ah, y por cierto, llevaba un moño estilo años cincuenta que ya hubiese querido yo para mí.

—¡Buenas noches! —me dijo la señora con una sonrisa espectacular, con una cantidad de dientes tremenda, implantología de la buena.

—¡Hola! ¡Buenas noches! —saludé sin poder dejar de mirar esa divina piñata.

—Soy Orosia, una vecina, vivo al final de la calle. ¿Te acuerdas de mí?

Entonces, caí. ¡Era Orosia, la abuela de Santinfierno! ¿Pero no llevaba más de veinte años muerta? Estaba claro que no, ¡la tenía delante! Debía estar confundiéndola con otra abuela.

—Sí, claro, pero como viene de tiros largos y hacía tantísimo que no la veía...

El pueblo de mi abuela, Valdetorres del Campo, apenas tenía cinco mil habitantes y viviendo en la misma calle, era difícil no encontrarse.

—Me gusta vestirme un poquito para las fiestas. Me alegro de que te acuerdes de mí.

—Sí que me acuerdo, de usted y de su nieto... —El nieto era difícil de olvidar.

—Yo también, de toda tu familia. Anda que no he hecho calceta con tu abuela Pilar...

—Está en la cocina. Pase a saludarla, estará encantada de verla otra vez.

—En otro momento, estoy aquí porque he venido a buscarte. Eres malísima haciéndote moños, pero a mí me gustas tú —replicó alzando las cejas.

Me llevé la mano al moño, en un vano intento de tapar el estropicio.

—¿Le gusto yo? ¿Para qué? —pregunté nerviosa.

—Para una misión —respondió misteriosa.

—¿Qué tipo de misión?

—¿Puedo contar contigo o no?

—Depende —contesté encogiéndome de hombros.

Y empecé a tiritar. De repente, sentí muchísimo frío. En la calle no había ni un alma, solo un gato pardo que paseaba de puntillas, sin hacer ruido, como un bailarín del *Cascanueces*.

—Primero dime sí o no.

—Si pudiera darme alguna pista —inquirí cruzándome de brazos, con una expresión de sagacidad que a Orosia no le intimidó para nada.

—Porque sé que eres perfecta.

¿Perfecta para qué? ¿Para meterme en un marrón de tres pares de narices?

—Disculpe, pero como no me hable más claro —repuse un poco nerviosa.

—Para que le lleves esta botella de champán a mi nieto.

La señora tenía las manos vacías, ¿de qué botella me estaba hablando?

—¿Champán? —pregunté arrugando el ceño.

No me preguntéis cómo, no sé de dónde lo sacó, si lo tendría debajo de la manga o detrás de la espalda, pero la señora me puso una botella de champán en la mano.

—Champán —insistió, mostrándome otra vez su impecable dentadura.

Todavía sin salir de mi asombro, por el truco de magia que se acababa de gastar la abuela Orosia, hablé:

—¿Dónde está su nieto, señora? —Faltaba una hora para que empezáramos a cenar y, desde luego que como estuviera lejos, pensaba negarme en rotundo a subirme al coche para entregar algo que no era urgente.

—En mi casa, al final de la calle. Ya te lo he dicho.

Empecé a considerar la posibilidad de que la pobre Orosia tuviera alguna enfermedad relacionada con la memoria y decidí que lo mejor era acompañarla hasta su casa para devolverla con los suyos.

—Bien —dije tomando la botella de champán—. No se preocupe que yo me voy con usted y le llevamos el champán a su nieto.

—Créeme que no te molestaría si no fuera una urgencia: mi nieto te necesita.

Entonces, lo entendí todo. Soy informática, trabajo en una consultora y a pesar de que le tengo dicho a mi abuela que no se lo cuente a nadie, que mienta y que invente que me dedico a otra cosa, como cajera de supermercado, monja o *gogó*, lo que se le ocurra en ese momento, no me hace ni caso y va contando a todo el mundo la verdad. Qué terrible. Cada vez que a alguien del pueblo se le queda colgado el ordenador, me llaman angustiados, como si yo no tuviera mejor cosa que hacer que pasarme el día dándole al F5, borrando temporales de Internet o haciendo resetsos varios.

Así que como me olía por dónde venían los tiros, le solté a la buena mujer:

—Seguro que no es tal la urgencia, señora. Además, su nieto tendrá Internet en el móvil o en la *tablet*, en fin, que por un día que no arranque el ordenador no va a pasar nada.

—Sí, tiene todo de eso, pero es que hoy no le va a escribir ni a llamar nadie.

—¿Para qué necesita entonces el ordenador?

—Te necesita a ti.

Resoplé. ¿A mí para qué? De repente, otra nueva hipótesis asaltó mi mente... ¿La abuela era una celestina? ¿Me quería encasquetar al nieto incolocable?

Todo el pueblo sabía, porque mi abuela bien se había encargado de difundirlo, que llevaba sola desde hacía dos años que dejé a Tristán, mi novio de toda la vida para irme con otro que me salió rana. Sin embargo, lo que el pueblo desconocía es que yo estaba muy a gusto sola y no estaba interesada en tener una cita a ciegas.

—Señora, yo no sé lo que necesitará su nieto, pero sí tengo muy claro lo que necesito yo. Y no tengo en mi lista de deseos para el año que viene encontrar novio. Gracias.

—Las cosas no funcionan así, joven —replicó negando con la cabeza.

—Ya, ¿y cómo funcionan? —pregunté frotándome los brazos con mis manos del frío que hacía.

—Es sencillo. Las cosas suceden.

La señora en cambio no daba ninguna muestra de tener frío, estaba tan a gusto, como si fuera una noche de primavera...

—Señora, estoy muerta de frío. Si lo que tiene que explicarme es largo, le ruego que pase y que termine de contármelo dentro de casa.

Debía hacer cero grados, estaba empezando a caer una lluvia fina que en

breve sería nieve, y yo llevaba un vestido palabra de honor, largo hasta a los pies, un clon de Nina Ricci para H&M, no apto para tertulias al fresco.

—Ve por algo de abrigo y te vienes conmigo a casa. Tienes que llevarle el champán a mi nieto... —insistió la anciana, con su sonrisa impenitente.

Qué pesada con el nieto y el champán. ¿Estaría enfermo y la abuela querría darle una alegría llevando a una mujer con un espectacular moño años cincuenta a medio terminar?

—¿Está bien su nieto?

La mujer se encogió de hombros y me tendió la botella de champán que yo cogí:

—Será mejor que lo compruebes tú misma. No te supondrá mucho tiempo. Además, es tiempo de dar y de compartir.

¿Qué estaba haciendo ahora? ¿Jugar con la culpa? ¿Estaba intentando hacerme sentir mal para manipularme a su antojo?

—Precisamente porque es Nochebuena, mi familia está a punto de llegar, todavía quedan cosas por preparar, tengo que terminar de poner la mesa, en fin, créame que no es tiempo lo que me sobra.

—Será solo un momento y habrás hecho una buena obra.

Para no hacerlo más largo, me puse mi parka verde con capucha de pelo, que tenía colgada en el perchero de la entrada, y les grité a mi abuela y a mi madre que estaban en la cocina:

—¡Me marcho a casa de una vecina que tiene un problemilla y me necesita!

—¿Qué vecina? —preguntó mi madre asomando la cabeza por la puerta de la cocina.

—Donde la señora Orosia... al final de la calle.

—No sabía que el nieto estaba por aquí, hace siglos que no viene por el pueblo —habló mi madre extrañada, mordiéndose los labios.

—Por lo visto me necesitan, así que me voy rápido. ¡Vuelvo enseguida!

—¡Abrígate bien y lleva el paraguas!

Cogí el paraguas, me enrosqué una bufanda de siete metros y cerré la puerta de casa. Nada más salir, Orosia me pasó la botella de champán:

—Muchas gracias, preciosa. Te estaré eternamente agradecida por este bonito gesto. No lo olvidaré nunca.

—No tiene importancia, señora —repuse apretando la botella de champán contra mi pecho y ofreciendo el otro brazo a la anciana para que se enganchara—. Agárrese bien, que hay muchas hojas en el suelo y resbalan.

—Gracias, corazón. Aunque yo con estos zapatos voy de maravilla, tienen un agarre perfecto —explicó levantando un pie para que viera un Louboutin dorado de llorar de lo precioso que era.

—Son divinos. ¿Y usted anda bien con ellos?

Los zapatos eran de tacón de aguja, de unos doce centímetros, yo llevaba unos de ocho, con plataforma, y me costaba caminar con ellos...

—Como si flotara, hija, voy como en una nube. ¡Qué bonitas son estas fechas! ¿No te parece?

—Sí. A mí me gustan. Me encanta venir al pueblo, estar con mi familia, compartir buenos momentos, poner villancicos flamencos y vestirme como si fuera a recibir un Oscar o a un embajador.

—Como a mí. ¿No me ves? —me preguntó dándose una vuelta sobre sí misma para que no me perdiera detalle de su modelo.

—Sí. Genial. Está perfecta, de cine.

—Gracias, hermosa. Y ahora dame el paraguas, que yo lo llevo...

La anciana abrió el paraguas con la agilidad de Mary Poppins y yo le ofrecí alucinada mi brazo, que ella aceptó con otra de sus sonrisas.

—Tú estás también bellísima, Carmen. Eres una joven muy especial...

—Muchas gracias, Orosia, pero soy muy normalita. Usted sí que es

excepcional. ¿Vamos para su casa?

—Sí, vamos. Pero que sepas que soy del montón...

La anciana “del montón” comenzó a andar, con un ritmo y un brío propio de una *majorette*, a pesar de los tacones, la lluvia y el adoquinado de pueblo. A mí me costaba horrores dar un paso, sin embargo, ella caminaba etérea, como si lo que estuviera pisando fuera una maravillosa alfombra roja o las mismísimas nubes. Era bochornoso que ella con más años y más centímetros de tacón tuviera que adaptarse a mi paso, pero esa era la realidad y por eso el ejercicio estaba en mi lista de propósitos del próximo año.

—¿Está en mejor forma que yo, Orosia! ¿Hace Pilates? ¿Baile de salón?

—Siempre he sido una polvorilla —reconoció, quitándole importancia.

—Yo en cambio siempre he sido una negada para el deporte y para el baile. No tengo flexibilidad, ni velocidad, ni fuerza, ni coordinación, ni memoria coreográfica, ni...

—Ni falta que te hacen. Tú tienes otras cosas —habló guiñándome el ojo.

¿Como cuáles? Porque aparte de programar, que no se me da nada mal, para todo lo demás soy una completa incompetente. Y no es que me haga la víctima: es un dato objetivo. Puro y duro. Muy duro. Pero certísimo. Ni sé hacer moños años cincuenta, ni cocinar capón a la trufa con el arte de mi madre o de mi abuela, ni decorar la casa con estilo con materiales reciclables como mi prima Inés, ni poner la mesa con encanto como mi tía Vicenta, ni... No pude continuar con la larguísima lista, porque apareció mi vecino Pacheco, un señor orondo y de unos cincuenta largos, que venía empujando una Vespiño y además debía venir un poco perjudicado del bar de la plaza, a tenor de lo que me preguntó desde lejos haciéndome sentir una especie de Caperucita chungu:

—¿A dónde vas tan solita con esa botella, Carmunchi?

Carmunchi era como me conocían en el pueblo, así me llamaban en mi

familia y yo lo llevaba con deportividad, no me quedaba otra.

—Voy con Orosia a llevarle la botella a su nieto —respondí acelerando el paso, o por lo menos esa fue mi intención, porque Pacheco era un plasta de mucho cuidado.

—¿Con la Orosia? Jojojojo. —Rompió a reír, enseñándome los tres dientes que le quedaban—. Esta sí que es buena. Pues yo voy con Raphael que le llevo a casa a que nos cante *El Tamborilero*... Jojojojo.

—Se ríe como Papá Noel —me chivó Orosia al oído.

—A mí recuerda más a un pirata, solo le falta el loro, porque el ron... debe llevar tres botellas encima —murmuré.

—Pues nada, Carmunchi. No bebas más, si eso que el champán se lo mame la Orosia... Jojojojojojo. Que luego las burbujitas se nos suben a la cabeza. Jojojojo.

—Qué boca más espantosa. Este sigue con la fobia al dentista —me susurró Orosia al oído— y tan grosero como siempre.

—Es un impertinente —mascullé—, mejor quitárnoslo de encima cuanto antes. ¡Que pases una feliz noche, Pacheco! —le grité, con una inclinación de cabeza.

—Tú también, guapa. ¡Y no le des más al bebercio! Jojojojojo.

Pacheco siguió con su camino y nosotras con el nuestro...

—Sé paciente ahora con mi nieto, por favor —me pidió la anciana—. Es un buen chico a pesar de todo...

¿Qué sería ese todo? ¿Contra qué me estaba previniendo? ¿Qué tipo de impresentable sería el nieto?

—Su nieto viene muy poco por aquí, ¿no? —dije para intentar tirarle un poco de la lengua.

—Estuvo viniendo hasta los trece. Luego, las cosas cambiaron y se ausentó muy a su pesar. Pero mira, a pesar del paso de tiempo, dejó huella, me hace

mucha ilusión que le recuerdes.

Me acordaba perfectamente de él: Santinfierno, el “Niño Pesadillas”. ¡Cómo olvidarle! Un niño moreno, muy guapo, de pelo revuelto, destructivo y pesado como él solo, un niño que cuando no estaba destrozándome algo, la trenza, los cromos o mi goma de saltar, se dedicaba a rebatírmelo todo, hasta que me dejaba tan fundida que siempre acababa huyendo de él. Y en esas fugas a toda prisa, ahí sí que era veloz y ligera como nunca más lo he vuelto a ser en mi vida.

—Sí, le recuerdo, sí. —¿Cómo iba a olvidar a semejante bicho?

—Me alegro, hija. Es abogado y de los buenos.

—Le pega mucho. Imagino que ganará todos los casos... —Supuse que los dejaría a todos groguis, por mero aburrimiento.

—Creo que sí, pero su vida personal es un desastre.

—Vaya —murmuré haciendo verdaderos esfuerzos para que sonara un poco a sorpresa, porque lo extraño era que el “Niño Pesadillas” tuviera siquiera algo que pudiera llamarse “vida personal”. ¡Si era insoportable!

—No ha tenido suerte en el amor. Se casó, pero su matrimonio se ha ido al garete. Lleva divorciado dos años... Su esposa se fue con otro.

No, si la suerte era que hubiese tenido amor, cosa que a mí me parecía increíble. Y lo de que la esposa se hubiera ido con otro: me pareció lo más lógico.

—Tiene trabajo, tiene salud... No se puede tener todo... —aseguré quitándole importancia, pero convencida de que él jamás lo iba a tener.

—Ya, pero a mí me gustaría que dejara de estar tan solo.

—Que se apunte a algo, a cata de vinos, a algún grupo de senderismo, a un club de lectura... —No le iban a aguantar ni media hora en ninguna parte, pero al menos durante un ratillo podría ejercer de trol: su verdadera vocación.

—Me refiero a un gran amor, a una compañera, a su pareja para toda la

vida.

Pues no pedía nada... Claro que no se lo dije, entre otras cosas porque Orosia se paró delante de la verja negra de una casa de ladrillo y me dijo:

—Esta es mi casa.

—Está igual que siempre...

Orosia metió la mano en la reja, corrió el pestillo de la cancela y abrió la puerta. Luego, la seguí a través de un pequeño sendero de baldosas de pizarra y nos quedamos paradas frente a una puerta de madera con cuarterones.

—Empuja, que está abierto —me ordenó.

Empujé y entré en la casa a pesar de que no se veía absolutamente nada. Orosia encendió la luz y ante mis ojos apareció un vestíbulo desvaído habitado por un perchero de madera, un espejo con un marco historiado bajo una adusta consola de madera de nogal y una alacena vacía y derrotada en una esquina.

—Yo esto no lo tenía así —se justificó Orosia—, pero lo han ido dejando y dejando y mira qué espanto...

—No está mal —mentí para que la anciana se relajara. Parecía muy apurada.

—Pasemos al salón, que me estoy poniendo enferma...

El salón tampoco era que luciera mucho mejor, después de atravesar un comedor con una mesa de madera recia y ocho sillas de roble, cuero y clavazón dorada, pasamos a un salón iluminado con una bombilla que colgaba del techo, una chimenea enorme que debía llevar siglos sin encenderse, un sofá amarillento y tieso de tres piezas y dos butacones grises que miraban a una televisión Telefunken de los ochenta que descansaba sobre un aparador gigante.

¿La cena se servía en la cocina? ¿Sería que la vida la hacían en la cocina? ¿O en el porche? Porque estaba claro que en esa parte de la casa solo vivían

las arañas que despleaban sus telas en lo alto de los techos a modo de cortinaje gótico.

—Si hubieras visto lo bonito que estaba esto en Navidad —suspiró Orosia contemplando con pena lo que le rodeaba—. En ese aparador poníamos un Belén precioso, con unas figuritas de barro que a saber adónde han ido a parar.

—Pero seguro que el árbol que ahora tienen es maravilloso.

—¿Árbol? —me miró extrañada.

—Esta parte de la casa se ve que ahora la tienen un pelín abandonada, pero la otra donde van a pasar las Navidades tiene que ser de fábula —hablé entusiasmada, cruzándome de brazos para ver si así lograba mitigar un poco el frío.

—No hay otra parte. Esto que ves es la única parte —replicó Orosia trazando un círculo en el aire con el dedo.

—¿Entonces cenan en otro sitio?

Orosia negó con la cabeza y se adentró por un pasillo desolado, dejamos atrás unas cuantas habitaciones vacías y se detuvo al fin frente a la última, cuya puerta estaba cerrada.

—Pasa sin llamar... —me sugirió la anciana.

Supuse que detrás de la puerta se encontraría la verdadera fiesta, el árbol, las luces, la mesa puesta, pero abrí y me encontré una habitación a oscuras...

—Espera que doy la luz—me dijo Orosia.

Encendió la luz y un joven que estaba en la cama sepultado bajo ocho mantas, me miró iracundo y luego me increpó:

—¿Quién coño es usted?

El tipo se quitó de mala gana los tapones amarillos de los oídos y le expliqué:

—Soy Carmen, tu abuela me ha pedido que venga a traerte esta botella de

champán. —Yo lucía una espectacular sonrisa, agitando la botella al aire, porque sabía que eso era lo que más podía molestarle.

—¿Qué abuela? —soltó, furioso, incorporándose y apoyando la espalda en el cabecero de barrotes de madera.

—Tu abuela Orosia —contesté señalándola con una mano como si yo fuera una presentadora introduciendo a una gran artista.

—¿Quién eres mona? ¿La pirada del pueblo? —Y se revolvió el pelo de una manera inconfundible, como solo podía hacerlo el “Niño Pesadillas”.

Seguía siendo guapo, alto, con la frente amplia, la mirada bonita, la nariz recta, los pómulos marcados, los labios carnosos, el mentón bien definido y dos cicatrices pequeñas: una en la ceja y otra en el labio que le daban un punto callejero.

—Soy Carmen, la niña que tenía más paciencia del mundo para soportarte.

—Sé muy bien quién eres. La niña que no se dignó a escribirme una puta carta cuando mi abuela se fue al otro barrio y tuvieron que meterme en un jodido internado.

—Perdona que sea tan desagradable, es que no está atravesando su mejor momento —le disculpó su abuela.

—¿Pero es que ha tenido algún momento bueno?

—¡Joder! Si también hablas sola. ¡Chalada, vete de mi casa! —me exigió indicando con el dedo índice a la puerta.

—El trastornado eres tú que tienes a tu abuela delante y ni la ves.

—¡Y dale con la abuela! —replicó al tiempo que agitaba los brazos como un demente.

—Déjalo, es que está amargado. ¡Mírale! Es Nochebuena y está metido en la cama a las ocho de la tarde... Y vestido, se ha pasado todo el día con esa camiseta y ese chándal: sigue siendo tan guarro como cuando era pequeño, que se acostaba con la ropa de la calle.

—Qué bochorno. No obstante, no voy a dejarlo, señora. Me parece una falta de respeto que tu abuela —dije dirigiéndome al joven— esté vestida de tiros largos y tú estés aquí metido en la cama con el chándal sudado, autocompadeciéndote de no sé qué.

—Hace un frío de narices. Está la noche como para desnudarse y ponerse el pijamita. Si quieres ver a un hombre desnudo, vete de *boys*, además tienes pinta de ser una desesperada de esas que matan por comerse la nata de los pezones de los pobres muchachos que hacen dinero a costa del hambre ajeno.

No se merecía otra respuesta:

—Disculpe Orosia... Pero es que tengo que responder a este cafre.

—Sí, bonita. Dale...

—¡Vete a la mierda!

—Lo que tú quieras, maja. ¿Y qué me estabas contando? ¡Mi abuela vestida de tiros largos! —Y rompió a reír—. ¿Dónde dices que está? ¿En el armario? ¿O en el salón cantando villancicos junto a la chimenea?

—¡Deja de vacilarme! Coge la botella y disfruta de una bonita noche con tu abuela. —Y le tendí la botella para que la agarrara.

—Como no insistas, este no se levanta hoy de la cama —comentó Orosia, negando con la cabeza.

—¿Insistir? De verdad que lo lamento, señora, pero yo no puedo hacer más.

—Por curiosidad, ¿con qué abuela hablas? —preguntó el joven en un tono de mofa.

—No entiendo qué tiene de divertido jugar a que la abuela Orosia es invisible... —contesté ofendida—. ¡Y coge la botella de una vez!

El joven tomó la botella, la dejó sobre una mesilla de noche de hace mil años y habló con sorna:

—Me la tomaré luego, cuando vengan mis amiguitos los gnomos del

bosque.

—Señora, yo me marchó. Me pidió que le entregara la botella de champán y he cumplido.

La anciana se acercó a mí, me tomó por los hombros y me pidió con los ojos llorosos:

—Llévatelo contigo, por favor. No dejes que pase esta noche solo.

—¿Qué? ¡No me pida eso!

—¿Qué te está pidiendo la abuela? —soltó el joven muerto de risa.

—¡Ten un respeto a tu abuela, estúpido! —le recriminé.

—¡Tenlo tú, que mi abuela lleva veinte años muerta!

Miré a Orosia asustada y ella asintió con la cabeza, confirmando lo que acababa de decir el nieto.

—No me diga, Orosia, que usted...

—Sí, hija, la palmé hace unos cuantos años, pero he tenido que bajar porque ¿cómo voy a dejar que este idiota eche su vida a perder? Tú no te asustes —me pidió cogiéndome de las manos.

La verdad es que no estaba asustada, si la señora se me hubiera aparecido en mitad de la noche sentada a los pies de mi cama, estaría muerta de miedo, pero como todo había sido tan progresivo, y ella era tan terrenal, estaba tan pancha; vamos, como si fuera lo más normal del mundo estar de la mano de una fantasma con lentejuelas y *louboutines*.

—No se preocupe, estoy genial. Nunca me habría imaginado que me sentiría tan bien con un fantasma. Y oiga... ¡está caliente! —comenté apretándole las manos.

—Bueno, bueno... Ya vamos avanzando... Por lo menos reconoces que estás ante un fantasma... ¿Y se puede saber qué te dice mi abuela? —me preguntó mordaz, a la vez que retorció la manta con las manos.

—Dile que le juro por las cenizas de mi madre que como no deje de hacer

el panoli le voy a llevar adonde su tío Blasco.

—De acuerdo —le dije a la anciana—. Se lo repito tal cual me lo ha dicho —: “Dile que le juro por las cenizas de mi madre que como no deje de hacer el panoli... *mmm...* sí... le voy a llevar adonde su tío Blasco”.

El “Niño Pesadillas” se quedó con la boca abierta, pero luego parpadeó un par de veces y la cerró:

—Se ha quedado pasmado, es que tenía pánico a ir donde su tío Blasco. Era muy bruto y Santi siempre fue un niño muy sensible...

—Sensible no sé, pero terco como él solo...

—Mira, esto se está poniendo demasiado surrealista, igual estás acostumbrada a ir camelándote a ingenuos así. ¿Qué eres? ¿Una especie de Anne Germain rural? Tía, yo sé muy bien cómo funcionáis las timadoras como vosotras, hurgáis un poco en la vida del incauto, preguntáis a parientes y vecinos y, manejada la información con un poquito de sentido común, convencéis a los pobres diablos de que contactáis con el más allá. ¡Paparruchas! ¡Qué pena que hayas caído tan bajo, Carmunchi! —gruñó dando un manotazo al aire.

—¡Si habla como Mister Scrooge y todo! —apuntó Orosia—. Se tiene ganada a pulso la visita fantasmal... Hija, dile que cuando era niño le daba pánico ir al peluquero y yo conseguí llevarle a cambio de pitufos de miniatura. Eso no lo sabe nadie, en su día me hizo prometer que sería nuestro secreto: su tozudez me obliga a revelar la verdad.

—Y espere, que lo adivino, su pitufo favorito era el gruñón.

—¡Ay mi madre! ¡Ahora ves pitufos! De traca. ¡Y me lo quería perder! —soltó el joven, tumbándose otra vez y tapándose la cara con la almohada.

—Tu abuela me dice que te diga que te daba miedo ir al peluquero y ella logró arrastrarte a cambio de pitufos...

—Eso no es así del todo —confesó, retirándose la almohada de la cara—.

Lo que sucedía realmente es que era un niño muy listo que inventó esa treta para sacarle a mi abuela la colección entera de los pitufos.

—¡Es un completo inmaduro! —replicó la abuela—. Sin embargo, tiene buen fondo, ya sé que es difícil de creer, pero lo tiene.

—Orosia, me apena contradecirte: es un caso perdido.

—No sé cómo te habrás hecho con esa información, qué sé yo... Igual mi abuela lo dejó escrito en un diario, en fin, al grano, bonita. ¿Qué es lo tengo que hacer para que te largues de aquí y me dejes pasar la Nochebuena sobando? ¿Qué necesitas? ¿Pasta? ¿Información sobre cada cuánto venimos por la casa para pasársela a tu novio el *okupa*? ¡Desembucha y date el piro!

—Dios mío, cómo habla. Es una especie de *punkypijo* —soltó Orosia, llevándose las manos a la cara.

—Por respeto a usted, Orosia, no le digo yo ahora mismo a este necio cuatro cosas muy bien dichas.

—Mira —habló Santinfierno suavizando la voz—, yo solo quiero dormir y regresar a mi casita el 25 por la noche cuando toda esta pesadilla de paz y amor haya terminado.

—La única pesadilla que hay aquí eres tú.

—Verás —confesó poniéndose otra vez los tapones en los oídos—, me he venido al pueblo de mi abuela huyendo de villancicos, de adornos, de lucecitas, de risas, de abrazos... Para no aburrirte: del puto espíritu navideño. Solo quiero dormir, que esta mierda de fiesta del consumismo y la felicidad decretada pase, y que mi vida siga como siempre. Así que buenas noches...

Santiago se dio la vuelta, se cubrió con las mantas la cabeza y al segundo la retiró para decir:

—¿Sabes que no lo has hecho del todo mal? Te podía haber creído, casi, casi, lo consigues, si no llega a ser por lo de los tiros largos... Mi abuela en Nochebuena...

—A ver con qué sale el mendrugo este... como me recuerde con rulos, pijama, delantal y zapatillas de cuadros, sí que te digo que nos vamos y le dejamos aquí tirado, que pase esta noche en soledad, porque no merece otra cosa.

El joven se incorporó y, frotándose los ojos, exclamó:

—¡Que se me había olvidado! Que a la abuela le gustaba más una lentejuela que a una *vedette* las plumas. ¿Y ahora qué lleva puesto? —me preguntó quitándose otra vez los tapones.

—Tengo el cielo bien ganado y ahora me pongo lo que me da la gana. Dior y Louboutines en los pies...

—Lleva un vestido de Dior, dorado, mucha lentejuela, y unos zapatos preciosos de tacón —indiqué.

—Tendrá buenos los pies. Si tenía unos juanetes espantosos.

—¡Qué grosero! Y que este ser lleve mi sangre...—bufó la abuela, mirándole desesperada.

—Es un ángel, supongo que pueden permitirse lo que quieran... —opiné.

—¿Le podías preguntar si debo asociarme con Ramírez y ya te dejo tranquila?

—Dile que no soy tarotista.

—Dice que no es tarotista.

—Seguro que lo sabe, pero siempre le ha gustado hacerse de rogar. Fijo que si insisto acaba cantando...

—Como que yo me voy a pasar aquí toda la noche haciendo de traductora.

—El caso es que esto es flipante, porque estoy creyéndome que hablas realmente con mi abuela. Me siento como si fuera un personaje de cuento navideño...

—Dile por favor que lo es... Es un Scrooge.

—Tu abuela dice que eres un Scrooge.

—¿Y a ti no te acojona estar de palique con mi abuela fantasma? —me preguntó mirándome de arriba abajo.

—No. Ha venido hace un rato a buscarme y bien, lo llevo muy bien. ¡Estoy encantada!

—¿Y cómo ha sido? ¿Te has fumado algo? ¿Te has zampado unas setas alucinógenas?

—¿Qué? —pregunté frunciendo el ceño.

—A ver, que por lo que me cuentas es mi abuela, pero quiero saber cómo has abierto el canal.

—¡Dile que es un tontucio! Eso se lo decía mucho y le sentaba fatal.

—Dice que eres un tontucio.

—¡Madre mía! La vieja viene cañera...

—¡Y tanto! Dile a Santiaguín, que le llamen así le molesta sobremanera, que salga inmediatamente de la cama y que se vaya contigo a tu casa a cenar.

Qué información más estupenda, qué divertido estaba resultando esto...

—Sí, te dice, Santiaguín, que salgas de la cama y que te vengas a cenar conmigo a mi casa.

¿Qué acababa de decir? ¿Estaba invitando al “Niño Pesadillas” a pasar la Nochebuena en mi casa?

—¿Mi abuela quiere que pase la Nochebuena contigo?

Me encogí de hombros...

—Sí, eso parece. Pero entiendo que prefieras pasarla durmiendo...

—Tú no quieres que vaya contigo, ¿verdad? —preguntó Santiago, enarcando una ceja y con una sonrisa mordaz.

Ni me esforcé en disimular:

—No pintas nada en mi casa. Es cierto.

—Haberlo dicho antes —dijo Santiago, saltando de la cama—. Eso lo cambia todo. —Abrió el armario empotrado que estaba frente a la cama y

sacó un traje oscuro y una camisa blanca.

—¿Qué haces? —inquirí asustada. ¿No estaría pensando venirse conmigo?

—Que se va contigo —contestó Orosia, sin darle importancia.

—No he avisado en casa de que tenemos un invitado. No puedo presentarme así como así, con alguien a cenar en Nochebuena —les recordé al nieto y a la abuela.

—Di que soy tu novio, que acaba de llegar para darte una sorpresa. Facilito —replicó mostrándome sus dientes como un tiburón a punto de devorarme.

—No es mala idea —añadió la abuela, frotándose las manos.

—Llevo dos años sin novio, ¿cómo voy a aparecer de pronto con un novio recién sacado de la manga?

—Mira que no me extraña que lleves dos años sola... —El joven se quitó la camiseta, dejando al descubierto sus pectorales y abdominales perfectamente marcados. Tenía un cuerpazo. Una pena que alguien tan atractivo fuera tan insoportable.

—Me lo dices tú, que vas a pasarte la Nochebuena metido en la cama.

—Iba, querida, iba... —repuso poniéndose la camisa—. Tengo un negocio muy importante entre manos y necesito que mi abuela me diga si va a funcionar. Además, me encanta ser un tocapelotas. Saber que te va a incomodar llevarme a tu cena me provoca un regocijo interior que me hace sentir muy bien. Siento como burbujas en el corazón...

Le miré con desprecio y añadí:

—Donde tienes las burbujas es en el cerebro. Tú eres idiota.

—Un poco sí —opinó su abuela—. Pero lo importante es que se está vistiendo y va a salir de casa.

—Perdóneme, Orosia, pero yo creo que está sobredimensionando lo que significa la Navidad. No ocurre nada si se pasa la Nochebuena durmiendo. Es su opción. ¡Y parecía encantado!

—Yo le conozco. Es pura fachada. Además, no te engañes, a nadie le gusta pasar solo la Navidad...

—Tú lo has dicho, parecía encantado —intervino Santiago mientras se ponía la corbata—. Sin embargo, ahora lo estoy muchísimo más, solo con la idea de ir a cenar con tu familia. Has tenido suerte de que me haya traído el traje porque tengo una reunión el 26 y no pensaba pasar por casa. Me voy a poner tan guapo que vas a ser la envidia de todas, aunque yo estoy guapo de cualquier forma.

Resoplé y luego musité:

—Esto está empezando a convertirse en una auténtica pesadilla navideña. De verdad, Orosia —dije dirigiéndome a ella, porque con Santinfierno no se podía dialogar—, que me plantea muchísimos problemas llevar a su nieto a mi casa.

Entre otras cosas porque llevaba dos años sin pareja y estaba fenomenal, todos sabían, porque así me había encargado de pregonarlo, que me encontraba mejor que nunca, hacía lo que me daba la gana y no tenía previsto cambiar de estado por un tiempo.

—Oye, que me puedo poner el chándal otra vez y dices que soy un pobre. En Polonia existe la tradición de dejar una silla con un cubierto por si acaso se presenta algún necesitado...

—Nosotros no la tenemos... —le informé borde.

—Que se termine de poner el traje y te lo llevas, por favor —me pidió Orosia, juntando sus manos—. No lo hagas más largo, niña. Y para tu familia seguro que es una alegría verte con una nueva ilusión.

—¿Qué ilusión? En todo caso les diría la verdad... —repliqué.

—¿Qué ilusión? ¿Qué verdad? —soltó Santiago, bajándose los pantalones del chándal sin ningún reparo o pudor. Encima de impresentable, exhibicionista.

—Nada. Tu abuela dice que para mi familia va a ser una alegría verme con una nueva ilusión y...

—¡Ya te digo! Jamás en tu vida vas ir tan bien acompañada, ¡hombres como yo hay pocos!

—¡Afortunadamente! —repliqué.

—Tú familia no se va a creer que un tío tan espectacular como yo haya accedido a ser tu acompañante. Aparte de lo que se ve por fuera, todo lo hago bien y cuando digo todo es todo —aseguró guiñándome un ojo.

—Das grima.

—Es un poco fanfarrón —se disculpó Orosia—, pero de verdad que si le dieras una oportunidad podría llegar a enamorarte.

—No está en mis próximos planes enamorarme y cuando lo haga será de alguien que sea lo menos parecido a su nieto.

—No sabes lo que te pierdes, maja —soltó Santiago, abrochándose el pantalón.

—Y ya que parece que estoy abocada a llevarme a este espantapájaros a casa, por supuesto que diré la verdad a mi familia.

—¿Qué verdad? ¿Que mi abuela Orosia, que lleva veinte años muerta, te ha pedido que me lleves contigo para que yo no pase la Nochebuena solo?

—Mi nieto tiene razón. Cuenta lo que se te ocurra, lo que sea menos la verdad —apuntó Orosia.

—Yo ya estoy listo —anunció el joven, poniéndose la chaqueta—. Me cojo mi botella de champán y ¡a disfrutar de las fiestas! —exclamó agitando la botella al aire.

—¿No puedo hacer nada para que te quedes? —solté en un último intento desesperado para que se pasara la fiesta en su cama.

—Si mi abuela te dijera algo sobre el futuro de mi negocio, yo no tendría inconveniente en pasarme la noche solito.

Miré a Orosia suplicándole con la mirada que vaticinara algo, aunque fuera mentira; si bien la única respuesta que obtuve fue:

—No soy adivina. Ya te lo he dicho —replicó encogiéndose de hombros.

—Ya, pero su nieto está tan convencido de que usted tiene esa facultad...

—Seguro que la tiene, lo que pasa es que tendrá órdenes de arriba para que no largue. No obstante, largaré, nadie se resiste a mis interrogatorios —afirmó Santiago, poniéndome morritos.

—Es terco como una mula, hija mía...

—Ya veo...

—¿Qué ves? —inquirió Santiago con una mirada sagaz.

—Tu abuela dice que eres terco como una mula.

—Y dile que de verdad que no tengo el poder de ver el futuro, hija... Yo no sé por qué tiene esa idea en la cabeza.

—Da igual lo que le diga, está empecinado en que tiene poderes y de ahí no le va a sacar —insistí a la abuela.

—Así es, mona. ¿Nos vamos? —me preguntó Santiago, con una sonrisa malévola, mientras se ponía una parka negra.

—¡Qué remedio! —repliqué encogiéndome de hombros.

—Nada, chata, no te preocupes. Tú tranquila. Relájate. Va a ser muy divertido. ¡Una Nochebuena en familia! ¡Quién me lo iba a decir! ¡Qué maravilla! Jojojo —soltó con una risotada como de Papá Noel maquiavélico que me irritó más todavía.

Orosia me miró alzando las cejas y luego, como si su nieto pudiera escucharla, me dijo en voz baja:

—Ya se le pasará, en un ratito, verás cómo es una delicia de chico.

—Orosia, que usted le mira con ojos de abuela. Yo lo entiendo. Pero créame, que lo de su nieto no tiene arreglo...

—Nenita —habló Santiago, cogiéndome del brazo—, que lo estás haciendo

muy largo. Da igual las resistencias que pongas. ¿Crees que soy un hombre al que le frena una barrera?

—Es que me da lo mismo cómo seas —repliqué liberándome de su brazo —. Es más, me importa un bledo.

—No te creo. Sé que algo dentro de ti se ha encendido, lo veo en tu mirada. Sé que estás deseando saber hasta dónde serás capaz de llegar, sé que ahora es cuando la Navidad está empezando a resultarte... ¿estimulante? —me preguntó, el muy impresentable, entornando los ojos.

—Si supieras lo que está empezando a estimular tu idiotez. *Arggg*. ¡Mis peores instintos!

—No es mal comienzo, ¿no te parece?

Capítulo 2

Diez minutos después, estábamos frente a la puerta de mi casa, los tres...

—Ahora a ver qué nos espera... *Mmm*. Déjame adivinar. ¿Una madre victimista quejándose de que lleva en la cocina desde las cuatro de la mañana? —preguntó Santiago mirándome divertido, tanto que me entraron ganas de amargarle la noche aplastándole una buena bola de nieve en la cara.

—¿No puedes parar de decir estupideces? —solté, a la vez que estrujaba mi bufanda.

—¿Un padre borrachín? ¿Un abuelito abusador verbal? ¿Tíos que se odian y que con los vinitos se les desatan las venenosas lenguas? ¿Sillas que vuelan?

—Yo sí que tengo ganas de que empiecen a volar cosas...

—Hija, perdona, qué espanto. De verdad que no le educamos para esto —se disculpó Orosia mordiéndose los labios.

—Descuide, Orosia. Usted no tiene culpa de nada.

—¿Culpa de qué? ¿A qué te refieres? —me preguntó Santiago, retirándose con los dedos unos copos de nieve que estaban empapándole el pelo.

—Tu abuela me está diciendo que no te educaron para ser el impresentable que eres. Y yo le digo que ella no tiene culpa de nada. Tú eres así: insufrible.

—¿Insufrible por qué? ¿Porque digo la verdad? ¿Acaso se esconde el paraíso al otro lado de la puerta? —inquirió al tiempo que señalaba la puerta de la casa de mi abuela con la cabeza.

—Me está poniendo enferma, yo no sé si voy a ser capaz de soportar...

No pude terminar la frase porque mi tío abuelo Eduardo abrió la puerta y Orosia se quedó muerta. Ya sé que estaba ya muerta pero, a pesar de estarlo,

se quedó lívida.

—Niña, ¿dónde te habías metido? Mira las horas que son... —dijo Eduardo, agitando al aire un móvil modernísimo.

—Siempre fue tan listo... y tan guapo... —suspiró Orosia, que miraba a Eduardo con la boca abierta.

Mi tío abuelo Eduardo estaba a punto de cumplir los noventa, pero seguía siendo elegante, apuesto y misterioso. Era alto, delgado, de rasgos finos y marcados, aún le brillaban los ojos verdes y todavía conservaba su pelo canoso, que peinaba con raya al lado. No se había casado nunca, todos suponíamos que había tenido miles de romances, pero jamás le habíamos conocido ninguna novia. Además era un hombre muy reservado que nunca hablaba de su vida privada, y eso que uno de nuestros pasatiempos favoritos era intentar tirarle de lengua, pero no había forma. ¿Orosia sabría algo de él que nosotros desconocíamos?

—¿Le conoce? —le pregunté a la anciana.

—No. ¿Quién es el joven? ¿Y por qué lo tratas de usted? —soltó extrañado Eduardo.

¡Era tan fácil olvidar que Orosia era un fantasma!

—Está un poco borrachita, disculpe usted —dijo el metepatas de Santiago.

—Ni caso, que es un bromista. Te preguntaba que si conoces al joven —balbuceé esbozando una sonrisa nerviosa.

—Creo que no —replicó Eduardo frunciendo el ceño, mientras miraba de arriba abajo a Santiago—. ¿Debería conocerlo?

—Sí, sí que debería —susurró Orosia, asintiendo con la cabeza.

—¿Y eso? ¿De qué? —pregunté atónita.

—Hija, no te entiendo. Estás muy rara. Ya te digo que no lo conozco. Ni que hablaras con un fantasma —soltó Eduardo con una sonrisa divertida.

—Sé discreta, niña, que Eduardo es muy listo. Pues dile que es el nieto de

Orosia. Díselo, ya verás cómo sabe quién es.

—Es el nieto de Orosia —expliqué del tirón.

—¡Válgame el cielo! ¿Santi, criatura del diablo? ¿El niño más cabrón con el que me he topado nunca? —escupió Eduardo, como si de pronto se hubiera transformado en un viejo pirata perplejo y feliz tras encontrarse con un antiguo compañero de aventuras.

—¡Coño! ¿Eduardo? ¿El viejo más puñetero que jamás he conocido ni conoceré? ¡Sigues vivo! Joder, si te hacía criando malvas...

Se miraron, estallaron en carcajadas y después se abrazaron dándose fuertes palmadas en la espalda.

Orosia y yo nos miramos y nos echamos también a reír.

—Eduardo se pasaba las tardes de verano con el zascandil de mi nieto, no sé todavía de dónde sacaba la paciencia para aguantarle. Pero, gracias a él, creo que atesora bonitos recuerdos de sus veranos de muchacho —me explicó Orosia.

—Eduardo solía salir por las tardes, pero nunca decía adónde se marchaba... —pensé en voz alta.

—Prefería venirse conmigo, por supuesto. Este carcamal siempre ha tenido mucho criterio —habló Santiago agarrando a mi tío abuelo por el hombro.

—¡Qué alegría que vengas a pasar la Nochebuena nosotros! ¿Cómo te ha encontrado Carmen? —preguntó Eduardo, feliz.

—Verás... —murmuré—. Yo...

—Es mi novia. —De una zancada, Santiago se puso a mi lado y me estrechó contra él, cogiéndome por la cintura.

No sabía dónde meterme. Me puse roja. Intenté decir algo pero es que ni me salían las palabras.

—¡Y eso que soy yo el que tengo fama de discreto en la familia! ¡Qué calladito te lo tenías, Carmunchi! ¿Y desde cuándo sois novios? ¡Esta sí que

es buena! —exclamó Eduardo, llevándose las manos a la cabeza.

Santiago me cogió con ambas manos por el cuello, se pasó la lengua por los labios, me atrajo hacia sí y me besó en los labios mientras nuestras narices quedaban aplastadas la una contra la otra.

¡El peor beso de mi vida! Sus labios estaban helados, su nariz mojada y sus dedos fríos tiraban de mi pelo. Sin embargo, tenía que guardarme mis ganas de darle una patada en sus partes y apartarlo de mí, y esperar a que me soltara de una vez para seguir con el teatrillo improvisado que teníamos montado.

Pero no se apartaba, al contrario se aferró más a mi cuello para que siguiéramos así, unidos por el beso polar, hasta que llegara la primavera que lo deshelara.

No podía creerlo. Y Orosia y Eduardo, en vez de exigir a Santiago que se comportara, le jaleaban con aplausos que hicieron que este se viniera más arriba todavía, que abriera sus labios y que sacara su lengua, que logró colar entre mis labios. Al parecer, tratar con un fantasma no iba a ser lo más raro de la noche.

¿Qué pretendía? ¿Meterme la lengua hasta la campanilla? Solo sé que en ese instante abrí la boca y la cerré tan rápido que, del mordisco que le pegué en la lengua, dio un respingo hacia atrás, como si hubiera recibido un calambrazo de alto voltaje.

—¡Ay, madre mía! —gritó Santiago, llevándose la mano a la boca y mirándome con ganas de vengarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Eduardo, muerto de risa.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Cuánto quiero a esta mujer! —De nuevo, el muy descarado me tomó por la cintura y se atrevió a darme otro beso en los labios. Y solo en los labios, porque esta vez los apreté tan fuerte como si los hubieran sellado con cemento armado.

Otra vez, nuestras narices aplastadas. ¿Pero no sabía hacerlo mejor? ¡No me extrañaba que la mujer le hubiera dejado! ¡No se podía besar peor! ¡Y qué largo lo hacía! La tortura se hubiera hecho eterna si mi tío abuelo no llega a decir:

—¡Qué alegría me da veros tan felices, chicos! Pero debemos entrar en casa, que nos están esperando. ¡La nieve es fina pero como sigáis ahí fuera os vais a poner chorreando! ¡Vamos, y besaros dentro! ¡Estarán encantados de veros tan enamorados!

Santiago se separó de mí y yo respiré aliviada...

—Esto no acaba aquí —me susurró Santiago al oído—. Me vas a pagar lo del mordisco, no te creas que te vas a ir de rositas.

—¿Te parece poco precio recibir el peor beso de mi vida? ¡Si pone más pasión una rana!

—Ranas es lo único que has besado en tu vida, ¡yo soy un príncipe, querida! ¡Un príncipe que jamás vas a catar! —Y me pegó tal mordisco en el lóbulo de la oreja que se me escapó un gritito y después un insulto, mejor dicho: una definición.

—¡Cerdo!

—Brava me gustas más, mi amor —dijo alzando la voz, para que lo escuchara bien Eduardo. Después, me cogió por los hombros y volvió a besarme en los labios, haciendo un ruido horrible que sonó a beso de orco.

Ya sí que no lo pude evitar, y antes de entrar a la casa, le propiné una patada en la espinilla con todas mis ganas que le hizo gritar.

—¡Jodeeeeeeeeeeeeeer!

Eduardo, que estaba casi al final del vestíbulo, se dio la vuelta con el grito, nos miró y rompió a reír:

—¡Parecéis quinceañeros tonteando! ¡Qué suerte que tengáis esta chispa en vuestra relación!

—Sí, sí, Eduardo, es que... —Santiago se colocó detrás de mí, me abrazó con fuerza por detrás y besó mi cuello con sus labios congelados.

—¡Dios! —protesté.

—La amo. Es que hay que ver cómo amo a esta mujer.

—Eso está muy bien, pero se lo puedes decir dentro. Vamos a la mesa, que están todos esperando.

Mi tío abuelo me tendió la mano y yo la tomé para librarme del baboso que tenía pegado a mi espalda. Ya en el vestíbulo, nos pidió que nos quitáramos los abrigos que colgamos en el perchero.

—Ha sido tan emocionante veros besaros —suspiró Orosia que estaba situada a mi lado mientras Eduardo me ayudaba a quitarme la parka—. Y a mi nieto le ha gustado... —Se llevó la mano al pecho y puso cara de “qué bonito es el amor”.

—¿Puede leer el pensamiento también? —le pregunté incrédula, porque a Santiago el beso seguro que le había provocado el mismo rechazo que a mí.

—No, pero lo sé. Lo siento aquí —contestó dándose unos golpecitos en el corazón.

A todo esto, mi tío abuelo me miraba extrañado:

—¿Qué dices, hija, de que si puedo leer el pensamiento?

—Sí, es increíble —disimulé—, ¿cómo sabes que nos están esperando?

—No hace falta ser muy listo, están a punto de dar las diez y llevan como quince minutos sentados en la mesa. No sé si recuerdas que es Nochebuena, con eso de que estás loca de amor, estás un poco dispersa, Carmunchi.

—Sí, es por el enamoramiento que tengo encima. Es muy grande. ¡Enorme! —grité ya en el largo pasillo que conducía al comedor.

—¡Qué felicidad! Disfruta, y ojalá que os dure mucho. Ya me encargaré yo de todas formas de mantener a raya a este granuja. —Echó la vista atrás, cogió al granuja por el hombro y lo arrastró hasta que lo situó a su lado.

—¡Si soy más bueno que el pan! —Se defendió Santiago, poniendo cara de estúpido. Él ya era estúpido de por sí, pero más estúpido todavía.

—Más te vale, querido.

—Sí que es bueno, lo que pasa es que es un incomprendido —intervino Orosia, sin dejar de mirar extasiada a mi tío abuelo—. Qué galán, ¿verdad? —me preguntó guiñándome el ojo.

—Eduardo sí, su nieto es un gañán con ínfulas.

—¿Eduardo qué? ¿El nieto de quién? ¿De qué hablas, niña? ¿Qué te pasa en la boca? ¡Los besos de este truhán te dejan tonta de remate! —concluyó Eduardo, muerto de risa.

¡Madre mía! ¡Iba a terminar cazando moscas!

—Te decía que sí... Que Santiago es un galán...

—Entendí gañán... —dijo Eduardo.

—No, galán, dije galán —insistí.

—Con ínfulas, dijo gañán con ínfulas que yo lo escuché perfectamente —se chivó el gañán con ínfulas.

—Te equivocas, dije “galán de fábula”.

El imbécil del galán de fábula, alzó una ceja y habló con voz sugerente:

—¿De veras que te lo parezco, nena?

Me entraron ganas de vomitar, pero las reprimí entre otras razones porque me esperaba una cena maravillosa, y opté por decir:

—De lejos, muy de lejos y con el pico cerrado, lo eres. Sin duda.

—¿Ya discutís como un viejo matrimonio? Lo vuestro va en serio, chicos —concluyó Eduardo.

—Si es que es muy listo, tiene un ojo —me susurró Orosia, dándome unos golpecitos en el brazo.

—No, señora, no —negué ofendida, porque lo nuestro ni iba en serio ni siquiera en broma.

—¿De qué señora hablas? —me interrogó mi tío abuelo ya con cierta preocupación.

—Es una frase hecha, sí, señora, no, señora.

—¿Seguro, Carmunchi? ¿Estás bien?

—Sí, de verdad.

—Bien del todo, no. Ella es un poco loquita —apuntó Santiago, haciendo el gesto de que me faltaba un tornillo con el dedo apoyado sobre la sien—, por eso la idolatro. —Me agarró con fuerza por detrás y me dio un pellizco en el trasero.

—¿Qué haces, estúpido? —solté indignada, y no se me escapó también un bofetón porque de repente recordé que estaba interpretando un papel en una película de terror y no procedía.

—Me insulta porque sabe que me gusta —aclaró Santiago a mi tío abuelo.

—¡Estáis como cabras! Bien, pues ya hemos llegado. Familia... —habló Eduardo dirigiéndose a los veintisiete de mi familia, que estaban sentados a la mesa con unas ansias locas de empezar a comer—, ya está aquí Carmunchi y no ha venido sola. Os presento a su novio: el bicho malo de Santiaguín —dijo dándole tres buenas bofetadas en la cara que yo celebré con regocijo—, el nieto de Orosia. ¿Podéis creerlo?

—¡Hola a todos! —saludó Santiago moviendo la mano a izquierda y derecha—. Yo tampoco me lo creo todavía, pero sí, somos novios. —Me cogió de nuevo por la cintura, me dio un beso en la mejilla, después me puso la mano libre en el cuello y me dio un beso...

—¡Que la ha besado en todos los morros! —gritó eufórico mi sobrino Alejandro, mientras el resto de la familia rompía en aplausos.

Pues eso, que me dio otro beso en la boca, yo cerré los ojos y deseé con todas mis fuerzas que al abrirlos apareciera en otro sitio, que sé yo, en Australia con una familia de canguros. Pero no, abrí los ojos y ahí estaba mi

familia, feliz de verme ennoviada con el nieto de Orosia.

—Si de pequeña le odiabas —soltó mi hermano Felipe, el mayor, partiéndose de risa.

—Ya, las cosas de la vida... —musité encogiéndome de hombros.

Las cosas de la vida eran que ahora le odiaba más que nunca por hacerme pasar el bochorno que estaba padeciendo en esos momentos. Claro que no lo hacía por él, sino por su abuela que estaba a mi lado, llorando con unos lagrimones de emoción enormes.

—¡Qué feliz soy, madre mía! —sollozó Orosia—. Niña, no te puedes imaginar la dicha que siento en mi corazón.

—Es solo una familia —musité restándole importancia porque no quería que se hiciera ilusiones, cuando terminara la cena cada uno se iría por su lado y no volveríamos a vernos jamás.

—Espera un momento, niña —habló mi abuela a la vez que se ajustaba sus gafas de pasta de concha enormes, unas gafas con las que la recordaba de toda la vida, de hecho yo creo que hasta nació con ellas—. ¿Qué dices de que eres una familia? ¿No me digas que estás preñada? —me preguntó frotándose las manos y con una sonrisa de oreja a oreja.

Todos, los veintisiete, hasta el bebé de mi prima Julia, de dos meses, me miraron expectantes. ¿Pero cómo se les podía pasar por la cabeza la idea de que me dejara embarazar por el “Niño Pesadillas”? ¿Tan desesperada creían que estaba?

—De momento no está embarazada —habló Santiago, situándose detrás de mí y poniendo sus manos encima de mi vientre— pero todo se andará. Estamos en ello...

—¿Queeeeeeeeeé? —soltó mi madre con una expresión en el rostro entre estupefacta y esperanzada.

—Nos amamos y cuando uno ama de esta forma, lo normal es que vengan

los niños —respondió Santiago muy solemne, ahora dando palmaditas en mi vientre.

Me entró tal agobio que me bebí del tirón la copa de vino que mi tío Antonio tenía junto a él.

—Niña, ¿qué haces? ¿No estarás embarazada ya? ¡Qué haces bebiendo vino de esa forma! —me regañó mi madre.

—No, todavía no. Pero ya le digo, señora, que me muero por preñarla.

Al escuchar aquello, me entraron unas ganas tremendas de partirle la botella de vino en la cabeza y dejarle inconsciente hasta el día de Reyes.

¿Dónde se había visto semejante descaró? Jamás iba a perdonarle que me hiciera pasar ese ridículo, jamás.

—¡Me gusta este chico! —habló mi abuela, señalándole con el dedo—. Tiene lo que hay que tener. Es valiente y sabe lo que quiere, así que tienes mi bendición, hijo. Ven, siéntate a mi lado. —Y dio unos golpecitos con la mano al asiento que estaba reservado para mí.

—¿Y yo? —pregunté frunciendo el ceño, presa de la indignación.

¿Cómo no se daba cuenta nadie de que un burdo impostor estaba a punto de robarme mi sitio en mi propia casa?

—Pues a su lado —dijo mi padre—, nos movemos un poco y cabéis los dos.

¿A su lado? Ni en sueños iba a pasarme toda la noche a su lado, codo con codo:

—¡No! No te preocupes. Él que se quede con la abuela, yo prefiero sentarme con Ceci, que hace mucho que no la veo.

Ceci era mi sobrina de 7 años, que estaba sentada en la otra punta de la mesa y que ahora me saludaba con la mano.

—Tú te sientas al lado de tu prometido —me ordenó mi abuela—. Es lo suyo. Ya no tienes edad para sentarte con los niños...

—Si nos pasamos todo el día juntos, no pasa nada porque estemos un rato separados.

—¿Tú estás tonta, niña? —replicó mi abuela—. Anda y siéntate al lado de tu hombre. Compórtate por favor...

—Carmunchi, haz caso a tu abuela y quédate bien pegadita a tu hombre que tanto te ama —insistió el gañán. Y no teniendo suficiente con humillarme de esa forma, tomó con ambas manos mi rostro y me besó en la boca otra vez.

Por supuesto que apreté bien los labios y cerré bien los ojos para que no me quedara ni el más mínimo recuerdo de tamaña afrenta.

—¡La tía no abre la boca! —escuché que decía mi sobrinita Leonor—. Los de las pelis abren la boca...

Qué lamentable. Qué espectáculo más patético. No podía consentir que ni por un segundo más ese impresentable estuviera alterándome de esa forma, así que lo tomé por los hombros, lo aparté y retorciéndole los carrillos con toda mi rabia, que era mucha, le dije en un tono cantarín:

—Yo te amo más, cariño mío, no sabes cuánto.

—Lo sé, cielo, lo sé. Mucho —susurró—. ¿Me devuelves mis mofletes y empezamos con la cena?

—Claro que sí, amor mío.

Todos aplaudían. ¡Qué locura! Santiago me tomó de la mano, la alzó, como hacen los actores cuando terminan la función, y me instó a que hiciéramos una reverencia. Para acabar cuanto antes, lo hice, solté su mano y me senté a la mesa.

—Estupendo, pues ya podemos empezar —anunció mi abuela, encantada con el espectáculo.

Después bendijo la mesa y nos dedicó unas cuantas palabras que ni escuché, porque yo solo podía pensar en lo angustioso de la situación.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos? —preguntó mi padre mientras se decidía por un entrante.

—Bueno, pues, creo que, no sé... —balbuceé.

Mi padre era un señor serio, enjuto y con bigote que intimidaba a todo el mundo, menos a Santiago, que sin amedrentarse lo más mínimo explicó:

—Yo lo sé. Lo que pasa es que cuando estás enamorado pasa el tiempo tan deprisa, para mí que llevamos un suspiro. ¿Verdad, Carmunchi? —tomó mi mano y la besó haciendo un ruido espantoso.

—Verdad, verdad —respondí liberándome de su mano.

—¿Y cómo es que habéis decidido comunicarnos la buena nueva así, tan de repente? —quiso saber mi padre mientras cogía el cuchillo y el tenedor para partirse un espárrago.

—Teníamos previsto hacerlo de otra forma, antes y con más tiempo —habló Santiago—. Pero es que yo estoy tan ocupado siempre, que no hemos visto el momento. Y así nos han dado las Navidades, sé que esta no ha sido la forma más correcta de hacer las presentaciones, pero es que su hija no quería dejarme solo en Nochebuena. Es un amor. —Y volvió a apretarme la mano y a mirarme con cara de idiota.

Respiré hondo para armarme de paciencia, además observé a mi padre y supe que se había dado cuenta de que Santiago estaba mintiendo. ¡Menos mal que había alguien lúcido en la familia!

—Sé muy bien cómo es mi hija. Por eso me extraña tanto todo esto...

—Pues no sé de qué te extrañas, porque a estas edades las cosas van a así, no se van a pasar quince años de noviazgo como nosotros —objetó mi madre después de dar un sorbo a su copa de vino.

—A mí lo que me sorprende es que un tarambana como tú, quiera sentar la cabeza. Oye, que me parece muy bien, pero te pega tan poco...—apuntó mi tío Eduardo mientras pelaba un langostino.

—Parece que le conoces bien, Eduardo —dedujo mi padre.

—Es el nieto de Orosia. Claro que le conozco, ¡menuda pieza! Recuerdo que en el pueblo le llamaban Santinfierno, porque era un diablo, no paraba quieto: cuando no estaba trepando al árbol más alto, se estaba peleando con seis. Valiente, bravucón, listo como él solo y libre como un pájaro. Por cierto —dijo dirigiéndose a Santinfierno—, me encontré con tu hermana una vez y me dijo que habías estudiado Derecho.

—¿Mi hermana? ¿Esa zorra? ¿Y se atrevió a pronunciar mi nombre? —soltó mientras pinchaba con el tenedor un trozo de queso.

Mis tíos se miraron de reojo escandalizados y Alvarito, otro de mis sobrinos, dijo tapándose las manos con la boca:

—¡Hala! Ha dicho zorra.

—Perdonen, ya sé que en estas fechas recordar que hay zorras en las propias familias está muy mal visto. Pero en mi caso es una realidad. Solo espero, pequeño —habló señalando con el tenedor a Alvarito—, que en la tuya no haya ninguna. Y sí, hice Derecho y tengo mi propio despacho. Me va bien. Ahora estoy a ver si me asocio con alguien, no sé qué hacer, a ver si la abuela canta.

¡Era un macarra que no respetaba nada! ¡Qué ganas de perderlo de vista!

—¿Yo? —preguntó mi abuela con una gran sonrisa—. ¿Quieres mi consejo, hijo? Me siento verdaderamente halagada... Pues te diré que debes hacer lo que te dicte el corazón, ¿qué palpito tienes?

—El posible socio es la cerda de mi ex, que me cambió por un camarero de trescientos kilos y feo como él solo, pero es una gran profesional.

—¡Y ahora ha dicho cerda! —Alvarito se tapó esta vez la cara con las manos.

—Sí, bonito, los animalitos están por todas partes, no solo en el zoo o en las granjas, solo espero que no tengas que descubrirlo nunca. —Y

Santinierno se metió un trozo de jamón en la boca, como si tal cosa.

¿Pero es que acaso no veía el árbol lleno de luces, un árbol gigantesco, o el Belén de cinco metros de largo con sus pastorcitos y su buen rollo, o el comedor decorado hasta el techo de adornitos navideños por todas partes? ¡Estábamos en tiempos de paz y amor! ¿Qué hacía hablando de zorras y cerdas? Yo no sabía qué hacer para callarle o al menos para cambiar de tema, pero mi abuela siguió metiendo el dedo en la llaga.

—En ese caso, no sé qué decirte —habló mi abuela mordiéndose los labios—. La verdad es que no tengo elementos de juicio suficientes para ayudarte, aparte de que esto es una cuestión de corazón, ya te lo he dicho. Escucha bien a ver lo que te dice...

Tenía que acabar con este tema como fuera, aunque por otra parte entendía que la ex se hubiera ido con el camarero, porque este tío era insoportable, así que metí baza y dije con voz melosa:

—Ponte a escuchar tu corazón cuando estemos en casa, cariño, que ahora es Nochebuena y es tiempo de hablar de cosas bonitas.

—Si estaba hablando de cosas bonitas, tener ambición y sueños es bonito, mi amor. —Y me dio unas fastidiosas palmaditas en la mano—. Y Eduardo —dijo dirigiéndose a él—, de pájaro libre nada, que bien que me metió en la jaula la Ramírez. Ahora que en otra no me pillan...

—¿A qué se refiere, joven? —preguntó mi padre enarcando una ceja.

—¡Bésale, por Dios Santo! —me rogó Orosia, que de pronto apareció a mi lado y no paraba de agitarme por los hombros.

—¿Por qué? —repliqué asustada.

—Pues porque está herido y va a hablar más de la cuenta. ¡No le dejes, por favor! Haz algo para que no siga hablando de la Ramírez.

—Responde a mi hija —le exigió mi padre muy serio, siempre estaba serio, pero mucho más—. ¿No ves la cara de preocupación que tiene? ¿Por

qué?

—Porque con la Ramírez aprendí yo Latín y Griego y ya no me fío ni de mi madre. Bueno, mi madre, esa es otra a la que hay que dar de comer aparte. Una mala perra desnaturalizada que...

—¿"Mala perra" es palabrota, mami? —preguntó Alvarito, entre risas.

—Come, anda... —ordenó muy apurada mi cuñada Elena, la mujer de mi hermano pequeño, a mi sobrino.

—Joven, le recuerdo que es Nochebuena, le agradecería que se dejara invadir un poco por el espíritu navideño —le exigió mi padre mientras estrujaba su servilleta.

—¡La Navidad me importa un huevo!

—¡Ha dicho "huevo"! —gritó mi sobrino, entre carcajadas, al tiempo que daba golpes con el tenedor en la mesa.

—Sí, lo he dicho. Me parece que la Navidad es la fiesta de la hipocresía y el consumo, una pantomima absurda en la que durante unos días jugamos a ser buenos. Luego llegan las rebajas y volvemos a ser los mismos hijos de puta de siempre. Eso es la Navidad.

—¡Ha dicho *otraaaaaaaaaaaaaa*! —dijo Álvaro con la boca abierta y agitando frenéticamente las manos.

Se lo estaba pasando genial, pero los demás...

Mi padre fulminó a Santiago con la mirada y luego le soltó a bocajarro:

—En esta casa todo el mundo es bienvenido y más si es el novio de mi hija, pero no me gustan los tóxicos.

—¿Tóxico yo? Se equivoca. Soy un hombre que dice lo que piensa, que dice la verdad. Nada más.

—Ojalá que me equivoque. Pero por lo que llevas de cena, me da que eres un narciso que busca a toda costa controlar y llamar la atención.

Santiago bajó la vista al suelo, suspiró y luego, tomándome de la mano con

fuerza, dijo mirando fijamente a los ojos de mi padre:

—Solo soy un hombre enamorado.

—Más te vale que lo seas —repuso mi padre, retándole de tal forma que Santiago tuvo que bajar la vista de nuevo.

—Santiaguín es un poco *Míster Scrooge* —terció Eduardo—, pero junto a nuestra Carmunchi seguro que se le van todas esas tonterías que tiene en la cabeza.

Orosia me cogió del brazo y me susurró al oído emocionada:

—Qué razón tiene mi Eduardo, si es que le conoce tan bien. Yo así lo creo, solo a tu lado podrá salvarse. Tienes que rescatarlo, niña, no le dejes, por favor.

Me tapé la boca con la mano y hablé con apenas un hilillo de voz:

—No puede pedirme eso. Su nieto no tiene enmienda. Es un caso perdido.

—¿Qué cuchicheas, hija? ¡Estás más rara! —exclamó mi padre.

—Antonio, ¿qué le va a pasar? —soltó mi madre—. Está idiotizada, hace tonterías, está en Babia, pero no está rara, está enamorada. ¿Verdad, niña?

Asentí con la cabeza muerta de la vergüenza y entonces Santiago puso su mano en mi hombro y habló otra vez:

—Claro que es eso. Pueden estar tranquilos. Es el amor.

—Me cuesta creer que alguien con tanto rencor y tan descreído pueda creer todavía en el amor —apuntó mi padre, que no había quien lo engañara.

—Tiene razón, pero el amor es lo que tiene, que hace creer al incrédulo. ¿O acaso no les ha pasado alguna vez?

—A mí sí. ¡Desde luego! —Mi abuela se ajustó sus gafas y empezó a contar la historia de amor con mi abuelo.

Mientras hablaba, aproveché para advertir a Santiago con disimulo, por primera y última vez:

—O te comportas o te pongo en la calle con cualquier pretexto.

—No, por favor, además tu familia es encantadora. Hay respeto, fraternidad, comprensión, amabilidad. No vuela ni un tenedor... —me susurró al oído.

—Aquí el único impresentable y provocador eres tú —musité.

—¿Tú también piensas que soy tóxico? —preguntó otra vez al oído, pero esta vez se acercó tanto que sentí su nariz en mi oreja.

—Sí. —Me giré y le susurré al oído—: Y no me extraña que haya tenido que venir tu abuela del otro mundo para buscarte un lugar donde pasar la Nochebuena, porque no debe de haber nadie que te aguante.

—Carmunchi, no seas así de cruel —me pidió Orosia, que no se apartaba de mi lado.

—¿No estoy diciendo la verdad, Orosia?

—Solo gruñe, pero es bueno. Es muy bueno.

—¿Qué te dice mi abuela? —preguntó entre dientes.

—Que gruñes, pero que eres bueno. A ver, es tu abuela, ¿qué va a decir?

—Ya.

Y no dijo más. Se quedó milagrosamente callado hasta que escuchamos, cuando estábamos ya terminando el capón a la trufa, a mi prima Inés gritar a mi prima Sonsoles:

—¡Tú lo que eres es una puta!

—¡Hala! —gritó Alvarito tapándose la boca con las manos, otra vez—. Eso sí que es una palabrota de las gordas...

—Menos mal que yo era el único provocador impresentable que había en la sala —me dijo Santinfierno con una sonrisa cínica, saboreando su victoria.

—No sé lo que está pasando, pero esto es sin duda por culpa de tu presencia maléfica. Tu energía nefasta es la que ha provocado esta pequeña escena...

—¡Se enamoró de mí! ¡Asúmelo de una vez! ¡Me quería a mí! —Sonsoles

se defendía a gritos de la acusación de Inés.

—¡Zorrasca! —replicó Inés—. Eso es lo que eres, me lo quitaste porque toda la vida me has tenido envidia.

—Pequeña escena, sí... Pequeña. Te digo yo que a los turrónes estas están enganchadas de los moños —masculló Santiago con otra de sus sonrisitas diabólicas.

—¡No me puedo creer que estés disfrutando de este momento! —confesé indignada.

—La Navidad es esto, nena. Los buenos sentimientos y todo eso, solo existen en los anuncios de la tele. No te engañes...

—¿Envidia? ¿De qué? —chillaba Sonsoles—. ¿De tus cuatro pelos? ¿De tu vida de mierda?

—No soportabas que José Francisco y yo fuéramos tan felices y no paraste hasta que te lo metiste en tu cama. ¡Solo buscabas destrozarme la vida!

—¡Esto es un culebrón estupendo! —exclamó Santiago, frotándose las manos—. O sea, que la que tiene la melena de leona le robó el marido a la cuatro pelos...

—¡Por caridad! ¡Respeto! —le exigí, echando fuego por los ojos—. Esto es muy doloroso...

—¡Me e-na-mo-ré de José Francisco! ¡Estas cosas pasan! —reconoció Sonsoles, a la vez que daba un manotazo hacia atrás a su melena... de leona.

Santiago tenía razón y también era verdad que Inés tenía de toda la vida poquito pelo, pero era una pena que las cosas entre ellas estuvieran así. Hace tres años, Inés volvió antes de tiempo de un viaje de trabajo, y se encontró a Sonsoles con su marido en la cama. Le pidió el divorcio ese mismo día y pasó un duelo terrible sumida en enfermedades varias. En cuanto a Sonsoles y José Francisco, su romance les duró cuatro meses... Y ahora andaban los tres a la deriva.

—¡Ya veo lo que le amabas! —le espetó Inés—. ¡Te duró tanto el amor! Solo querías destrozarme la vida, como cuando de pequeña tiraste al río mi caja de recortables, como la mía era más bonita, no paraste hasta que me dejaste sin ella.

—¡Aquello fue un accidente, por favor! ¡Se me cayó sin querer!

—Chicas, os lo ruego... —Eduardo se puso de pie, y con las manos juntas les rogó—: que sois primas, que os queréis mucho, que estas cosas pasan en la vida, pero lo importante es que hoy estamos aquí todos juntos, que somos una familia, que el amor tiene que estar por encima de todo...

—¡Sonsoles entendió eso de que el amor tiene que estar por encima a su manera! —gritó mi prima Inés, agitando las manos.

—¡Mira que eres cerril! Que pasó porque tenía pasar, pero yo no quería hacerte daño. Sufrí mucho con todo esto... —Sonsoles se echó las manos a la cara y rompió a llorar.

—¡Tócate los pies! —soltó Inés, escandalizada—. ¡Flipante! ¡Ahora se echa a llorar cuando soy yo la herida, cuando soy yo la burlada, cuando fui yo la que lo perdí todo!

Ay madre mía, qué escena más horrorosa, decidí que había llegado el momento de intervenir, craso error, pero en ese instante sentí que era lo que debía hacer:

—Chicas, esto tenemos que hablarlo en otro momento. No hoy. ¿No creéis?

—Pues no —negó con la cabeza Inés—. ¿No has aprovechado tú la cena de Nochebuena para restregarnos lo feliz que eres con Santinfierno?

—Pues sí que arreglas tú bien las cosas... —ironizó Santiago.

—Las cosas se han presentado así... —aclaré encogiéndome de hombros—. No pretendía...

—Pues lo has hecho —dijo Sonsoles, que de pronto se alió con Inés

—.Llevas años mirándonos por encima del hombro porque tienes una vida sin complicaciones, sin ataduras, sin responsabilidades...

Me bebí un buen sorbo de agua y luego, sin dar crédito aún a lo que estaba escuchando, farfullé muy nerviosa:

—Que yo, ¿qué?

—Que todos los que estamos aquí, hasta los niños, tenemos preocupaciones, obligaciones, responsabilidades...—explicó Sonsoles, mientras yo no salía de mi asombro—.Y ¿tú? Mírate, estás en el mismo sitio desde que saliste de la universidad. No creces. Y cuando te contamos nuestros problemas como esposas y como madres nos escuchas con una cara de aburrimiento, como si la única vida que mereciera la pena, la única que estuviera llena de acción trepidante y de aventuras varias, fuera la tuya.

—Así es —asintió Inés—. A mí me hace sentir así siempre.

¿Qué estaba pasando? ¿Estas dos no hacía un minuto que estaban a punto de arrancarse los moños? ¿Qué había pasado para que vinieran a por mí y de esa forma?

—Yo no sabía... —murmuré.

—Ahora lo sabes —afirmó Inés.

—Ya iba siendo hora de que lo supieras. No eres tan guay como te crees —me reprochó Sonsoles—. Eres una inmadura y una egoísta, te niegas a crecer y a asumir compromisos y responsabilidades de adulta. Ahora vienes con el Santinfierno, pero en cuanto te planteo un compromiso serio de verdad, saldrás huyendo, como si lo viera...

—Esto tiene que ser culpa de la trufa —dedujo mi abuela para quitar un poco de hierro al asunto, pero yo estaba destrozada.

—Creo que deberíais disculparos con Carmen —pidió mi padre a mis primas, que de repente habían mutado en hermanastras.

—¿Por qué? —replicó Sonsoles frunciendo el ceño.

—Eso digo yo. No voy a pedir perdón por decir lo que todos pensamos.

—Yo no pienso así —dijo mi padre—. Y no entiendo a qué viene todo esto.

—Papá, no pasa nada... —musité muerta de pena.

—¡Esto es la Navidad en estado puro! ¿Cantamos unos villancicos, amigos? —soltó Santiago levantando los pulgares.

Mi padre le fulminó con la mirada, justo en el momento en el que Alvarito empezó a cantar:

—*Navidad, Navidad, hoy es Navidad...*

Toda la familia se unió a él y la cena regresó a la normalidad, más bien ellos regresaron a la normalidad, porque yo me sentía devastada por el terremoto provocado por las hermanastras.

Después del postre, vinieron los turrónes, luego los niños cantaron villancicos delante del Belén y cuando se cansaron de darle a la pandereta, nos pusimos con el bingo, que duró hasta que los más pequeños empezaron a quedarse dormidos y sus padres decidieron retirarse a sus habitaciones.

Aproveché ese momento para irme: con Santiago, por supuesto. Me tocaba compartir habitación con Inés y su hija, pero la verdad era que no me apetecía estar con ella ni un segundo más. Así que le pedí a Santiago:

—Vámonos, por favor.

Después de la trifulca no había vuelto a meter la pata, al revés, incluso hasta parecía normal y se había pasado el resto de la noche intentando arrancarme una sonrisa, pero no lo logró. Estaba hecha una mierda.

—¿No quieres quedarte con tu familia, mi amor? —me preguntó extrañado de que quisiera marcharme con él.

—Mi sitio está contigo...—susurré. ¡Quién me iba a decir que iba a terminar la noche susurrando semejante cosa!

—¡Bendito sea el cielo! —exclamó Orosia, que tomó mi mano y la besó.

—No se haga ilusiones, me marchó con él porque necesito salir de aquí como sea.

—Te marchas con él y eso es lo que importa, hija.

—¿Qué te dice mi abuela? ¿Se cree que te vienes conmigo porque te ha entrado un enamoramiento súbito?

Me encogí de hombros y volví a insistir:

—Vámonos.

Nos despedimos de todos y nos emplazaron para la comida del día siguiente. Afuera nevaba. Yo tenía muchísimo frío y unas ganas de llorar que en cuanto pisé la calle dejé de reprimir.

—¿No estarás llorando por lo que te han dicho esas envidiosas? —me preguntó Santiago tendiéndome un pañuelo—. Están frustradas, lo que les pasa es que les gustaría llevar tu vida, tener tu vida laboral intensa, disfrutar de tus compras, tus fiestas, tus viajes... En tu vida hay pasión, hay aventura, hay diversión, hay riesgo, hay...

—No sigas. No hay nada de eso. Mi vida es una puta mierda.

—Como la mía. Como la de todos. Pero bueno, tu vida es una puta mierda chic.

Reconozco que me hizo reír, esta vez sí.

—No sabía que tenían esa idea de mí. Me he quedado muerta...—confesé enjugándome las lágrimas.

—Yo lo que siento es que por culpa de que seas una Peter Pan me he quedado sin saber con quién está ahora José Francisco.

Volví a reírme. Lo reconozco.

—Inés sigue enamorada de él y yo creo que él también de ella.

—¿Fue un espejismo lo tuyo con “Melena Salvaje” entonces?

—Sí, creo que sí.

—Y hablando de todo un poco, ¿has visto lo bien que me he portado en la

cena? ¡Y súbete la capucha que vas a llegar a casa con el pelo mojado y allí no hay secador, ni nada!

—¿Y tú? —Le hice caso y me cubrí la cabeza—. ¿No te tapas?

—No me compro nunca nada con capucha. Lo odio. Me recuerdan a los monjes y no me hace sentir bien. Ya sé que es raro pero...

—No tengo el cuerpo para juzgarte, aprovéchate. Y sí, te has portado bien en la cena, si pasamos por alto las ocasiones en las que has arremetido contra tu madre, tu hermana y tu ex...

—¿Te recuerdo que mi padre se fue de casa y que mi madre al poco tiempo se lió con otro tío y se fue con él a vivir a Australia? ¡A Australia! No encontró nada más lejos.

—No sabía...

—Y mi hermana, que me saca doce años, también se lió con otro y tampoco quiso saber nada de mí. Menos mal que la abuela Orosia se quedó conmigo... Hasta que la palmó y me metieron en un internado de Burgos, donde lo pasé de pena. Y en cuanto a la Ramírez, le di todo, me abrí a ella, y cuando por fin creía que había encontrado la paz y la estabilidad, un lugar donde echar raíces, viene un buen día y me suelta que se ha enamorado del gordo que le pone los cafés cada mañana y adiós, muy buenas. ¿Qué te parece?

—Que quiero dormir, dormir y dormir.

Llegamos a su casa y, al pasar al salón, Santiago me dijo señalando el sofá amarillo y tieso:

—Yo dormiré aquí, tú vete a la habitación. Yo estaré bien, me tapo con mi abrigo y con tu parka y tan ricamente.

—¿Tú estás tonto? ¡Cómo vas a dormir en ese sofá! ¡Vamos los dos a la cama!

—¿Estás segura? Te van a entrar muchas tentaciones al compartir lecho

conmigo. ¿Tú me has visto bien, nena? —preguntó dándose la vuelta para que le viera bien.

—Sí. —Me arrancó otra sonrisa—. Precisamente porque te he visto bien, sé que podemos pasar la noche juntos en la misma cama, sin que pase nada de nada.

—Pero es Navidad y tú crees en la Navidad. Se van a apoderar de ti muchas emociones y querrás que te abrace. ¡Y más con lo tocada que te han dejado la “Cuatro Pelos” y la “Melena Salvaje”!

—Mira ¡haz lo que quieras! —Y me fui para la habitación muerta de la risa...

Capítulo 3

Me tumbé en la cama, que estaba congelada, y me dejé aplastar por las ocho mantas. Sentí algo de alivio, pero no demasiado. No podía dejar de recordar las palabras de mis primas a las que solo les había faltado gritarme: infiel.

Y es que lo había sido. Infiel de tomo y lomo. Resulta que después de ocho años de relación dejé a Tristán por un chico que conocí en un gimnasio. Fue un flechazo, lo vi y caí con todo el equipo. Y eso que intenté resistirme todo lo que pude, pero ¿quién puede frenar un huracán que de repente llega para arrasarlo todo?

Durante unos meses tuve un amante y fui feliz. Lo tenía todo. La seguridad, el apego y el cariño que me daba Tristán, y la aventura, la pasión y el riesgo que me procuraba Alejandro, mi amante exigente que un día se cansó de serlo y me pidió más: lo quería todo. ¿Y yo? Yo solo sabía que no quería perderlo, no podía alejarme de esa locura, esos encuentros a salto de mata, esos arrebatos en cualquier parte, esa alegría intensa de sentirme viva, así que dejé a Tristán y me fui con él.

Y entonces lo perdí todo. Me quedé sin el puerto firme al que regresaba siempre y sin el mar bravo y furioso en el que me abrasaba. Ya solo tenía los celos de Alejandro, su posesividad, su egoísmo, su obsesión por controlarlo absolutamente todo...

Mi amante apasionado y divertido resultó ser un narciso perverso del que logré escapar antes de que acabara anulándome por completo.

Me reprochaba a todas horas que había sido infiel una vez y que podía volver a serlo, la excusa perfecta para controlar mis llamadas, hacerse con las

claves de mis redes sociales, exigirme el envío de fotos para confirmar que estaba en los lugares en los que le decía que estaba, para espiarme, para seguirme y para tenderme mil tipos de trampas. Además, empecé a hacerlo todo mal. A sus ojos, no daba una a derechas. No le parecía bien nada de mí, ni mi pelo, ni mi ropa, ni mis ideas, ni mis opiniones, ni mis sueños...

Y enfermé. No es que tuviera una enfermedad grave, pero cuando no me dolía la cabeza, tenía complicaciones estomacales o gripes que me duraban dos semanas.

Y por supuesto, dormía fatal y arrastraba una tristeza y una fatiga que, a pesar de que intentaba engañarme y no paraba de repetirme que la pesadilla pasaría, que Alejandro pronto se calmaría y que todo volvería a ser como antes, las cosas no hacían más que empeorar.

Vivía encerrada en una jaula, entre gritos, quejas, reproches, provocaciones y el sentimiento de culpa por haber dejado a Tristán por semejante tormento.

Me sentía tan mal que ni siquiera tenía fuerzas para decir basta. O eso creía, porque gracias a un plato de pollo encebollado tomé conciencia de mi verdadera fuerza.

Un domingo de abril, a Alejandro le dio por sorprenderme con ese plato y yo le recordé que no me gustaba.

Acabábamos de discutir por alguna tontería que ni recuerdo, como siempre, pero mi negativa a comerme su manjar le enervó tanto que cogió la fuente con el pollo, la subió sobre su cabeza y desde ahí la dejó caer sobre la mesa.

La fuente fue un regalo de mi abuela Pilar...

Él se quedó horrorizado contemplando el destrozo que acababa de hacer, pero luego me miró y comenzó a gritar:

—¡Yo no soy así! ¡No me reconozco! ¡Es todo culpa tuya que sacas lo peor de mí!

Yo estaba perdida de pollo encebollado, de la cabeza a los pies, pero no podía dejar de mirar la fuente de mi abuela Pilar hecha trizas, rota en mil pedazos como nuestra relación, como nuestra confianza, como nuestro amor y como mi autoestima y mi dignidad si seguía un minuto más al lado de ese miserable.

Gracias a la fuente que mi abuela me había regalado con tanta ilusión y cariño, me di cuenta de que me quedaba amor propio suficiente para decirle:

—¡Sal de mi casa ahora mismo!

—¿Es esto lo mucho que me quieres? En vez de abrazarme y estar conmigo a las duras y a las maduras, ¿me echas de tu casa? ¿Qué mierda de novia eres?

Me temblaban las rodillas, tenía un nudo en la garganta y apenas podía respirar, pero con todo logré decir:

—Coge tus cosas y vete.

Ya hacía dos años de esto y, a pesar de que de vez en cuando me asaltaban los miedos y la culpa, sentía que tenía las riendas de mi vida, que el dolor me había hecho más fuerte y que podía ser feliz. De hecho, ya lo era a ratos. Cada vez a ratos más largos, y por eso no me tenía por una persona inmadura y egoísta, como me habían reprochado mis primas, sino por una superviviente que había logrado restañar sus heridas más profundas.

Ya me habría gustado a mí salvar mi relación con Tristán, haber seguido juntos hasta el final de mis días, pero fue imposible. Y en ningún caso fue el temor al compromiso y asumir responsabilidades lo que me apartó de él. No huí por eso, ni por una necesidad vanidosa de sentirme deseada y joven, me fui porque nos habíamos convertido en dos compañeros de piso muy bien avenidos y eso, cuando no se tienen noventa años y sesenta años de matrimonio detrás, es muy difícil sobrellevarlo.

Dando vueltas sobre esto, me quedé dormida. Recuerdo que estaba

soñando con mis primas y sus dedos acusadores, cuando de repente algo me despertó:

—Ejem, ejem...

¿Era un carraspeo? Abrí un ojo y me encontré a Santinfierno descompuesto, con una cara horrible, con su abrigo puesto y el mío sobre sus hombros.

—Carmen, estoy fatal —me dijo mientras se alborotaba el pelo con sus dedos.

—¿Qué te pasa? —pregunté haciendo visera con la mano del daño que me estaba haciendo la luz.

—No hay quien duerma en ese puto sofá. Tengo las cervicales destrozadas y me voy a coger una pulmonía. Me vengo para acá. Soy un cartujo, no me interesa el sexo ni el amor, así que no te hagas ni la más mínima ilusión de que pueda pasar nada.

—¡Apaga la luz, por favor! Y déjame seguir durmiendo.

Me di la vuelta, apagó la luz y se metió en la cama...

—¡Esto es otra cosa! ¡Y mira que este colchón debe de ser de antes de la guerra! Qué gusto que la cama esté calentita, normalmente me da mucho asco meterme en una cama caliente, pero hoy la verdad es que lo agradezco.

—¡Cierra el pico! —mascullé bostezando, sin dejar de darle la espalda.

—Fíjate que yo estaba convencido de que estabas despierta, de que estarías ahí dándole vueltas a la afrenta, analizando cada palabra, imaginando respuestas que las habrían dejado fulminadas, urdiendo venganzas... Todavía recuerdo lo mucho que te encantaba rumiar tus revanchas de pequeña...

¡Lo que me faltaba para rematar la noche, que me despertaran para llamarme obsesa-vengativa!

—¿Qué dices? —espeté—. Por favor, me gustaría dormir...—Y me cubrí la cabeza por completo con la manta.

—Oye, que lo celebro. Me encanta que ya lo hayas olvidado todo y que puedas dormir a pierna suelta. Tendrían que verlo las brujas esas que te llaman inmadura...

De ser otra persona, habría pensado que solo quería sacar un tema de conversación para charlar un rato, pero viniendo de Santinfierno solo podía pretender una cosa: desquiciarme. ¡No pensaba permitirlo!

—Lo he olvidado todo, no sé de qué me hablas. Buenas noches.

—Siempre fuiste buena encajadora, pero siempre te moló vengarte. Estaría genial que te liaras con el José Fernando ese, que, por cierto ¿cómo es? Me muero de la curiosidad. Me lo imagino gordo, calvo, con los ojos de urraca, chato, de labios como hilos, dientes amarillos, piel lechosa, brazos cortos, manos siempre sudorosas, con una barriga que le sale justo debajo del cuello, con unas piernas que...

—Estás obsesionado con el camarero que te quitó a la Ramírez —le interrumpí mordiéndome los labios para evitar la carcajada.

—Sí, me has pillado. El camarero es así, pero seguro que mi retrato robot se ajusta a la perfección al tal José Felipe...

—José Francisco. ¿Y crees que en mi afán de venganza sería capaz de tener algo con un tipo así?

—¿No lo han tenido tus primas? Tal vez lleváis en la sangre tiraros a gordos grasientos.

—¡Cómo puedes ser tan superficial! Nos enamoramos de las personas, el físico es pura anécdota.

—¿Cómo es José Feliciano? ¿Un peluchito? —preguntó sacando los brazos por encima de las mantas, lo supe porque me dejó con la cabeza completamente destapada.

—¡Que no te muevas!

Me puse boca arriba, giré la cabeza para mirarle y él también me miraba, a

pesar de que los tres hilillos de luz de la farola de la calle que entraban por las rendijas de la persiana apenas dejaban ver nada.

—¿Qué cosas, eh? —me dijo con una sonrisa pérfida.

—¿A qué te refieres ahora? —repliqué, esperándome lo peor.

—A esto. A ti y a mí compartiendo una cama, y tú diciendo cosas como: “no te muevas”.

—Se lo debes a José Francisco... —le recordé, y me alegré de que no se viera nada, para que no se percatara de que estaba a punto de partirme de risa.

—Venga, cuenta... Si lo estás deseando. ¿Cómo es?

—Es guapo. Tiene el pelo así como ensortijado...

—¿De polla quieres decir?

La verdad es que tenía el pelo así, pero no quise darle carrete porque la conversación iba a terminar yéndose de las manos.

—Ensortijado. De color rubio ceniza, tiene los ojos verdes, la nariz recta, es que se la operó...

—Ese tío es impotente —me interrumpió—. Hazme caso, conozco muy bien a los de mi género: los que se operan la nariz es porque lo de abajo no les funciona.

—¿Qué teorías son esas? —solté ya sin fingir la risa.

—¿Teoría? Esto es ley. Tío con nariz operada, miembro disfuncional. No falla.

—No sé. Bueno, el caso es que mide uno ochenta, es delgado, muy fibroso, hace mucho deporte...

—¿Qué deporte?

—Corre y hace gimnasia en casa.

—¿La gimnasia que le enseñaron en la mili?

—¡Yo qué sé qué gimnasia hace! Solo sé que le he visto en bañador y es pura fibra.

—Ese es un bilioso, que seguro que tiene unos ataques de ira que lo flipas. La culpa es de la madre consentidora y del padre autoritario. ¿Me equivoco?

—Ni idea. Pero acabas de describir a la perfección a mi ex.

—Pero si tienes ex y todo. Como tus primas decían que huías de compromisos y ataduras, pensaba que nunca habías tenido nada serio, cosa que por cierto me parece de lo más sensata. Yo siempre quise ser como Julio Iglesias, en su etapa pre-Miranda, tener amantes por todas partes y quitarme de líos. Pero mira, me enredó la Ramírez y me ha dejado hecho un guiñapo.

—Lo cierto es que no has tenido mucha suerte con las mujeres...

—Tú fuiste la única que me salió buena.

—¿Yo?

Aun cuando la cama era grande y nos separaba una distancia más que prudencial, me eché para atrás todo lo que pude tras su confesión.

—Eras la que más aguantaba mis provocaciones y mira que te chinchaba, pero siempre volvías.

—No es que volviera, es que este es un pueblo enano y no nos quedaba más remedio que encontrarnos.

—Sí, pero los demás me retiraban la palabra. Tú no. Tú nunca dejaste de hablarme. Supongo que por eso mi abuela te ha traído. Oye, ¿sigue aquí?

—No. No la he vuelto a ver.

—Mejor. Así podemos hablar más tranquilos...

Mientras solo fuera hablar perfecto, y mejor que no, porque la conversación podía dar pie a otras cosas:

—Yo quiero dormir.

—¡Es Navidad! La gente está por ahí pasándose bien y nosotros somos jóvenes. ¡Vamos a disfrutar un poco, tía!

¿Disfrutar cómo? Mejor quitarle de la cabeza cualquier idea de diversión.

—Cuando la gente se lo pasa bien es en Nochevieja, en Nochebuena están

con las familias, se pelean, se propinan unos cuantos navajazos y después se acuestan a una hora razonable.

—Tú también estás herida, ¿qué te hizo ese cabrón? ¿Se fue con otra?

—¿Me vas a hacer hablar de ese cerdo ahora? Verás, eso no encaja exactamente con mi idea de diversión.

—¿Quieres que follemos? No lo hago desde hace dos años, pero por ti haría una excepción.

Yo tampoco lo había vuelto a hacer desde que rompí con Alejandro y la verdad era que también había dejado de interesarme.

—No me interesa el sexo. Ni siquiera lo echo de menos. Rompí hace dos años con el cerdo ese, y fui yo la que se marchó. Era un manipulador y un controlador, pero al principio era tan encantador... Dejé a mi pareja de toda la vida por él. Soy una infiel como la Ramírez, como puedes ver.

—Pero en tu caso seguro que el chaval se ganó a pulso los cuernos. ¿Qué era, un tipo de esos caseros de peli y manta los sábados? ¿Peli que se dormía? Y después qué, ¿a que te hacía el amor medio sobado? ¿A que se quedaba dormido mientras te masturbaba?

—¿Qué eres, adivino? —Qué manera de dar en la diana.

—Tú eres fiel. No te habrías ido con el bilioso de haber estado bien cubierta y no solo me refiero al terreno sexual. Tú no has nacido para estar al lado de alguien que se mantiene siempre en la zona de confort.

—¿Y para qué he nacido? —pregunté, aproximándome a él. No sé por qué lo hice, pero ahora podía percibir su aliento a pasta de dientes y un olor amaderado que resultaba muy agradable.

—Para estar con alguien como yo. No quiero decir que sea yo. Pero alguien de un perfil similar al mío. Un tío con pasión y coraje. Tu novio de siempre era un pelele, y el amante bilioso, con el que te fuiste después, un cobarde mediocre que no soportaba que fueras mejor que él. Tu padre tenía

razón, tus primas no tenían ni idea de lo que estaban hablando. Sigo pensando que tenemos que vengarnos y liar alguna con el José Julián.

Me había dejado muda. ¿Cómo un tío al que había visto por última vez cuando tenía trece años podía conocerme de esa forma? ¡Y no solo a mí! ¡Que también había calado a mis parejas!

—Lo flipas conmigo. Lo sé, querida Carmen.

—Un poco solo —mentí—. Y su nombre es José Francisco...

—Aunque bien pensado, que te hayan visto conmigo es la mejor venganza. Tengo buena percha, soy un buen profesional y tengo un ático en el Retiro que te mueres. Eso ellas no lo saben, pero te lo digo a ti. Es una pasada...

—Eso debe decirlo tu abuela, no tú. No. No creo que envidien demasiado que tenga un novio que además de ser un ególatra de marca mayor, sea un tocapelotas de primera...

—Eso les pone. La “Cuatro Pelos” y la “Melena Salvaje” saben perfectamente que quien es así de bravo en la mesa, en la cama no hace prisioneros.

—¿No eras un cartujo?

—Eso es desde que la Ramírez me quitó las ganas de todo. Pero yo cuando salto al ruedo es para hacer faenas memorables. Eso se nota. Las mujeres lo perciben. Tú no lo notas porque estás con la herida abierta...

—Te equivocas, a mí me parece un sobrado y un prepotente, con la herida abierta y con la herida cerrada.

—Tú es que eres especial. Siempre me has visto tal y como soy. Y yo a ti.

Me dejó desconcertada y el caso era que estábamos cada vez más cerca y que con mi rodilla estaba tocando la suya. Y no voy a negar que me gustó. Y no solo eso, sino que me estaban entrando unas ganas terribles de que me abrazara. Necesitaba tanto sentir un abrazo...

—¿Tú crees que lo nuestro tiene remedio? —le pregunté temblando, hasta

los dientes me castañeaban.

—¿Tienes frío?

¡Qué pregunta era esa! Tenía frío por todas partes, por fuera y por dentro, en la cabeza y en el corazón.

—Mucho —susurré.

Estiró un brazo y me estrechó contra él, y aunque sé que lo sensato habría sido resistirse, me pegué a él como una lapa.

—Esto es la Navidad —dijo mientras me abrazaba.

—¿No decías que era hipocresía y consumismo? —repliqué con la cabeza apoyada en su hombro.

—Sí, porque hemos perdido la esencia. La esencia es esto.

—¿Dos que se abrazan para darse calor?

—No te imaginas lo que necesitaba que me abrazaran. No lo hago desde que la Ramírez se fue con el gordo sarnoso.

—Te entiendo perfectamente...

—La Navidad de verdad es compartir hasta lo que no se tiene. Créeme que te estoy dando cariño sin tenerlo y que te daría ahora mismo sexo sin tener tampoco el cuerpo para grandes faenas.

—Solo porque es Navidad y tú eres así de generoso, claro.

—La Navidad es el recuerdo de que algo bueno habita dentro de nosotros. Míranos, esta noche nos habría tocado pasarla solos, lamiéndonos las heridas, pero estamos aquí porque ese algo bueno y bello que está dentro de nosotros nos ha traído hasta aquí.

—¿Qué te está pasando, Santiago? ¿Estás mutando a gremlin bueno? —pregunté alzando la cabeza y apartándome un poco de él para poder mirarlo a los ojos.

—No te preocupes, el 26 lo habré olvidado todo y volveré a ser el de siempre. Solo es una pequeña tregua.

—A lo mejor mis primas tienen razón en que rehúyo el compromiso. ¿No crees que dos años de duelo son suficientes? —Volví a apoyar la cabeza en su hombro porque, además de que era más cómodo, la vista se nos estaba empezando a habituar a la poca luz que entraba y no quería que mi mirada mostrara más de lo que debía.

—¿No decías que lo habías olvidado todo? ¿Qué haces recordando lo que te han dicho tus primas?

Tenía razón, pero no se lo dije...

—Limítate a contestar a mi pregunta.

—Supongo que si no has estado en los brazos de nadie hasta ahora ha sido porque no te ha apetecido. Pero mira ahora cómo estás... Bien es verdad que mis brazos son irresistibles, jamás vas a encontrar nada igual.

—Ahora estoy metida en la cama contigo y abrazada a ti por una mera cuestión de supervivencia. No te engañes.

—Lo sé. Yo estoy por la misma razón. Y respecto a lo otro que me has preguntado, no te angusties con los tiempos, haz lo que sientas y ya está.

El problema es que el miedo a que me hicieran daño me tenía bloqueada la capacidad de sentir.

—¿Tú no tienes miedo? —le pregunté suspirando.

—Tengo un poco de todo, cada vez más indiferencia y a ratos odio, resentimiento, ira, rabia y dolor. Pero miedo, no. Tal vez porque ni se me pasa por la cabeza volver a pringar como lo hice con la Ramírez. Si surge, cuando me vuelvan las ganas, estaré con unas y con otras, pero no pienso implicarme más con nadie.

—Pues eso es miedo...

—Es lucidez. ¿Qué es esto que tienes aquí? —preguntó, tocando por la espalda el borde del escote de mi vestido—. ¿Te has acostado con el sujetador también?

—Y no me he metido en la cama con la parka porque la tenías tú, que si no también me acuesto con ella.

—¿Te lo quito? —me susurró al oído, y un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies.

—¿El qué? —contesté con la voz que apenas me salía.

—El sujetador, para que estés más cómoda. Y si quieres el vestido también...

Tenía las manos en el cierre de mi sujetador y ni siquiera esperó a obtener respuesta, directamente lo desabrochó con pericia y lo sacó tirando de uno de los extremos.

—Ya está. Eso sí, si quieres que te quite el vestido, tendrás que pedírmelo. ¡Estás temblando! Ven...

Me abrazó más fuerte, sentía su pecho latiendo junto al mío, su respiración en mi cuello y su... erección sobre mi pubis.

—Es algo instintivo. No significa nada —me aclaró—. Puedes estar completamente tranquila.

Muy tranquila. Es como cuando el dueño de un rottweiler con cara de asesino te asegura que no hay nada que temer, que el perro es un encanto.

—Creo que es mejor que nos desabracemos... —sugerí, porque eso tenía toda la pinta de que iba a terminar muy mal.

—Dame un rato y se me baja. Yo estoy a gusto así, ¿tú no?

Para él sería algo muy normal sentir una potente erección en la tripa, pero a mí eso no me ocurría todos los días:

—No, Santiago. ¿Qué quieres que te diga? Es algo... incómodo.

—Espera...

Se dio la vuelta y me quedé abrazada a su espalda:

—¡Solucionado! —exclamó eufórico—. Pégate bien a mí, aunque te advierto que tengo las nalgas tan duras como la polla.

—Ay, por favor... Esta situación es...

—¡Navideña cien por cien! Esta es una noche de paz, noche de amor. Venga, vamos a hacer una cucharita de esas y así nos quedamos dormidos.

—No sé yo...

—¡No seas boba! ¡Si estás muerta de frío! Arrímate bien a mí. ¡Vamos!

Obedecí para que se callara de una vez, con un poco de suerte en breve se quedaría dormido, yo podría darme la vuelta y daríamos por finalizada esa situación absurda.

—¿Qué haces con el brazo ahí? —me preguntó palpándome el brazo que tenía pegado a mi cuerpo.

—¿Qué quieres que haga con el brazo?

Cogió mi brazo y lo colocó encima de su cuerpo de tal forma que acabé con la mano encima de su vientre.

—Así está mejor. Rodeándome con tu brazo. ¿No te parece?

Lo que me parecía es que estaba fibroso, tenía razón y lo tenía todo duro. Su vientre era una roca.

—¿Estás tan musculado porque eres un bilioso iracundo? —pregunté, mientras palpaba con mi mano sus abdominales.

—Antes de que la Ramírez me dejara estaba más fondón. Me pasaba el día en el despacho y tenía hasta el síndrome de la caballería...

—¿Qué síndrome es ese? —dije dejando al fin reposar mi mano sobre su vientre.

—Hemorroides. Ya sabes, de estar todo el día subido al caballo.

—¡Qué desagradable eres! ¿Era necesario hablar ahora de esos problemas tuyos?

—Sí, era para te hicieras una composición de lugar, las hemorroides ilustran a la perfección hasta qué punto era un tío sedentario. Pero fue dejarme la Ramírez y mi vida cambió. Necesitaba insultarla, a todas horas, al

principio me encerraba en mi cuarto de baño, pero mi secretaria Elpidia empezó a asustarse. Así que, como mi despacho está al lado del Retiro, muy cerca del ático que te he dicho, cuando me entraba la furia esa, me ponía el chándal y me iba a correr, para que la sangre dejara de hervirme. Por supuesto, no corría callado, corría insultándola, unos insultos terribles que asustaron a más de una vieja, por lo que decidí cambiar de emplazamiento. A partir de ese momento, cada vez que me entraba el ataque de ira, que era a diario, me cogía el coche y me iba a un descampado que hay cerca de mi trabajo. Y me ponía a correr, corría y la insultaba, la insultaba y corría, así hasta que caía fulminado, sin apenas aliento. Llegué a perder veinte kilos, se me puso cuerpo de atleta olímpico de tres mil metros obstáculos y luego por las noches después de cenar, como todavía seguía con ira dentro, me dio por quemarla haciendo abdominales, mientras escuchaba réquiems y más réquiems.

Desde luego que mi duelo al lado del suyo había sido un paseo, en mi caso encontré la paz en: la bollería industrial, los regalices negros y los bolsos.

—¿Y sigues torturándote de esa forma?

—Me hice con el hábito. Correr engancha. Ahora no puedo dejarlo, pero ya no insulto. Bueno, solo de vez en cuando, muy de vez en cuando.

—Es una buena costumbre.

—Tengo un cuerpazo. Para qué mentir.

—Para lo que te sirve —repliqué muerta de risa.

—Te está dando calor a ti. Y si quieres puedo darte más.

—No, gracias —me negué sin dejar de reírme.

—Lo digo a modo de ansiolítico natural, no tengo condones pero te puedo hacer alguna cosa...

—¿Una tila?

—Si quieres me levanto y te traigo una tila.

—No hace falta, gracias...

Entonces, no sé por qué razón, se giró otra vez y volví a tenerlo de frente.

—¿No íbamos a dormir en cucharita? —protesté, apartándome un poco de él para evitar el contacto de nuestras partes bajas.

—Es que quería verte la cara. ¿Te lo estás pasando bien?

—Estaría mejor durmiendo en mi cama. —Era mentira, me lo estaba pasando genial y me alegraba muchísimo de no estar durmiendo en mi cama, y menos junto a Inés.

—No me lo creo.

—Tú sí que te lo estás pasando de fábula.

—Yo no soy un mentiroso como tú. Me gusta que estés aquí, no hay mejor estufa que la de otro cuerpo humano. Venga, pégate a mí otra vez... —Me tomó por el hombro para acercarme a él, pero esta vez me zafé.

—No. No...

—¿Lo dices porque sigo empalmado?

—No tengo ni idea de cómo estás, pero prefiero que me des la espalda.

Santiago, obediente, se giró y me dio otra vez la espalda... Como ya no había peligro, pegué mi cuerpo al suyo y lo rodeé con mi brazo de nuevo.

—Te abrazo por el frío —le recordé.

—Y porque es Navidad.

—Sí, por eso también... —susurré con mi nariz pegada a su nuca—. ¡Qué bien hueles!

—Bleu de Chanel. Empecé a usarla porque la Ramírez la detestaba...

—A mí me gusta. Huele muy bien —confesé aspirando profundamente su aroma.

—¿Te acuerdas de nuestro primer beso?

—¿Primer beso? ¿Eso significa que hubo más de uno?

—¿Te acuerdas o no?

La verdad es que no. Recuerdo que me sacaba de mis casillas, que era un pesado, que no paraba de subirse a todas partes, que se peleaba con todo el mundo, que siempre estaba amargado, enfadado o gruñendo... pero, ¿beso?

—No debes besar muy bien porque no recuerdo nada.

—Soy abogado. Sé muy bien cuando la gente me está mintiendo.

—¿Y por qué tendría que mentir?

—Porque te niegas a reconocer que es un beso que te ha marcado.

—Si tú lo dices...

—¿Te acuerdas o no?

—¡Te he dicho que no! ¡Solo recuerdo que eras un niño peleón y amargado! ¡No recuerdo más!

—Te daba yo mi infancia, quédate sola con siete años y a ver en qué clase de niña te conviertes.

—Tenías a tu abuela Orosia...

—Pero murió cuando yo tenía trece años... ¿Tú sabes cómo lo pasé en el internado burgalés? Lo único que me daba esperanzas era volver a tener tus besos, eso fue lo único que me hizo aguantar todo este tiempo. La promesa de un beso que nunca llegó...

—Estás de broma, ¿no?

Todo lo que me estaba contando solo podía ser una broma...

—Venga, di... Es broma. ¿De qué besos hablas?

Santiago se dio la vuelta otra vez y me miró a los ojos muy serio, luego me cogió por el cuello y me besó, me besó desesperado, mordiéndome los labios, invadiéndome con su lengua, dejándome sin aliento, como si le fuera la vida entera, como si estuviera ajustando cuentas, robando al fin el beso que tenía que haber sido suyo hace mucho tiempo:

—No entiendo nada —susurré con sus labios pegados a los míos.

—Durante mucho tiempo, soñé con este beso y con este otro aquí, en tu

cuello...

Besó mi cuello, y yo enterré mis dedos en su pelo, cerré los ojos y me dejé llevar hasta un lugar en el que hacía mucho que no había estado.

—Y también soñaba con besarte aquí... —Tiró de mi vestido hacia abajo, dejó mis pechos al aire y los besó.

—Y tu vientre, también soñaba con tu vientre...

Siguió bajando mi vestido, hasta que dejó al descubierto mi vientre, que besó, y luego...

—Quiero lamerte, quiero devorarte, quiero que gimas mientras te tengo en mi boca.

Levantó las faldas de mi vestido con las prisas locas de un repentino viento de Levante, me quitó mis braguitas, y cumplió su promesa. Me besó, me lamió y me llevó a un lugar donde nunca antes había estado. Con su boca dulce y salvaje, con su lengua atrevida, con sus dedos sutiles, supo hacer lo que antes nunca nadie había hecho. Y no es porque mi memoria fuera frágil o porque la abstinencia hiciera que magnificara el momento, la verdad es que nunca había vivido semejante tsunami. ¡Qué locura! ¡Qué Navidad!

Cuando todavía estaba sin aliento, desfallecida y feliz, como el barco a la deriva que acaba encallando en la mejor playa, Santiago se tumbó a mi lado y me susurró al oído:

—Te dije que soy bueno.

Era más que bueno, pero preferí musitar:

—Sobradito de pacotilla... Tampoco eres para tanto.

—He pulverizado todos los récords. Te he hecho una faena muy gorda. Te he puesto el listón tan alto que cada vez que bajen a tu pilón, te acordarás de mí.

—Estúpido fanfarrón.

—Y porque no hemos follado, que si llego a tener condones te juro que

ibas a haber recordado nuestro polvo de vieja, en la hora esa del recuento final, como el mejor y más grande tu vida.

Qué tío más petardo, por favor...

—Lo que no entiendo es por qué la Ramírez se fue con el camarero, con lo bueno que dices que eres en la cama...

—Según me dijo se fue con el gordo porque sabe escuchar y yo no.

—Se dicen tantas mentiras para no herir...

—Y para no reconocer la verdad. Saca el móvil y hazte un *selfie aftersex* para que veas la cara que tienes de bien orgasmada. Es que estás preciosa, se te ha quitado toda la tirantez que tenías en el rostro. Háztela y súbela al Instagram, ya verás las cosas que te dicen...

—¡Qué tonterías dices! Y además no tengo Instagram...

—Yo sí, últimamente solo pongo fotos de cuando era joven y amargado, ya va siendo hora de que cuelgue algo más divertido. Me voy a hacer un *selfie aftersexhair* que lo vas flipar. Tengo el móvil en el abrigo...

—¿Y eso qué es?

—Una foto que se hace despeluchado después del sexo. ¿Tú eras consciente de lo que hacías con mis pelos mientras te retorcías de placer?

La verdad es que tenía los pelos como el cantante de The Cure...

—A mí es que esto de los *selfies* me parece de un egocéntrico...

Pero a Santiago no, porque cogió el abrigo que estaba sobre las ocho mantas, sacó de un bolsillo su móvil, saltó de la cama, encendió la luz y luego regresó a mi lado.

—Son muy divertidos. A ver, ponte a mi lado...

—¿Estás loco? ¡A mí no me saques! Sácate tú si quieres, pero a mí déjame tranquila. —Y me tapé la cabeza con las mantas, por si acaso se atrevía a hacerme una foto.

—Tranquila, mujer. Te informo de que tengo el móvil en la mano y me

estoy viendo. Qué pelos me has puesto... Me hago la foto...

Escuché el ruido de sus disparos, se hizo como ocho o diez, luego me destapó la cabeza y dijo:

—Sal de tú escondite y ayúdame a elegir la mejor.

Me incorporé, me senté apoyando la espalda en el cabecero y le señalé la foto en la que tenía menos cara de idiota.

—¿De verdad que vas a subir esto?

—Ya está subido. Y ahora una juntos, pero para nosotros. Me cogió por el hombro, juntó su cabeza a la mía y disparó una foto a traición.

—¡Que no me gustan los *selfies*! —protesté, intentando apartarme de él, pero no pude porque me tenía cogida de tal forma que le dio tiempo a disparar unas cuantas fotos más.

—No te resistas. Ahora te lo mando por WhatsApp. Te encantará verlas los días que estés muerta de aburrimiento y asco...

Me deslicé en la cama, me tumbé otra vez y me cubrí por completo con las mantas.

—Yo no tengo ningún día así. No me las mandes. No las quiero.

—Venga, mentirosilla, dame tu número...

—¡Ni borracha! Y te juro que como vea alguna de estas fotos colgadas en la red, te las vas a ver conmigo.

—Te ganaría el pleito siempre. Soy tan buen abogado como amante. Pero no te preocupes, que estas fotos serán única y exclusivamente para mi uso y disfrute.

—¡Bórralas! No quiero ni que me disfrutes ni que me uses.

—Me niego. Salimos tan bien. ¡Han quedado geniales! ¿No quieres verlas?

—¡Te he dicho que no! Apaga la luz de una vez y vamos a dormir...

Y me hizo caso. Pensaba que iba a insistir un poco más con lo de las fotos, fotos que por otra parte yo me moría por ver, pero obedeció al momento,

apagó la luz y volvió a tumbarse a mi lado, dándome la espalda.

Me faltó tiempo para ponerme detrás de él, abrazarle y luego susurrarle al oído...

—Gracias por esta Navidad tan especial.

—¿No estás enfadada por el *selfie*?

—Un poco. Ya casi nada...

—De pequeña siempre me hacías igual. Te chinchaba y luego se te pasaba y hasta me dabas un beso.

—¡Siempre en la mejilla! Nunca te besé en los labios, hasta hoy —recordé mientras asentía con la cabeza—. Cuando antes me preguntaste por nuestro primer beso, pensé que te referías a un beso en los labios. Si te refieres a un beso normal, entonces, sí que recuerdo el día que te besé por primera vez en la mejilla: fue en nuestra Primera Comuni3n. Después de la ceremonia, como yo tengo tanta familia, no dejaban de hacerme fotos y recibir felicitaciones de unos y de otros. Y todos los demás chicos, igual, pero tú estabas solo con tu abuela. Recuerdo que al salir de la iglesia ella te abrazó y que tú te pusiste a mirar para todas partes, como buscando a alguien, que finalmente no apareció. Te noté tan triste, que corrí hasta ti y te di un beso en la mejilla, fue un beso muy rápido, casi al aire...

—Me lo diste a mí y fue maravilloso. Nunca lo he olvidado y nunca lo olvidaré. Ni tu beso ni que por la tarde vino tu tío abuelo Eduardo y me trajo un *Scalextric* que montamos en el salón.

—Eso no lo sabía...

—Sí. —Y escuché como una especie de sollozo.

—¿Estás llorando? —pregunté preocupada.

—No —dijo retirándose las lágrimas—. Es la puta Navidad que me pone un poco moñas. Solo eso...

—Ven...

Tiré de él para que se diera la vuelta y le besé, le besé en los labios, le besé las lágrimas, le besé en la boca, le mordí los labios, se enredaron nuestras lenguas, mientras mis manos se deslizaban por sus pectorales, por su vientre y acababan dentro de sus calzoncillos.

—No hace falta que...

—*Shhhhhhhh* —siseé con mis labios pegados a los suyos.

—Eso que estás haciendo está muy bien... —susurró mientras besaba mi cuello.

—¿Esto? —pregunté acariciando su miembro con suavidad, de abajo arriba.

—Creo que voy a morirme...

—Todavía no...

Mis manos seguían haciendo de las tuyas, amorosas, delicadas y cadenciosas...

—Carmen... —susurró agónico.

Y no pudo decir más, porque le besé profundamente, besó que siguió por su cuello, por su pecho, por su vientre y que terminó justo donde antes estaban mis dedos.

Mi lengua ávida y mi boca sedienta le arrancaron jadeos que desataron mis ganas. Él lo sintió y me pidió...

—Bésame en la boca, bésame.

Le besé, mientras descendía su mano hasta mi pubis donde otra vez sus dedos hicieron maravillas. Mi mano hacía lo mismo con su sexo hasta que él no pudo más y yo tampoco, porque solo tuve escuchar sus gemidos para sentir otro orgasmo.

—Soy un cretino —me dijo en cuanto recobramos el aliento—. No sé de qué voy presumiendo cuando tú eres la maestra consumada. Eres una diosa.

—¿Yo? —pregunté con la cabeza en su hombro.

—Sí, tú. Tú eres la que ha pulverizado los récords esta noche. Esta Navidad, va a ser la que recuerde cuando sea un carcamal, y eso que no hemos follado, que no has tenido mi animalidad sobre tu cuerpo, que no sabes de mis sonidos primordiales.

—¿Me mientes o me vacilas?

—Te quiero...

—¿Me quieres? —¿Había dicho que me quería?

—Te quiero decir que lo que te digo es cierto.

Le cogí de la mano, entrelazamos nuestros dedos y así nos quedamos dormidos...

Capítulo 4

Desperté abrazada a Santiago, con la cabeza recostada en su pecho y mis piernas sobre las suyas. Él estaba profundamente dormido y resoplaba haciendo unos ruiditos muy graciosos. Daba gusto verle así, sin decir ninguna de sus sandeces.

Con cuidado, me separé de él y alcancé mi móvil, que había dejado en el suelo. Lo encendí y comprobé que eran las cuatro de la tarde. Tenía llamadas perdidas de mi familia y wasaps en los que me preguntaban si iba a ir a comer. A las horas que eran supuse que ya estarían con los postres: me alegré tanto de haberme perdido esa comida. No me apetecía reencontrarme con mis primas ni con sus preguntas suspicaces sobre la ausencia de Santiago.

¿Y con Santiago qué hacía? Si me quedaba, me exponía a repetir lo de la noche anterior, y no es que no tuviera ganas de que volviera a pasar lo mismo o algo mejor. De hecho, la tentación de irme a la farmacia de Fina y comprarme un arsenal de condones era grande, muy grande, tanta como la necesidad de sentir su animalidad sobre mi cuerpo y la de conocer sus sonidos primordiales, pero no tenía ningún sentido. Los dos estábamos heridos, ninguno teníamos ganas de empezar nada, ni noviazgos ni folla-amistades, así que lo más sensato era dejarlo y marcharme sin hacer ruido. Mejor quedarnos con un bonito recuerdo de una Navidad inesperada, que arriesgarnos a estropearlo todo.

Le di un beso en la frente, salí de la cama con sigilo, cogí mis zapatos, mi parka, y salí de puntillas como lo que era, una ladrona que, aunque estuviera cargada de razones para serlo, le robaba a Santiago una despedida y la promesa de un nuevo encuentro.

Me calcé en el salón, me puse la parka, me subí la capucha para que no me reconociera nadie y corrí hasta que llegué al coche que estaba aparcado en la parte de atrás de la casa de mi abuela.

Valdetorres estaba desierto, solo los gatos se paseaban remolones alrededor de los cubos de la basura, como si ellos también estuvieran empachados de tanta comida y de tanto celebrar entre gritos y reproches.

Había dejado de nevar, incluso hacía un sol que no calentaba pero que me hacía compañía en la triste escapada. No me sentía bien por marcharme de esa forma, aunque fuera lo más prudente, y contemplar a través de las ventanas de las casas la misma escena de extraña felicidad familiar en torno a una mesa tampoco ayudó a que me sintiera mejor.

Me daba mucha pena no estar con mi familia, a pesar de todo. Debía de ser la única en Valdetorres, aparte de Santiago, que no estaba disfrutando de una sobremesa navideña, con su buena dosis de Almax y el clásico remate de las cuentas pendientes de la noche anterior.

Me sentía fatal, con una sensación de soledad cada vez más agobiante, que me angustiaba en forma de nudo en la tripa y en la garganta. Corrí más deprisa para ver si así lograba escapar de una vez de esa realidad opresiva, en la que no me crucé con nadie que intentara detenerme ni a la salida de la casa de Orosia, ni de camino al coche, ni cuando llegué al sitio donde lo tenía aparcado.

Cuando me senté en el automóvil, casi sin resuello, lo primero que hice fue encender la radio, necesitaba escuchar la voz de alguien, una voz humana que me recordara que no estaba sola en el mundo. Luego, arranqué, y cuando ya salía del pueblo comenzó a sonar el *For unto us child is born* del Mesías de Händel, y empecé a reír con unas ganas, una alegría y una gratitud infinita por vivir, por sentir, por estar un día de Navidad sintiendo en mi piel aún las caricias y los besos del primer chico al que besé en mi vida. Y al mismo

tiempo, rompí a llorar por lo que perdí, por lo que pasó, por lo que ya no volvería... Y luego grité, grité tanto, grité todo lo que no había gritado en estos dos años, grité todo lo que no había dicho, lo que me había callado por miedo y por amor, grité lo que no había liberado nunca porque el dolor era demasiado profundo, grité toda mi ira y todo mi resentimiento, grité todos mis errores, grité el odio que sentía hacia mí misma, grité lo que no había perdonado. Grité todo lo que había estado aprisionado en mi corazón, y todo eso salió de una forma tan salvaje y primitiva que me desbordó.

Me quedé vacía. Sin fuerzas, mareada y a punto de desplomarme. Como pude, logré parar en la cuneta y caí exhausta sobre el volante, mientras la música de Händel seguía, y entonces, sucedió: sentí una paz que desconocía, que me iluminó por dentro y que me hizo sentir que formaba parte de la tierra, del aire, de cielo, de la esencia que es la vida en su estado más puro, y después sentí amor, un amor enorme, generoso, inagotable, que me reconcilió con todo, que me dio fuerzas, que me llenó de las más bellas esperanzas y que ocupó por completo ese vacío que ya no lo era.

—¡Es Navidad, amigos! —dijo el locutor cuando la pieza terminó.

Lo era. Nunca en mi vida la había sentido tan dentro de mí. Así que no es que fuera Navidad, no, ¡yo era la Navidad! Y a partir de aquel instante, mágico, místico, revelador, ya no volví a ser la misma...

Renovada, regresé al trabajo después de las vacaciones de Navidad con otra actitud. El amor y la paz que habitaban dentro de mí drenaron al miedo y, ya sin él, liberada al fin, empecé a ver a mi compañero Cárdenas de otra forma.

Enrique Cárdenas dirigía el departamento de contabilidad de mi empresa con mano firme, era de los primeros en llegar y de los últimos en irse, gozaba de la confianza de los jefes y de la simpatía de todos los demás, siempre tenía una palabra amable de ánimo o de consuelo para el que lo necesitaba, jamás

difundía un chisme, pero estaba al tanto de todos, sabíamos poco o muy poco de él, si bien él lo sabía todo de nosotros.

De físico no es que no fuera alguien imponente, pero estaba bien. Medía un metro ochenta, tenía el pelo cortado al tres, siempre al tres, con algo de entradas, la frente ancha y despejada, unos ojos oscuros y sagaces que miraban a través de unas gafas de fina pasta negra, que disimulaban lo aguileño de su nariz y que le marcaban aún más los pómulos. De complexión delgada pero firme, tenía unas manos nudosas y fuertes, siempre muy cuidadas.

Era un hombre que transmitía seguridad y confianza, que daba la sensación de tenerlo todo bajo control, jamás le conocí un mal gesto, ni le escuché una palabra inapropiada, así como tampoco ninguna muestra de cariño excesivo o que se le escapara alguna frase demasiado efusiva. Era puro equilibrio, moderación y sensatez.

Sabíamos que estaba soltero, que vivía solo en su piso de Galapagar y que muchos fines de semana los pasaba en una finca que tenían sus padres en Salamanca. También conocíamos alguna de sus aficiones y, aunque él no lo decía, seguro que todo lo hacía bien, fabricaba jabones y cremas, cocinaba desde cocina internacional a pastelillos varios, era senderista, motorista, tocaba no sé cuántos instrumentos, leía mucho ensayo y novela negra, iba al cine, le gustaba el teatro, de vez en cuando viajaba a cualquier parte del mundo y odiaba profundamente el fútbol.

Muchas chicas de la oficina suspiraban por él, pero no parecía interesado en ninguna hasta que, hace un año, me invitó a ir al teatro. Un viernes me dijo que le había fallado un amigo a última hora y que tenía entradas para las diez de la noche. Le dije que no, porque mi vida consistía en ir del trabajo a casa y de casa al trabajo, y la verdad era que no me apetecía lo más mínimo. Decliné su invitación amablemente, algo que, por cierto, me pareció de lo más

normal, una invitación entre compañeros que no tiene la menor importancia, sin embargo estaba muy equivocada. Tres semanas después, me volvió a invitar, esta vez a la inauguración del restaurante de un amigo suyo, invitación que por supuesto también rechacé. Y la cosa no quedó ahí, siguió invitándome a fiestas de amigos, al cine, a algún que otro concierto, y siempre le decía que en “otra ocasión”.

Mis compañeras, sobre todo Sol y Leo, que son con las que mejor me llevo, estaban convencidas de que bebía los vientos por mí. A mí no me lo parecía, yo más bien pensaba que como era tan intuitivo y sensible, captaba mi tristeza, y que con sus invitaciones solo buscaba distraerme un poco, más por compasión que por otra cosa. Aparte de que tampoco creía que pudiera atraerle lo más mínimo, estaba convencida de que él sentía por mí lo mismo que yo por él: un afecto que no iba más allá del mero compañerismo y punto. Pero estaba muy equivocada...

Además, desde que había vuelto de las vacaciones de Navidad transformada, había empezado a mirarle con otros ojos. Ya libre de culpas y miedos, empecé a verle cada vez más como un hombre y menos como un compañero de trabajo.

No puedo racionalizar por qué pasó. Solo sé que en ese momento, cuando más a gusto que nunca me sentía en mi piel, cuando me sentía al fin en paz conmigo misma, sucedió. Sin más. Sin buscarlo ni provocarlo. En mi corazón se prendió algo, una chispa que encendió un sentimiento y por fin tuve el valor de dejarme llevar...

Estaba ilusionada. Me levantaba media hora antes de lo normal para plancharme el pelo, mis atuendos se habían vuelto mucho más sofisticados, mis zapatos relucían tanto o más que los suyos, mi manicura era impecable y, sobre todo, no paraba de buscarme a todas horas excusas para pasar junto al departamento de contabilidad, o para sentarme a su lado en el restaurante de

la empresa donde comíamos juntos en el primer turno. Yo odiaba el primer turno, pero por él lo cambié encantada. Me gustaba charlar con él, y disfrutaba mucho de esas comidas en las que nos íbamos conociendo un poco más. Más bien me iba conociendo un poco más a mí, porque él no es que hablara demasiado de sí mismo, pero sí de su visión del mundo y de la vida, que era muy afín a la mía.

El caso es que pasó enero así, entre miraditas en los pasillos y confidencias en las comidas, y el primer viernes de febrero, cuando yo estaba haciendo fotocopias en el cuartucho de reprografía, entró y cerró la puerta tras él...

Miles de fantasías se desataron en mi mente, si bien la realidad era bien distinta:

—Perdona que te moleste —me dijo algo nervioso, sin dejar de tirar con sus dedos de los puños de la camisa con una y otra mano.

—¿Necesitas la máquina? —La boca se me secó de repente porque intuía que quería otra cosa: me temblaban las rodillas.

—No, no. Es que te quería comentar que tengo un amigo que tiene un local y ha organizado una fiesta hoy, que me ha asegurado que va a estar muy bien. Me preguntaba si...—se acercó un paso más y yo me quedé sin aliento, ¿sería capaz de abalanzarse sobre mí? ¿De besarme? O ¿incluso de ir más allá?

—Dime... —susurré, dejando los documentos que estaba fotocopiando sobre la máquina y dando un paso hacia él.

Estábamos tan cerca el uno del otro, que solo tenía que estirar un poco el cuello para que sus labios alcanzaran los míos. Sin embargo, él se limitó a ajustarse sus gafas y a hablar en un tono neutro, propio de cualquier asunto de oficina:

—¿Querrías venir conmigo a la fiesta? El local está bien, ponen unos cócteles estupendos y el ambiente es agradable. La música acompaña, incita a la conversación, fluye la energía, y es un lugar elegante y sereno, así que creo

que podría gustarte.

Conversación. Elegante. Sereno. No eran precisamente las palabras que me habría gustado escuchar, pero era una invitación en toda regla y lo mejor estaba por suceder. ¡Tenía una cita! Porque eso era una cita, ¿no? Ya comentaría la jugada con mis amigas, pero por lo pronto respondí, muy correcta, como si me hubiera invitado a una ponencia en un congreso del sector:

—Te agradezco enormemente la invitación. Eres muy amable. Para mí será un placer asistir a esa fiesta.

—Es a las nueve, te mando a tu correo electrónico la dirección.

—Genial. Nos vemos allí, entonces.

—Bien —carraspeó un poco y luego añadió mientras se llevaba la mano al nudo de la corbata—. ¿Tienes mucho lío en tu departamento?

Mis piernas volvieron a aflojarse, ¿me estaba proponiendo lo que mi fantasía se estaba imaginando?

—Como siempre. Ya sabes cómo es esto de la consultoría de programación. Hay que entregarlo todo para ayer, siempre con el agua al cuello. Ahora estoy con la aplicación de Zúñiga & Asociados, pero bien... Lo llevo bien... —Y me enrosqué un mechón de pelo en el dedo, en un intento de que decodificara que estaba disponible para lo que pudiera pasar y que por perder quince minutos encima de la fotocopidora tampoco iba a pasar nada.

—Es apasionante —me dijo muy serio.

—Sí, sí que lo es —repliqué sin parar de asentir con la cabeza.

¿Qué era apasionante? ¿La decodificación de mi gesto o trabajar en consultoría de programación?

—Me gusta el apremio, la audacia, la incertidumbre y la exigencia.

—Y a mí —respondí mordiéndome los labios. No sabía bien de qué estaba hablando, pero desencadenó en mí expectativas de lo más sugerentes.

—Perfecto —habló metiéndose una mano en el bolsillo. ¿Qué estaría buscando?

—Sí, es perfecto, sí —farfullé, aguardando ansiosa su ataque inminente.

—Esta noche me cuentas los pormenores...

¿Esta noche? ¿Y ahora no iba a pasar nada?

—Y ahora, si quieres —susurré de una forma que sonó un tanto pedigüeña.

—Tengo que trabajar, esta noche me comentas los detalles de lo que quieren los de Zúñiga & Asociados. Será muy interesante...

Y se fue dejándome con mis expectativas de lo más sugerentes hechas fosfatina. ¿A qué me había invitado realmente?

Escribí un wasap para que Sol y Leo vinieran con carácter de urgencia a la fotocopidora, necesitaba saber su opinión.

Después de contarles lo sucedido, para mi asombro, las dos estaban entusiasmadas:

—¡No estabas deseando tener una cita! ¡Ya la tienes! —gritó Leo, mientras me cogía por los hombros y no paraba de agitarme. Leo era muy alta, tenía el pelo muy largo, parecía una ninfa, y aun cuando vestía como una monja recién llegada de las misiones, tenía una vida amorosa que ya la quisiera yo para mí.

—Calla, que a lo mejor Cárdenas sigue pululando por aquí —le regañé.

—No. Cuando hemos venido para acá no le hemos visto. Y tampoco había nadie por la zona. Pero pienso como Leo, ¿por qué estás con esa cara de mustia? —me preguntó Sol, que era de baja estatura, tenía el pelo muy corto con un flequillo muy largo, y llevaba desde los quince con el mismo señor y el mismo tipo de vestidos cortos y entallados.

—Es que lo único que veo claro es que me quiere llevar a la fiesta para hablar de Zúñiga & Asociados.

—Neni, relájate —me aconsejó Leo echando mi melena hacia atrás—. Te

ha dicho lo de Zúñiga para disimular, para que no parezca que va demasiado a saco. No te preocupes. Lo tienes en el bote.

—¿Tú crees? —pregunté incrédula.

—Claro que lo creo. A ver, ¿tú qué te esperabas? ¿Que te dijera: “Carmen, estoy enamorado de ti, eres la mujer de mi vida, por favor cástate conmigo?”. No seas ansiosa. Esto funciona así: te proponen cosas, tú aceptas y luego se va viendo... Es que hace años que no sales por ahí y ya se te han olvidado las reglas del juego.

—¡Pues yo llevo quince años con el mismo y no he olvidado nada! —replicó Sol—. Es más, veo que esto va sobre ruedas, así que ¡alegra esa cara! —me pidió, estirando las comisuras de mis labios con sus dedos índices.

—Tal vez esperaba otra cosa... —confesé con la sonrisa fingida.

—¿Qué cosa? ¿Más romanticismo? —preguntó Leo con una ceja enarcada.

—Yo es que no me imagino a Cárdenas dejándote una florecita sobre el teclado y un *post-it* sobre la pantalla que ponga: viernes, fiesta, ¿te vienes? Es un tío serio que además está en el trabajo —me recordó Sol, por si acaso lo había olvidado.

—¡Que yo no quería romanticismo! ¡Yo quería más pasión! No sé...

—¿Sexo en la fotocopidora? —preguntó Leo muerta de risa—. Eso lo queremos todas, pero solo funciona con personas de paso, con personal de la casa no es nada recomendable. Créeme. —Me aseguró, sonriente.

—¡Eso me lo tienes que contar! —exclamó Sol con una sonrisa picaruela—. Pues solucionado el asunto, yo me voy, que tengo mucho curro. ¡Mucha suerte para esta noche! Seguro que todo sale fenomenal. —Me dio un beso en la mejilla y se marchó.

Ya a solas, Leo me dijo no sé si a modo de consuelo o de consejo:

—Cárdenas va a en serio contigo, se nota que quiere ir despacio, no esperes que te proponga polvos exprés en horario de trabajo, por lo menos no

hasta que lo vuestro se oficialice.

—¿Entonces tú crees que de verdad quiere algo conmigo? —musité incrédula.

—¡Pues claro! Así que vuelve a tu mesa y escíbeme un *mail* con lo que te vas a poner.

Leo era mi jefa, así que podía pedirme lo que quisiera. Obedecí como siempre y después de pensarme mucho lo que iba a ponerme, escribí:

“Vestido negro minúsculo, tacones infinitos”.

Así aparecí a las nueve en punto en el Ginger & Chic, un local minimalista de fachada blanca con el rótulo en letras plateadas, hecha un manojo de nervios. Cárdenas me estaba esperando en la puerta, se había cambiado de traje, el pantalón era más entallado, y la corbata de un azul más intenso. No parecía tan nervioso como yo, si bien al saludarme y darme dos besos, lo noté un poco torpe. En el primero chocamos nuestros pómulos y en el segundo nuestras narices. Los clásicos nervios de la primera cita, pensé.

Entramos al local, uno de esos de tamaño intermedio y alargado, de paredes con pantallas de plasma que tenían sintonizada la MTV, perfilado con una barra enorme de acero y madera, y sillas tan altas como incómodas. La iluminación anaranjada era de las que me provocan sueño, y contaba con un rinconcito con mesitas y sillas de maderas nobles y un cuadrado absurdo de siete por siete que hacía las veces de micropista de baile.

No había mucha gente todavía. Cinco parejas y tres grupos pequeños que no parecían excesivamente animados, pero los lugares elegantes y serenos son así.

Cárdenas me preguntó amablemente qué quería tomar y yo le respondí, para quitarme de líos y porque no tengo ni idea de cócteles, que me pidiera lo mismo que él fuera a tomar.

Con nuestros cócteles en la mano, nos fuimos a una de las mesitas.

Dejamos las bebidas sobre una de ellas, él se quitó su abrigo, y me ayudó a quitarme el mío, que dejó delicadamente sobre una de las sillas. Después nos sentamos, uno al lado del otro, y brindamos con el mejunje que me había traído. Digo mejunje porque aquello sabía a colonia Nenuco, si bien tras dar el primer sorbito y casi morirme del asco, le miré embelesada y dije:

—Delicioso...

—Sabía que te iba a gustar. Creo que va muy acorde con tu personalidad.

—¿Ah sí? —¿Me estaba llamando infantil y fresquita?

—Es potente, tiene fuerza pero también un punto suave y dulce. Es un cóctel muy muy especial.

O sea, que yo tenía fuerza, era suave y era dulce... La cosa empezaba bien, muy bien, así que cogí el móvil y discretamente le mandé un wasap a Leo y a Sol, que sabía que estarían ansiosas por tener noticias mías, con el emoticono de la muñeca flamenca que envié ocho veces seguidas. Después, di otro sorbo aguantándome el asco y con una gran sonrisa, hablé:

—Es perfecto. —Perfecto para provocarme una úlcera, pero no se lo dije. Aunque llevara siglos sin tener una cita, los fundamentos básicos del juego me los conocía.

—Por cierto, yo vengo cenado, pero no sé si tú...

—Sí, sí, yo también he cenado —mentí, pues no me iba a poner a comer con él mirando.

—Me agrada mucho saber que te gusta cenar pronto como a mí, a la europea. No suelo encontrar a mucha gente que comparta mis horarios.

—¿No? Pues a mí me encanta cenar pronto —mentí de nuevo, no solo solía cenar pasadas las once, sino que me parecía una costumbre infame ponerse a cenar a la hora de la merienda.

—Bien. —Y me sonrió—. Oye, cuéntame lo de Zúñiga & Asociados, ¿con qué estás ahora?

No me apetecía para nada hablar de trabajo. Y menos en ese momento en el que estaba sonando el *Pump up the jam* de Technotronic, que me chiflaba cuando era una cría. ¡Qué ganas de ir a la micropista y ponerme a dar saltos!

—Estoy... con... —Los pies se me iban solos.

—¡Qué horror de música! —exclamó Cárdenas horrorizado—. Lo lamento de veras. Es la primera vez que escucho esta horterada en este local. Ya le echaré la bronca a mi amigo. Te prometo que siempre tienen música estupenda, como te contaba esta mañana, de esas que incitan a la conversación inteligente.

No sé qué música sería esa, pero la que estaba escuchando a mí me había provocado un subidón tremendo. ¡Era viernes, estaba tomando un cóctel de Nenuco con el tío que me gustaba y sonaba Technotronic! ¿Cabía más felicidad? ¡Era el paraíso!

—No te preocupes. Está bien... —hablé disimulando un poco mi euforia.

—No, no está bien. Pero te agradezco que seas tan comprensiva. Entonces, me decías...

—Sí, estoy con una aplicación para la gestión de clientes y de contenidos que va a permitir a Zúñiga & Asociados automatizar muchos procesos y ahorrarles bastante tiempo.

—Es una empresa de ingeniería muy sólida, mi hermana trabajó allí nada más terminar la carrera...

—No sabía que tuvieras una hermana... —Realmente sobre su vida privada no sabía apenas nada.

—Somos cuatro, la mayor, María Elena, es pediatra como mi madre, luego viene Juan que es militar como mi padre, Adriana la ingeniera y yo.

—Eres el pequeño, como yo.

Yo, sin embargo, le había hablado cientos de veces de mi familia, le había enseñado fotos, videos... Debía estar aburrido de mí y de los míos.

—Sí. Me gusta compartimentar bien los espacios. En el trabajo prefiero hablar de trabajo, fuera me tomo mis licencias...

—¿Sueles quedar con gente del trabajo?

—Nunca —dijo dando un sorbo al mejunje y dejando después su copa casi pegada a la mía—. No me interesan lo más mínimo. Tú eres la única de la oficina con la que me apetece compartir mi valioso tiempo libre.

—Vaya, gracias...—Parece estúpido, pero reconozco que en ese instante: me sonrojé.

—¡Qué encantador! —exclamó Cárdenas, al tiempo que su pierna rozó la mía.

—¿El qué? —repliqué, sin que ninguno de los dos retiráramos nuestras piernas. Nos negábamos a perder el contacto... carnal.

—Tu rubor, es exquisito.

De la vergüenza, me llevé las manos a la cara. ¡Quién me mandaba ruborizarme ahora!

—Vaya...

—Eres adorable, Carmen. —Y acercó su silla a la mía, de tal forma que no solo eran nuestras piernas las que se tocaban sino también nuestros brazos.

—¡No me digas nada más por ahora que no se me van a bajar los colores nunca! —exclamé, tapándome el rostro con la copa de colonia.

—Escucha —me pidió llevándose el dedo índice a la oreja—. Esta es la música que te decía...

Escuché con atención y a mí parecía la típica música de ascensor que no es que invite a charlas demasiado profundas.

—Sí, claro. Esto es otra cosa —mentí como una bellaca.

—Este sitio es muy agradable.

—¿Vienes mucho? —Esta pregunta estaba sacada del manual de ligón barato, pero mis nervios no me daban para preguntas más inteligentes, a pesar

de la música que sonaba tan supuestamente inspiradora.

—De vez en cuando, pero no te creas que soy de mucho salir. Me gusta estar en casa, con mis cosas, y como soy muy inquieto, no paro. Ya te he contado, que cuando no estoy tocando mis instrumentos, me pongo a hacer jabones, me gusta mucho trabajar con las manos, cocino también, me gusta invitar a la gente y cocinar para ellos, medito en mi terraza, que es muy amplia, y allí hago mis ejercicios, en verano bajo las estrellas. Es muy estimulante.

De sus habilidades con las manos y de sus meditaciones en la terraza me había hablado otras veces, en la que siempre acababa fantaseando, por supuesto desde que lo veía como algo más que un compañero de trabajo, con la combinación estimulante de sus manos, las estrellas y yo.

—Suena muy bien...

—Estás invitada a venir a mi casa cuando quieras, lo de la meditación en la terraza tendremos que dejarlo para cuando venga el buen tiempo.

—Me encantará ir...

—¿Te puedo hacer una pregunta, Carmen? —dijo acercándose más a mí.

Entonces, lo supe. Los ojos le brillaban más que nunca, la voz le temblaba un poco, los dedos de su mano derecha jugaban con los de la izquierda de forma nerviosa, y su respiración era más acelerada de lo normal: estaba a punto de jugársela.

—Sí, por favor —musité ansiosa, con el corazón a mil.

—¿Por qué ahora sí?

Sabía perfectamente a lo que se refería, pero preferí replicar mientras me pensaba la respuesta:

—¿Por qué ahora sí qué?

Cárdenas me miró, respiró hondo y me soltó a bocajarro, sin el más mínimo titubeo:

—¿Por qué antes te negabas a salir conmigo fuera del horario de oficina y hoy has aceptado?

—Porque no estaba preparada... —Logré decir con un nudo en la garganta.

—¿Y ahora sí que lo estás?

Asentí con la cabeza y Cárdenas me cogió la mano con cuidado y me preguntó:

—¿Puedo?

Volví a asentir con la cabeza, él entrelazó sus dedos con los míos y luego se aproximó lentamente hacia mí, hasta que posó sus labios sobre los míos y los besó con suavidad... Luego, se apartó y sin soltarme la mano me dijo:

—Gracias.

Fue un beso pequeño, dulce, tierno, amoroso, pero de improviso y de la forma más inoportuna me vino a la memoria el beso con Santiago, el primer beso que nos dimos de verdad, en su cama. Y no solo eso sino también me asaltó de golpe la curiosidad de saber lo que podía llegar a sentir con su animalidad sobre mi cuerpo. Mi memoria era así de traidora, y sacaba a relucir semejante recuerdo en el momento más inoportuno.

¿Qué hacía acordándome de Santiago cuando acababa de darme el primer beso el hombre que me gustaba?

La verdad era que aunque me esforzaba por olvidar a Santiago, no conseguía sacármelo de la cabeza, y eso que lo intentaba todos los días, varias veces. No lo voy a negar. Me acordaba de sus salidas de pata de banco, de su fanfarronería, de sus estupideces y de sus besos. Pero como aquello no conducía a ningún sitio, Santiago y yo no teníamos ningún futuro juntos, me esforzaba por pensar en otra cosa, generalmente en Cárdenas, y siempre, después de un buen rato, el esfuerzo daba sus frutos, hasta que su recuerdo, más pronto que tarde, volvía a asaltarme.

—Es que a ti te gusta mi nieto...

¿Orosia? Me giré y estaba sentada a mi lado, vestida de tiros largos, dando un sorbo a una copa de champán.

—¿Qué hace aquí? —susurré.

—¿Qué dices, Carmen? —preguntó Cárdenas, a la vez que apretaba un poco mi mano.

—Digo que no me des las gracias. Que estoy encantada de estar aquí.

—Como yo. No deseo estar en ninguna parte más que a tu lado.

—Es maravilloso. Siento lo mismo —dije apoyando mi mano libre sobre la suya.

—¿Qué vas a sentir? —protestó indignada Orosia—. ¡Si te ha dado un beso que no ha podido ser más soso!

—¡Es un primer beso! Ha sido muy dulce y romántico —le aclaré a Orosia para que saliera de su error.

—Así ha sido, pero dímelo mirándome a los ojos... —dijo Cárdenas tomando mi rostro por la barbilla.

—Sí, cómo no... —farfullé—. El beso ha sido...

—Una decepción absoluta —interrumpió Orosia agitando su copa al aire.

—¿Se va a pasar la noche a mi lado comentando las jugadas? —le espeté airada.

—Carmen ¿qué ocurre? ¿Te ha molestado que te pida que me repitas mirándome a los ojos qué te ha parecido nuestro beso? —me preguntó Cárdenas preocupado, ajustándose las gafas.

¡Iba a pensar que estaba majara! Tenía que hablar con Orosia muy seriamente, así que no me quedó más remedio que decir:

—Al contrario. Estoy tan emocionada —musité acariciando su mejilla con el dorso de mi mano—. ¿Te importaría que fuera un momento al cuarto de baño?

—¿Te encuentras bien?

—Sí, solo es que necesito... tomarme una pastilla —improvisé.

—¿Para qué? ¿Qué tienes? —repuso con un punto de angustia en su mirada.

Eso quería saber yo, qué tenía...

—No es nada. Es una pastilla que tomo para... los ojos. —Fue la parte del cuerpo que me vino primero a la cabeza.

—¿Tienes glaucoma? —me preguntó con profunda preocupación. Madre mía, la que estaba liando. Me dio una pena verle tan afligido.

—No, estoy bien de la vista —contesté para que se tranquilizara—. Son solo unas... vitaminas. Es que tomo vitaminas para los ojos. Me vienen fenomenal, como me paso tantas horas frente al ordenador.

—Me alegro de que no sea nada —habló aliviado.

—Nada, solo vitaminas...—Cogí el bolso, me puse de pie y le dije—: vengo rapidito.

—Tómate tu tiempo, tranquila.

—Gracias. —Le tiré un beso con la mano y él sonrió.

Luego, hice un gesto discreto con la cabeza a Orosia para que me acompañara hasta el cuarto de baño y para allá que encaminé mis pasos, entre enojada por culpa de la aparición de la abuela fantasma y feliz por el bueno de Cárdenas.

En cuanto entré al cuarto de baño, impoluto, blanquísimo, con lavabos cuadrados y espejos redondos, le espeté:

—¿Me puede decir qué pinta usted en mi cita?

—Te estoy rescatando —respondió mientras comprobaba el estado de su manicura.

—¿Rescatando de qué? —repliqué ofuscada.

—Del pavisoso que te acaba de besar —contestó mirándose en el espejo, como si no pasara nada.

—Ese chico me gusta, Orosia. He pasado mucho, llevo demasiado sufrimiento encima y yo creo que ya va siendo hora de que sea feliz.

—De que seas un poco feliz, matiza —precisó mientras se atusaba una ceja frente al espejo que no reflejaba absolutamente nada.

—No hay nada que matizar. ¿Y qué se mira? Si es una abuela fantasma, el espejo no la refleja.

—Yo sí que me veo. Hoy llevo un vestido de Balenciaga, siempre quise tener uno como este que llevó en su día la duquesa de Alba. Es un vestido blanco New Look de cuerpo de encaje y falda plisada que se remata con esta preciosa torera negra.

—Es una maravilla. Me alegro mucho de que pueda lucir todas esas creaciones. ¿Por qué no se marcha con sus amigas a bailes de fantasmas? Es allí donde debe lucir ese precioso vestido y no en este lugar que no está a la altura de su estilismo.

—Me iré cuando haya cumplido la misión de ver feliz a mi nieto.

—Orosia, váyase con él y a mí déjame tranquila, se lo ruego. —Y junté mis manos para ver si así se conmovía con mi súplica.

—Es que la felicidad de mi nieto pasa por la tuya —respondió sin conmoverse lo más mínimo.

—Yo estoy aquí feliz con una persona que me gusta...

—¿Cómo vas a ser feliz con un señor que no te hace arder la sangre? —espetó dando un manotazo al aire.

—Solo nos hemos dado un beso. ¿Cómo puedo saber si me va a hacer hervir la sangre o no? —pregunté a la vez que me llevaba la mano al vientre de la angustia que me estaba entrando.

—Pues porque se ve a la legua que va a ser una decepción constante.

¿Decepción constante? ¡Qué sabría ella! ¿Y qué hacía hablando con un fantasma sobre mi vida amorosa? Esto estaba llegando demasiado lejos...

—No pienso discutir sobre esto. ¿Qué tengo que hacer para que se marche y me deje seguir con mi cita?

—¿Por qué te fuiste sin despedirte de mi nieto? ¿Por qué no le has llamado? —preguntó inquisitiva, llevándose el dedo índice a la barbilla.

—¿Si le respondo, se irá? —Orosia asintió con la cabeza—. Pues porque lo que pasó esa noche fue un accidente, entre su nieto y yo no hay nada.

—Él te necesita. Tienes que llamarlo —me exigió, apuntándome con su dedo índice.

—Él tiene su vida y yo la mía. No me necesita para nada, créame.

—Os necesitáis los dos —insistió la muy terca.

—Mire Orosia, lo único que sé es que fuera hay un hombre esperándome, al que le gusto y que me gusta, alguien con quien podría tener una relación estable y duradera. Esa es mi realidad y eso es lo que necesito.

—Con Santiago también podrías tener estabilidad y mucho más.

—¡No me haga reír! Su nieto aspira a ser Julio Iglesias en la etapa pre-Miranda... —protesté con ganas de zanjar la conversación de una vez por todas.

—Eso lo decía cuando era joven, ya no piensa así —repuso quitándose una pelusa de la torera.

—Me da igual cómo piense. Yo solo sé que me voy —le anuncié mientras me dirigía hacia la puerta.

—Y yo contigo.

—¿Se va a pasar a mi lado toda la cita? ¿No me ha dicho que si le respondía se iría? —inquirí con la mano en el pomo de la puerta.

—Pero es que no me has respondido, solo me has soltado un par de mentiras. Cuando me respondas la verdad, me iré —respondió encogiéndose de hombros.

—No le he dicho ninguna mentira. Solo tengo esa verdad.

—Podrás engañarte a ti misma, pero no a mí. Soy perra vieja. No pienso irme —insistió frotándose las manos.

—Haga lo que le dé la gana.

Abrí la puerta y me marché de nuevo junto a Cárdenas que estaba trasteando con su teléfono móvil.

—¿Todo bien? —me preguntó en cuanto me senté, mientras guardaba el móvil en el bolsillo de su chaqueta.

—Sí —sonreí, ya más relajada.

—¿Me das tu mano? —Le tendí la mano y él la cogió entre las suyas con mucho mimo—. Me gustas mucho, Carmen, y desearía que tuviéramos una relación seria y formal. No somos niños para andar con juegucitos. Necesito una mujer a mi lado, llevo demasiado tiempo sin una pareja formal y creo que ha llegado el momento contigo de tener una relación serena y duradera.

—¡Eso lo traía memorizado de casa! ¡Qué declaración, por favor! Si dan ganas de salir corriendo... —ironizó Orosia que estaba de nuevo sentada a mi lado con su copita de champán en ristre.

Decidí ignorarla en lo que quedara de noche y entregarme en cuerpo y alma a mi cita con Cárdenas:

—A mí también me gustas, Enrique... —Me resultaba muy raro llamarle así, estaba demasiado acostumbrada al Cárdenas, pero la declaración exigía el nombre de pila—. Pienso como tú, yo también llevo un tiempo sola y considero que estoy preparada para asumir este reto en el que pienso poner toda mi ilusión, mis ganas y...

—Niña ¿tú te estás escuchando? —me interrumpió Orosia—. Parece que estés hablando con este estirado de la creación conjunta de una sociedad limitada o de montar a pachas un puesto de chufas, qué sé yo.

No pensaba entrar al trapo de sus provocaciones. Enrique y yo éramos dos personas sensatas y equilibradas que estábamos sentando las bases de su

relación de la manera más sólida posible.

—Sigue, por favor —me pidió—. Continúa con lo que estás diciendo...

—Que va a salir todo estupendamente. Ya lo verás.

—Tengo tantos planes para nosotros. Quiero ir contigo a tantos lugares, cuando estás con alguien parece que apetece más hacer cosas. Yo había pensado primero ir a Granada, a primeros de abril, con la primavera recién estrenada. De Granada me gusta tanto...

Cárdenas empezó a hablarme de las maravillas de Granada, si bien a quien yo estaba escuchado era a Orosia.

—No te cuento el pelma este en Granada. ¡Te arruina el viaje! ¡Te lo digo yo! A Granada hay que ir enamorada de verdad, porque como vayas con un sieso de estos, de la depresión, te tiras por la Torre de los Chinos.

No merecía la pena seguir escuchando, así que opté por tratarla como a esos caniches a los que hay que dejar que gruñan hasta que se cansen. Y me centré en la interesante conversación con Cárdenas.

Era un hombre inteligente y culto al que daba gusto escucharle. Después de Granada me habló de París, de Roma y de Berlín... Mezclaba con ingenio anécdotas históricas, referencias artísticas, citas literarias y recomendaciones gastronómicas.

Estaba impresionada... Sin embargo, Orosia no hacía más que bostezar y bostezar de una forma tan exagerada que acabó contagiándome. Tuve que morderme los labios un montón de veces para reprimir los bostezos, lo bueno es que los ojos se me humedecían también y Cárdenas lo interpretaba así:

—¿Te emociona lo que te cuento, verdad?

—Mucho —susurraba yo, asintiendo con la cabeza.

—Tu sensibilidad es otra de las muchas cosas que me gustan de ti.

—Sensibilidad y paciencia, porque aguantar el rollo macabeo de este señor tiene mérito, hija —terció Orosia muerta de risa.

Qué sabría ella. Estaba fascinada con lo que Enrique me estaba contando, si bien en mi mano, que seguía teniendo cogida, y que se me había dormido hacía como media hora, estaba sintiendo unos calambres tremendos que ya apenas podía disimularlos. ¿Pero cómo le decía que me la soltara? Me daba mucho apuro, así que respiré hondo y aguanté el tormento con mi mejor sonrisa, hasta que al poco su amigo llegó, un pijo con el pelo engominado hacia atrás y un jersey azul claro colgado de los hombros, y por fin me devolvió mi mano para poder saludarlo.

Me lo presentó y aproveché que estaban hablando para decirle disimuladamente a Orosia:

—Váyase, que no tiene nada que hacer aquí.

—¿Por qué no paras de abrir y cerrar la mano? ¿Te la ha dejado muerta, verdad? —me preguntó mordaz.

—Solo sé que estoy muy a gusto, pasando una noche encantadora —contesté con un hormigueo en la mano muy desagradable.

—Por mucho que lo repitas, no va a ser cierto. Ya me darás la razón. Yo me voy, y no porque tú me lo digas, es que estoy muerta del aburrimiento. Este señor me ha vencido de sopor y además está todo el pescado vendido —dijo levantándose de la silla con más agilidad que yo.

—¿A qué se refiere con lo del pescado?

—A que esto no levanta el vuelo ni para atrás. Lo más emocionante de la cita ha sido ese beso birrioso que te ha estampado. Así que, hija, no te hagas ilusiones: no va a pasar nada más.

—Me basta con disfrutar de su compañía, porque...

—No sigas —me interrumpió—: ni me engañas a mí, y sobre todo ni te engañas a ti. Que tengas una buena noche, Carmen —Y me lanzó un beso que yo recibí con cariño, después de todo.

—Buenas noches, Orosia —susurré.

Y se marchó, justo en el momento en el que el amigo de Cárdenas también se despidió de nosotros porque tenía que atender a otros clientes.

—Son las once y media —comentó Cárdenas después de comprobar la hora en su móvil—. Mañana tengo que irme pronto a Salamanca, estoy disfrutando mucho de esta velada, si bien lo más conveniente es que me vaya a casa a dormir.

Empecé a considerar seriamente que Santiago tenía razón cuando me dijo al poco de reencontrarnos que su abuela me estaba engañando y sí podía leer el pensamiento.

—Lo entiendo perfectamente, si quieres nos vamos ya.

Y nos fuimos, sin que aquello se alargara ni un segundo más. Eso sí, tuvo la gentileza de llevarme a mi casa y al despedirnos, me dio otro beso en los labios mucho más breve y leve que el primero.

Pero eran los inicios... ¿Qué esperaba?

Además yo estaba muy serena y muy a gusto y esas sensaciones no podían ser más ideales para empezar una relación.

Nada más llegar a casa, me fui derecha a la cocina y me bebí un litro de agua. ¡Estaba muerta de sed! No había bebido más que tres sorbitos de colonia... Después, me comí las sobras de la lasaña del día anterior, ¡estaba muerta de hambre! Ni había cenado ni había comido, pues de los nervios había sido incapaz de probar bocado a la hora del almuerzo. Sin embargo, lo que son las cosas, en ese instante: me habría comido un bisonte.

En su lugar, me comí una manzana y me llevé al salón una tarrina de helado de limón que tenía a medias; lo que había sobrado tras haber preparado un sorbete a mis padres en Navidad.

Me senté en el sofá y empecé a comer helado como hacían las chicas frustradas en las películas, solo que yo no estaba frustrada. Yo estaba bien, en paz, muy tranquila, equilibrio puro... Lo único era que no podía parar de

comer helado. Menos mal que sonó el WhatsApp y me enganché porque me habría comido la tarrina entera.

Eran Sol y Leo en nuestro de grupito de tres para el WhatsApp:

Leo: ¿Cómo va la cita? ¿Hay tomate? ¿Puedes hablar?

Sol: Y aunque no puedas. ¡Desembucha!

Yo: Estoy en casa, buenas noches, chicas.

Leo: ¿Con él?

Yo: No. Tenía que madrugar. Mañana se va a Salamanca.

Sol: Qué tonto. A Salamanca va todos los fines de semana, pero a ti no te tiene todos los viernes por la noche. Se podía haber quedado más tiempo contigo. Qué pringado.

Leo: Pienso igual. Pero él es clásico. Quiere ir despacito.

Yo: Sí, es eso. ¡Se me ha declarado! Me ha dicho que quiere una relación seria, formal, serena y duradera. ¿Para qué las prisas?

Leo: ¡Te lo dije! Quiere algo serio. Y una vez oficializado, ya sabes...

Sol: ¿Qué sabe?

Leo: ¡Vendrán los polvos exprés!

Ojalá, pensé, ojalá.

Capítulo 5

Sin embargo, los polvos exprés no llegaron...

Durante el fin de semana, tuvimos un intercambio de wasaps de lo más correcto, en el que lo más *hot* que me envió fue el sábado un emoticono con besito-corazón después de casi seis horas de cháchara vía móvil, que me dejaron con los dedos agarrotados y un dolor de cabeza tremendo; y el domingo tras otras tantas horas de intercambio de mensajitos, me puso un corazón empaquetado cuando ya se iba a dormir.

Pero ¿quién tenía prisa? Yo no desde luego... No obstante, acudí el lunes a la oficina muy ilusionada y hecha un primor, con un vestido nuevo que me había comprado de lo más sugerente y unos tacones con los que me sentía especialmente *sexy*, era una bobada, pero me hacían sentir así.

A media mañana me acerqué a su despacho, asomé la cabeza por la puerta y él me vio. Sonrió, lanzó un beso al aire y me dijo con señas que nos veríamos a la hora de comer.

Así fue, pero no pasó nada de nada a pesar de mis tacones y mi vestido sugerente, me trató como una compañera de trabajo más, tal y como me trataba antes del beso y la declaración en el Ginger & Chic.

Esa noche, ya en casa y cuando me estaba comiendo una bolsa de Risetos, que hacía siglos que no comía, me envió un wasap en el que me lo explicaba todo:

Cárdenas: Estabas preciosa esta mañana. Te miraba y no creía que la chica más guapa de la oficina fuera mi novia. No te he dicho nada porque no me gusta mezclar las cosas. Trabajo es trabajo. Y placer, placer. Por cierto, hablando de placer... He sacado un par de entradas para el sábado para una

obra buenísima que me han recomendado. Mis padres se han ido de viaje y no tengo que ir a Salamanca. Así que reserva el sábado para nosotros. Me acuesto. Que descanses. Mua.

Leí el mensaje unas cincuenta veces y las palabras “novia”, “placer” y “mua” comenzaron a flotar en mi mente, dejando en mis labios una sonrisita de lo más tonta.

Suspiré hondo y volví con mis Risketos, feliz por lo bien que me hacía sentir Enrique, hasta que escuché una voz que decía:

—¡Vaya novio de pacotilla!

Lancé los Risketos al aire del susto...

—¡Orosia! ¡No vuelva a hacerme esto! —le grité a la anciana que estaba partida de risa, sentada a mi lado en el sofá.

—¡Qué susto más bueno te he pegado! Jajajajajajaja. —Se echó las manos a la tripa doblada de la risa.

—¿Le parece normal presentarse así de repente en el salón de alguien en plena noche? ¡No me lo vuelva a hacer! —le exigí mientras estaba en el suelo recogiendo los Risketos con la mano.

—Ten más sentido del humor, hija.

—Tengo el corazón que se me va a salir con sus gracias...

—“Trabajo es trabajo. Y placer, placer”. ¿Se puede ser más cretino? —dijo Orosia con mi móvil en la mano.

—¿Qué hace con mi móvil? ¡Es privado!

—Si ya lo había leído, estoy releyendo porque no doy crédito. Qué tío más impresentable. ¿Y qué me dices de la forma de besar que tiene? Pone: “Mua”. Lo deja a medias, no remata. Uy, este es impotente... —me explicó sin soltar mi móvil.

—¡Es usted como su nieto, que ve también disfuncionalidad donde no hay nada! —le reproché, pidiéndole con un gesto con la mano que me devolviera

el móvil.

—Tienes que llamar a mi nieto. Está fatal. —Orosia me entregó el teléfono.

—¿Qué le pasa? —Sabía que no le pasaba nada, pero le pregunté por educación.

—Está solo. Está perdido. Pues como tú, aquí comiendo ganchitos y fantaseando con un señor que es un sieso.

—Estoy de maravilla. Y ya sabe lo que pienso de su nieto.

—Sí, como tú sabes lo que pienso del señor Gatillazo.

—No pienso ponerme a discutir con usted —le aclaré sentándome otra vez en el sofá.

—Como quieras. Ponme entonces la peli de Charlton Heston... —Y se retrepó en el sofá.

—¿Se va a quedar? No pienso cambiar de opinión.

—Ya que estoy aquí, me quedo y luzco un poco este pantalón *palazzo* de sarga de seda de la colección de crucero de Carolina Herrera que me he puesto para venir a verte. ¿Puedo? —preguntó al tiempo que cogía el mando que tenía encima de la mesa.

—No sé ni para qué pregunta si siempre hace lo que quiere —repliqué encogiéndome de hombros.

—Esto es un hombre, niña —se refería a Charlton Heston que ya estaba en pantalla—, y no ese sosainas que te has buscado. “Mua”. Besa como si fuera un niño de dos años. “Mua” —se mofó lanzando un beso al aire.

No estaba para soportar sus burlas, además los Risketos me habían sentado fatal y tenía el estómago un poco revuelto.

—Me voy a la cama. Apague todo cuando termine. Y, por favor, no se me aparezca más sin avisar.

—Tú me dirás cómo lo hago. ¡Soy un fantasma!

—Déjeme una nota el día anterior...

—Es imposible. Yo aparezco justo en el momento propicio, cuando pasa algo que requiere mi presencia.

—¿Y este momento requería su presencia?

—Por supuesto, estabas derrotada en el sofá, decepcionada porque el pánfilo del Cárdenas ni se ha dado cuenta de que has echado el resto para ir a la oficina, tristona porque tú esperabas un beso robado en cualquier rincón, un video romántico en tu correo electrónico, unas palabritas amorosas en tu WhatsApp, y solo tienes el “Mua” y una cita el sábado porque los papás se van y el nene no tiene que irse a Salamanca.

Lo que menos necesitaba a esas horas de la noche era una Pepito Grillo. Reconozco que se me habían pasado esos pensamientos por la cabeza, que tenía pequeñas expectativas que no habían sido satisfechas, pero en el fondo eran tonterías porque lo importante era que Cárdenas y yo estábamos juntos, sentando las bases de algo muy sólido.

—Estoy cansada. Lo que tengo es sueño y nada más. Ni estoy derrotada, ni triste. No entiendo el motivo de su visita...

—No puede ser más oportuna. Justo ahora que tienes un arranque de lucidez es la ocasión perfecta para decirte que tu futuro está junto a mi nieto. Que con todos sus defectos, te va a hacer mucho más feliz que el aburrido del Cárdenas. ¡Espabila! —exclamó dando una fuerte palmada—. ¡No seas tonta! ¡Abre los ojos!

—¿Feliz? ¿Con su nieto? ¡Ja! Perdone que me ría pero ¡ja! Pues no tiene traumas, ni heridas por cicatrizar. Por no hablar de su carácter bilioso y retorcido, su vanidad, su orgullo estúpido, su tozudez... ¿sigo?

—No hay más ciego que el que no quiere ver. Pero tú acabarás viendo a mi nieto, tal y como es, y lo querrás así. Con todo.

Lo dijo con una rotundidad que despertó mi curiosidad ¿estaría viendo el

futuro en esos momentos? ¿El destino me tendría deparado un golpe en la cabeza y la pérdida total de la memoria? Porque solo en esas condiciones podría yo ver a su nieto tal cual y amarlo:

—¿Por qué lo sabe? —le pregunté, ansiosa por conocer la respuesta.

—¿No te ibas a la cama? Venga, que estás cansada. Dame un beso y ¡a dormir!

—Antes de irme, me gustaría que me respondiera. Es lo menos que merezco después del susto que me ha pegado.

—¡A dormir! —Orosia se levantó de un salto del sofá, me dio un beso de buenas noches en la frente, me cogió por los hombros y me empujó en dirección a mi habitación.

No volví a verla hasta el sábado a la salida del teatro. Fuimos a ver la obra de un dramaturgo joven, la historia de un hombre perturbado que vive en un cajero automático. Durante dos horas, el hombre sin pasado, ni presente, ni futuro, desgrana, a gritos y desordenadamente, jirones de su desgraciada existencia hasta que con el último grito, un alarido final desgarrado y terrible, le da un infarto, muere y celebras que baje el telón. Yo, por lo menos, lo celebré con efusividad, porque habría preferido pasarme esas dos horas dejándome que me metieran palillos en los dedos de los pies, antes que ver a ese actor malo como él solo, soltando patochadas y pegando berridos.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó Cárdenas, todavía en el patio de butacas, en un tono neutro del que era imposible deducir si le había gustado o no.

No sabía qué responder. Como me había invitado, me parecía de mala educación decirle la verdad; sin embargo, y bien pensado, como lo nuestro iba en serio concluí que lo más honesto era ser sincera, así que contesté:

—Tenía que haber muerto con el primer grito, justo al inicio de la obra. Nos habría hecho un gran favor.

Cárdenas me miró muy serio, parpadeó un par de veces y dijo:

—¿Cómo? ¿Te refieres a contar la historia en *flashback*?

Aunque fuéramos en serio, le vi tan emocionado que pensé que tampoco pasaba nada por mentir un poco, por eso solté:

—¡Sí, justo eso!

—Era otra opción. Pero lo que he visto ha sido portentoso. Salgo fascinado, hay denuncia, crítica social, es la vida en estado puro, eso que nos negamos a ver cada día y que necesitamos que gente con talento, intelectuales de verdad, nos lo restrieguen por la cara, que azoten nuestras conciencias, que nos enfrenten a la realidad hasta dejarnos sin aliento. ¿No te parece?

—Sí, claro, sí...

A mí más que sin aliento me habían dejado sin ganas de nada. Y si quería realidad, no tenía más que pasearme por los bajos de la Plaza Mayor para encontrarme con gente de verdad, que necesita ayuda de verdad, y no estas patéticas reivindicaciones de salón.

Abandonamos la sala y ya en la puerta de salida, rodeados de gente que se sentía igual de conmovida y removida que Cárdenas, me confesó:

—La maravilla del arte, cuando lo es, como esta obra, es que mueve a la acción. ¡Hay que actuar! —exclamó apretando los puños—. No podemos quedarnos de brazos cruzados ante las desigualdades y las injusticias.

—No, claro que no.

—Uno de mis lemas es: “creer en cosas, hacer cosas” —afirmó cogiéndome por el hombro—. Por eso, estoy tan entusiasmado con mi pequeño proyecto en Perú.

—No me has contado nada de ese proyecto.

—Compartimentos estancos ¿recuerdas? —inquirió mientras me pellizcaba la barbilla.

—Ahora no estamos en la oficina. Cuéntame por favor.

—Es que es un tema que empieza en la oficina y termina en la esfera privada. No obstante, te lo voy contar porque me parece algo muy bonito. En marzo me marché a Perú para supervisar un proyecto muy importante y estaré allí por un mes. Quiero aprovechar el viaje para llevar unos ordenadores y unos *softwares* aplicados a la educación a un pueblito perdido en una zona deprimida, a la que llegaron mis padres en uno de sus viajes, el año pasado: mamá pasó por la escuela y al ver en qué condiciones estaban, encargó a un carpintero de la zona mesas y sillas nuevas. Adecentaron un poco aquello y yo voy a rematarlo con el envío de este material.

—¡Qué bonito! ¡Me encanta tu pequeño proyecto! —Qué familia más comprometida y solidaria. Qué admirable, pensé.

—Tú sí que me encantas. —Se puso frente a mí, me tomó por los hombros y me dio un beso en los labios, sin más. Un beso. Sin pasión, ni saliva, ni lenguas. Un beso. Pelado. Desnudo. Tibio...

—Muerto —me apuntó una voz femenina, la de Orosia: quién iba a ser. Vestida de Chanel de arriba abajo, me saludó con un gesto de la mano y luego sonrió.

—Me siento muy afortunado de que estés aquí conmigo, compartiendo estos buenos ratos de cultura y ocio. Disfruto mucho de tu compañía —habló con sus manos todavía apoyadas sobre mis hombros.

—¿Buenos ratos? Salgo con un dolor de cabeza de soportar los chillidos del majareta de la obra. ¡Ay la que te espera como sigas saliendo con este petardo! Y después de que aguantas la tortura china, sales y te da ese beso birrioso...

—¡Déjeme en paz de una vez! ¡Váyase, por favor! ¡Me tiene harta! —solté dirigiéndome a ella y haciendo un aspaviento con la mano.

—¿Qué pasa, Carmen? ¿Qué tienes? —me preguntó Cárdenas, taladrándome con la mirada.

—Con lo que es este, como no le des una buena excusa, va a pensar que estás chiflada —observó Orosia, divertida.

—Nada... —musité.

—¿Cómo que nada? Estabas como hablando con alguien imaginario, le estabas pidiendo que se marchara porque te tenía harta.

—No.

—Invéntate algo que este te lleva a urgencias psiquiátricas...—me sugirió Orosia, y tenía razón a tenor de la cara de preocupación con la que me estaba mirando Cárdenas.

—Es que... —murmuré, sin que se me ocurriera nada que justificara mis palabras anteriores.

—Di que te duele algo... —me apuntó Orosia.

¿Y qué me podía doler que resultara creíble?

—Es la ciática —lo primero que se me ocurrió—. Me duele mucho. Estaba diciendo eso, que ya estaba otra vez aquí y que me tenía harta —mentí llevándome la mano a la zona.

—¡Qué divertido! ¿Tratas de usted a tu ciática? —preguntó Cárdenas, con una sonrisa mordaz.

—Me sirve de desahogo. —Y para darle la pátina científica que borrara cualquier duda que tuviera sobre mi cordura, añadí—: Es una técnica que me enseñó mi fisioterapeuta.

Cárdenas sonrió, yo creo que se tragó la bola al completo y luego habló meloso:

—Eres tan especial... —Me dio un beso en la mejilla muy suave—. Haberme dicho que estabas mal de la ciática y no habríamos venido al teatro...

—Estaba bien, hasta que hemos salido y me ha dado el hachazo.

—¿Y ahora cómo estás? —Y me cogió, muy tierno, de la mano.

—Mejor, sí, muchísimo mejor.

—Ven aquí...

Me abrazó como se abraza a una certeza, confiado, seguro...

—¡Qué abrazo de mierda! ¡Parece que te está mostrando sus condolencias por la muerte de tu canario! —Orosia, otra vez, comentó la jugada.

Se me llevaron los diablos y grité:

—Como no se calle, va a saber quién soy yo. Que me da que todavía no lo sabe. ¡Ojito conmigo, Orosia, ojito!

Cárdenas dio un paso atrás, se apartó de mí y me miró intentando disimular su desconcierto.

—¿Por qué me dices que estás bien, Carmen, cuando no lo estás? ¿Y le has puesto nombre a la ciática? ¿Onésima?

—¡Onésima, dice! Aclárale que me llamo Orosia, con lo bonito que es mi nombre...

Miré a Orosia furibunda y luego intenté salir del charco, de ese patético charco, como pude:

—No estoy bien, no. Es que no quería fastidiarte la cita, pero no puedo fingir más. Me duele mucho.

—Ya te he visto cómo gritabas —observó mirándome con cara de pena—. No te preocupes, te llevo a casa y descansas. Lo importante es que tú estés bien. La cita podemos repetirla las veces que hagan falta.

—Gracias, sí, lo repetimos cuando quieras.

—Espera que me estoy oliendo el argumento de la próxima obra: ¡otro loco, pero esta vez atrapado en los baños del McDonalds! —se carcajeó Orosia y la verdad es que tuve que morderme los labios para evitar soltar la carcajada también.

—Bien —habló Cárdenas—. ¿Y qué veo? ¿Un conato de sonrisa? Sonríe a lo grande, que cuando sonrías estás preciosa.

—Gracias.

Lo que tenía ganas era de soltar una carcajada como la que estaba soltando Orosia, pero en su lugar lo tomé del brazo y fingiendo una cojera, extraña, nos fuimos hacia el aparcamiento...

No volví a ver a Orosia hasta la siguiente cita que tuve con Cárdenas, el sábado siguiente ya que sus padres aún seguían de viaje.

Fuimos a cenar a las ocho de la tarde al Shukran, el restaurante de la Casa Árabe, un bello edificio neomudéjar con una torre de casi 40 metros de altura, de tres cuerpos, con óculos, relojes y un mirador de cristal, que tiene además una agradable y amplia terraza, donde cenamos bajo unas estufas de jardín. Hacía once grados, estábamos con los abrigos puestos y se veían unas cuantas estrellas sobre nuestras cabezas...

—Me gusta respirar la noche —me dijo Cárdenas y a mí aquello me sonó de maravilla.

Lo cierto era que la semana había sido de lo más anodina en lo referente a nosotros, un intercambio de miradas furtivas en los pasillos, el wasap de buenas noches y poco más.

Sin embargo, llegó el sábado y todo cambió. Rodeados de la magia de la terraza del Shukran, envueltos en una nube de misterio y ensueño creada por el mirador de la torre iluminada en malva, sentí que esa noche iba a ser única...

—Hace una noche espléndida. Me encanta este sitio, es muy inspirador...
—musité emocionada.

—¿Has estado en Turquía?

No había estado en Turquía, si bien Cárdenas se empleó a fondo durante la cena y me contó cientos de curiosidades sobre el país que parecía conocer muy bien, mientras comíamos hommos, pinchos de kafta, ensalada Tabbouleh y pastela libanesa. Mejor dicho, mientras se los comía él porque

yo no estoy acostumbrada a cenar a las ocho de la tarde y apenas probé bocado.

Luego llegaron los postres y Cárdenas aprovechó lo dulce del momento para confesarme algo que le quemaba por dentro:

—Tengo que contarte algo —habló tras probar su konafa de queso.

Su semblante era más serio, se notaba en su mirada un punto de inquietud. ¿Qué querría decirme? Sentí de pronto un zarpazo de ansiedad en la boca del estómago.

—Dime...—musité mordiéndome los labios.

—Esta mañana de camino al trabajo me he cruzado con un indigente, estaba sentado en la calle sobre unos cartones, me ha mirado, ha extendido su mano y me ha pedido ayuda para comer. Es aterrador lo que voy a decirte, pero como es una escena tan cotidiana, le he mirado y he seguido andando como si tal cosa, ajeno al dolor de ese hombre que me estaba pidiendo ayuda. —No pudo seguir hablando, tenía los ojos vidriosos y preso de la culpa bajó la vista al plato. Luego, respiró hondo y siguió sincerándose—: Si bien, cuando ya llevaba un buen trecho caminado, me he vuelto sobre mis pasos porque me he sentido un miserable. No se puede dar la espalda a la realidad, hay que ser honesto, hay que mirar de frente a los problemas y actuar. Así que me he vuelto a poner cara a cara con el mendigo y le he dado unas monedas. Me he sentido tan bien, se siente uno tan bien cuando obra con el corazón.

—Sí —susurré respirando aliviada, si solo era este suceso lo que le tenía afligido, no había nada de lo preocuparse. Pero no era solo eso...

—El mendigo además me ha ayudado a que recordara la clase de hombre que soy y cómo debo proceder siempre, así que lo primero que he hecho al llegar a la oficina ha sido hablar con Parrado Menéndez y aclararle nuestra situación.

—¿Parrado Menéndez? ¿La archivera? —pregunté con los ojos como platos.

¿Cómo es que salía a relucir la Parrado en nuestra conversación? La Parrado era una mujer desconfiada y altanera que no se relacionaba con nadie de la oficina. Tenía unos cincuenta años, vestía siempre como si viniera de una competición de hípica, tenía la mirada severa y un mohín de asco permanente en el gesto. Nunca supimos si lo que detestaba era al trabajo, a nosotros o a las dos cosas a la vez. No obstante, era una gran profesional que daba la vida por sus archivos.

¿Pero qué tenía la Parrado que ver con nosotros? ¿Qué era lo que tenía que aclararle a esa mujer que no quería saber nada de nosotros, que nos despreciaba en lo más profundo de su ser?

De nuevo, clavó la mirada en el plato y luego, tras tragar saliva, me miró provocando que el nudo de mi estómago esta vez apretara más que nunca.

—Es muy reservada. No le gusta hablar de su vida privada y cree como yo firmemente en que hay que separar las esferas de lo público y lo privado.

—Tú te relacionas con la gente, ella parece que nos odia.

—Es su carácter. Es una mujer con un espíritu férreo, muy adusta y determinada. Pero es una gran mujer. Desde que se divorció hace tres años y se fue a vivir a La Navata...

—No sabía nada de su vida —le interrumpí—. Como separa tan bien las esferas...

—Tiene dos hijos adolescentes, muy conflictivos y un exmarido que delega en ella la educación de los chicos. Hace tres veranos me la encontré en un supermercado de Galapagar y comenzamos a hablar... La imagen de mujer distante y fría que proyecta en la oficina no tiene nada que ver con la Parrado Menéndez que es en realidad. En el fondo es una mujer cariñosa y generosa que está falta de muchas cosas, con demasiadas carencias...

—Vaya... Quién lo diría... —La Parrado, esa mujer antipática que ni te da los buenos días. De hecho, el viernes me había echado una mirada asesina en el ascensor.

—Ese verano comenzamos a quedar para tomar cafés, como nuestros pueblos están al lado...

—Ah. Como decías que no quedabas con nadie del trabajo.

—Es que su caso es muy particular y exige suma discreción.

—Desde luego, a ti tampoco te hace mucho caso en la oficina —le recordé—. Finge muy bien que tenéis ese trato tan estrecho.

—Ya te he dicho que sabe separar muy bien las cosas. Pero deja que aún no he terminado, ese verano yo acababa de romper una relación larga y estaba muy tocado. Su presencia me hizo mucho bien y a ella la mía. Parrado también salía de su divorcio y hacíamos terapia el uno con el otro. Nos encontrábamos muy a gusto y como una cosa lleva a la otra, empezamos a pasar ratos agradables también en la cama.

¿Cómo? ¿Que la Parrado era su amante? No sé qué broma de mal gusto era esa, pero me entraron unas ganas tremendas de salir corriendo de allí.

—Mira... No sé... —farfullé.

Cárdenas me cogió de la mano y puso su dedo índice en mis labios:

—Déjame que termine, entre nosotros no hay nada más que amistad, una buena amistad que no quiero ocultarte, porque soy honesto, que también tiene momentos de intimidad sexual.

Estaba muda. No me salía ni una palabra. ¿Y qué era lo siguiente? ¿Me iba a proponer un trío con la Parrado?

—Este invierno no hemos tenido ningún encuentro, pero cuando llega el buen tiempo a Parrado Menéndez le gusta venirse a mi casa por la tarde a casa, mientras sus hijos están por ahí. Disfrutamos mucho en la terraza, charlamos, nos relajamos y practicamos el sexo de forma muy placentera.

Cuando estás tan a gusto, la energía sexual fluye caudalosa y la experiencia resulta muy gratificante. Parrado Menéndez tuvo su primera eyaculación conmigo —debí poner tal cara de asombro que él me aclaró—: el *squirt*, la eyaculación femenina, si ves cómo me dejó la terraza, tuve que sacar el mocho, no te digo más.

¿De verdad era necesario darme tantos detalles? ¡A mí qué me importaban las eyaculaciones de la Parrado? ¿Y Cárdenas no amaba tanto la separación de los espacios? ¿Qué hacía entonces contándome escenas de su intimidad con otra? Como si pudiera leerme el pensamiento, añadió:

—Te cuento todo esto —habló apretando mi mano—, porque quiero que sepas que el jueves por la noche me llamó Parrado Menéndez para venirse este sábado a casa. No es que haga buen tiempo, pero le gusta estar echada en la tumbona de la terraza con unas mantitas. Y le he dicho la verdad. Ella sabe que estoy enamorado de ti desde hace tiempo...

Sentí pánico. Con razón la Parrado, el día anterior, me había echado una mirada asesina en el ascensor...

—Le he contado —siguió— que estamos juntos. Que hemos iniciado un noviazgo, que lo nuestro va en serio y que yo quiero hacer las cosas bien. Que no podíamos seguir teniendo esos encuentros, pero que por supuesto que contara con mi amistad para siempre. —Cárdenas besó mi mano y luego añadió—: Soy honesto, hasta la médula, puedes confiar en mí, Carmen. El mendigo me lo ha recordado esta mañana y con esta confesión reafirmo mi esencia. ¡Soy íntegro, soy cabal! Quiero quererte con lo que soy, con mi ser y con mi verdad —aseguró dándose unos golpes en el pecho con el puño cerrado.

—Te agradezco tu sinceridad... —Es lo único que atiné a decir.

—Creo en esta relación y quiero darlo todo. Necesito concentrar mis energías, la mental, la sentimental y la sexual en ti y solo en ti. —Tomó mis

manos con la suya y marcando cada sílaba con un apretón me dijo—: Apuesto por ti, apuesto por nosotros. Tú y yo. Dos que son uno. Uno que son dos.

—Sí... —susurré.

Madre mía cuando le contara a las chicas que Cárdenas había roto su folla-amistad de tres años con la Parrado por mí, es que no iban a parar de fliparlo. Tanto como yo lo estaba en ese instante frente a mi postre que ni había tocado.

—Me alegro tanto de haberte contado todo. ¡Por fin respiro bien! —exclamó Cárdenas, inspirando profundamente.

Él respiraba bien, pero yo tenía una ansiedad que hacía que respirara de pena. Y eso que tener la certeza de que no tenía que hacer un trío con la Parrado me había provocado un gran alivio, pero aún estaba bastante nerviosa.

—Yo... yo también te agradezco tu sinceridad —repetí porque era incapaz de articular ninguna palabra más de la que luego me arrepintiera, en ese marasmo de sensaciones en la que estaba inmersa.

Fluctuaba entre el bochorno y la estupefacción, entre el patetismo y escepticismo. ¿En realidad, había sido sincero o penosamente ridículo? ¿De verdad había sido necesaria esa confesión? ¡Por no hablar de los detalles íntimos que bien podía haberse ahorrado!

No obstante, tampoco quería ser injusta y si me centraba en lo crucial de su confesión, lo cierto era que estaba enamorado de mí y que estaba dispuesto a volcarse en la relación para que funcionara. Eso era lo relevante.

—Soy yo el que tiene que agradecerte que estés aquí, que me hayas elegido para este gran proyecto común que tenemos entre manos.

Me dio un beso en la mejilla, soltó mis manos y me propuso con una sonrisa de oreja a oreja:

—Me apetece dar un buen paseo contigo. Lo necesito. ¿Nos vamos?

Ya cuando nos íbamos, en la verja de salida que queda justo frente al Retiro, me abrazó y me susurró al oído:

—Me fascinas, haces que me libere de mi coraza y que me abra a ti como nunca lo he hecho. Tengo un corazón de fuego cubierto por miles de capas de hielo que tú deshaces con tu sonrisa.

—¡Qué tío más cursi! ¡Y qué poco caballero! ¡Contarte las intimidades de la señora *Squirt*! —Era Orosia, quién si no, irrumpiendo como siempre en el peor momento, vestida como de odalisca.

—¡No! —grité—. ¡Noooooooooooooooooooooooooooooo!

Cárdenas me miró asustado...

—¿Qué ocurre, Carmen? ¿La ciática otra vez? A lo mejor no te ha sentado bien cenar al aire libre. ¡Qué torpeza la mía!

—No. Son cosas que pasan. Tú no tienes culpa de nada.

—Qué cena más aburrida, solo al final se ha puesto más emocionante con la historia de la señora *Squirt*, fíjate que yo hasta he llegado a pensar que te iba a proponer un trío. Pero luego, nada, otra vez el aburrimiento y de remate que si tiene congelada la patata. ¡Anda y que la meta en el microondas!

Miré a Orosia, que otra vez, sin poder disimularlo, me hizo reír.

—Me gusta tanto eso de ti, Carmen. Estás mal pero nunca pierdes la sonrisa —musitó Cárdenas frotando con su mano mi espalda, para reconfortarme.

—Menos mal que no sabe de lo que te estás riendo. ¿Y por qué te pasa la mano por la espalda como si estuviera buscando la suerte para su décimo de lotería?

Tuve que fingir un ataque de tos, para que no se percatara de que estaba muerta de risa. Tenía que irme de allí y librarme de Orosia, porque como siguiera soltando sus tonterías, Cárdenas iba a creer que estaba loca de

remate.

—Parece que me he resfriado un poco... —le mentí a Cárdenas.

—Qué desastre por mi parte ¿por qué no me has dicho que tenías frío? — quiso saber, afligido.

—Cógete el primer taxi libre y huye. No le des más explicaciones a este pelma. ¿Te gusta mi modelito de Christian Lacroix? —me preguntó Orosia, girando sobre sí misma.

Levanté un pulgar de forma discreta, pero Cárdenas se dio cuenta.

—¿El pulgar para arriba qué significa? —inquirió con una ceja levantada.

—¡Que te gusta su pregunta, como en el Facebook, no te digo! ¡Qué preguntas hace este mentecato! —soltó Orosia sin parar de reír.

—Significa que está todo bien, pero es mejor que dejemos el paseo para otro día, entre el pequeño resfriado y la ciática, creo que lo más prudente es que me vaya a casa.

—Te llevo a casa, Carmen.

Cárdenas me ofreció su brazo, y fingiendo otra vez una cojera, abandonamos al fin la Casa Árabe. De Orosia ni me despedí porque si llego a cruzar una mirada con ella, habría roto en carcajadas, además sabía que tarde o temprano volvería a verla, como así fue.

El sábado siguiente, Cárdenas me invitó a comer a su casa en Galapagar. Sus padres seguían de viaje, así que le venía genial; invitación que por supuesto acepté encantada.

Me gustaba mucho estar con él, me sentía muy cómoda en la relación que estábamos construyendo día a día basada en el respeto y el cariño. Y además, sentía por él una atracción que iba en aumento, de hecho me había puesto mi mejor ropa interior por lo que pudiera pasar y que, todo sea dicho, ya iba siendo hora que sucediese.

Conduje ilusionada tarareando las canciones que ponían en KissFm hasta

que el GPS me anunció que apenas me quedaban 500 metros para llegar a mi destino: una urbanización a la entrada de Galapagar, donde Enrique vivía en un piso enorme.

Me perdí un poco, apenas estuve tres cuartos de hora dando vueltas, pero al final llegué a mi destino, el portal verde y moderno de una casa de tres alturas. Llamé al portero automático, Enrique descolgó con un escueto: “Dígame”, me abrió y yo subí en el ascensor haciendo respiraciones profundas en un vano intento de soltar los nervios.

Cuando salí del ascensor, Enrique me estaba esperando en la puerta con una camiseta blanca y unos pantalones negros holgados por la entrepierna, de afgano, vamos, lo que vulgarmente se llaman: “pantalones cagados”.

—Estaba haciendo un poco de meditación —me aclaró porque mi cara debía de ser de perplejidad absoluta.

¡Para no estar perpleja! Siempre le había visto en traje, es que ni los viernes se ponía el *look casual* que lucían el resto de los compañeros. Él siempre iba impecable, por eso cuando apareció disfrazado de profesor de yoga, me costó bastante asimilarlo, si bien disimulé, claro, qué iba a hacer.

—Fenomenal. Es algo que viene estupendamente...

—¿Tú practicas? —me preguntó supongo que entusiasmado con la idea de hacerlo juntos, pero no.

—No. Pero me han hablando maravillas.

Nos dimos un beso en los labios, suave, sutil, tierno, delicado... y me invitó a pasar a su casa.

De las paredes del vestíbulo colgaban instrumentos musicales que coleccionaba, según me explicó mientras me ayudaba a quitarme el abrigo.

—¡Tienes muchísimos! —exclamé mientras contemplaba la colección sin identificar ni un maldito instrumento. Había unas especies de flautitas, de guitarritas, de xilofonitos, pero no tenía ni idea de cómo se llamaban.

Cárdenas colgó mi abrigo en un armario empotrado que había junto a un espejo, en el mismo vestíbulo y me preguntó:

—¿Cuál es el que más te gusta?

¡No tenía ni idea! Señalé el que tenía justo enfrente, una guitarrilla que a saber cómo se llamaba y dije:

—¡Ese! Me parece alucinante, es una maravilla...

—¡Buena elección! ¡El charango! —Lo descolgó y me lo ofreció para que lo cogiera.

—No, por favor, soy una manazas y este es un objeto muy valioso.

—Te ruego que lo cojas, qué vas a ser una manazas...

Si yo le contara... Pero no le conté y tomé con mucho cuidado entre mis manos el charango:

—Es tan hermoso —susurré temiendo liar alguna.

—Dale la vuelta.

—¿Para qué? —pregunté asustada. ¿Verdaderamente era necesario correr ese riesgo?

—Hazme caso. —Obedecí y Cárdenas me explicó lo que tenía entre mis manos—. Como puedes comprobar, la caja armónica está elaborada con el caparazón de un comoquirquincho...

—¿Qué es? ¿Un árbol?

—Un armadillo, en la actualidad se utilizan maderas labradas, este me lo trajo una amiga argentina que...

No escuché más, solo de pensar que tenía a un animalillo muerto entre mis manos me entró una angustia espantosa. Es más, recuerdo que en cuanto terminó de hablar le entregué el charango y abandoné el vestíbulo espantada.

Aparecí en un salón enorme, donde no había ni un solo libro. ¿Hay algo más triste que un salón sin libros? Pues en el salón de Cárdenas no había ni una guía telefónica, solo una televisión de plasma rodeada de unos

espantosos muebles azules en los que no sé qué guardaría, un sofá negro de cuero y en un lateral, una mesa comedor metálica para doce que ya estaba puesta para dos.

Me invitó a que me sentara, repliqué que prefería ayudarlo a traer las cosas y me rogó que no.

—Eres mi invitada, así que no pienso dejarte hacer nada. Pero lo primero es lo primero: toma.

Me entregó una tarrina blanca y, con gestos, Cárdenas me sugirió que la abriera.

—¿Qué es? —pregunté arrugando la nariz.

—Es crema de aloe, de las que yo hago...

Abrí el frasco, olí la crema, que la verdad sea dicha, no olía absolutamente a nada y puse cara de que estaba deleitándome con el perfume más exquisito.

—*Mmmm*. ¡Me chifla! —mentí.

—Tuya es.

—No, por favor. No puedo aceptarlo. —No podía aceptarlo entre cosas porque tenía una pinta de grasienta, que el único uso que podía encontrarle era como crema de pies.

—Quédatela. También hago jabones. Luego te daré alguno. Pero vamos primero a comer. Te he preparado comida japonesa, me apunté a un curso y como soy tan esponja no me hizo falta ni terminarlo. Creo que no se me da nada mal, a ver qué opinas tú.

¿Qué iba a opinar? Detesto la comida japonesa, así que la comida se convirtió en una auténtica tortura... japonesa. Me costó Dios y ayuda fingir que aquello estaba exquisito, si bien lo logré. Alimenté el ego culinario de Cárdenas hasta extremos insospechados, vamos que tres minutos más y revienta con mis elogios.

Luego, me tuvo tres horas de sobremesa hablando sobre política y

actualidad... ¡Fue tan interesante! Además era tan grato comprobar cómo teníamos la misma visión del mundo, semejante perspectiva en tantísimos temas, daba gusto estar con él.

Seguidamente, me invitó a que conociera su famosa terraza, donde no pude evitar acordarme de las eyaculaciones de la Parrado. Y es que aun cuando aquello era una maravilla: una terraza espaciosa, con unas tumbonas estupendas y unas vistas increíbles a un encinar, yo solo podía pensar en la señora *Squirt*.

—¿Te gusta? —inquirió cogiéndome por detrás y colocando sus manos sobre mi vientre.

Me horrorizaba estar en el escenario del crimen, y lo peor fue que sus manos comenzaron a ascender y terminaron encima de mis pechos.

—Hace un poco de frío —susurré para meternos dentro.

—Tengo mantas.

¿Pensaba que iba a consentir arroparme con las mismas mantas con las que se había tapado la eyaculadora de la Parrado?

—Es que prefiero...

—Te deseo tanto, Carmen.

Me cogió por la cintura, me giró y me besó mientras me quitaba la chaqueta. Tenía los labios duros y esta vez se abrieron, su lengua invadió mi boca mientras sus manos desabrochaban mi falda. Sabía que si acudía a su casa, podía suceder algo parecido, pero tengo que reconocer que su arrebató repentino me pilló por sorpresa. Quise decir algo pero no pude porque Cárdenas tenía atrapada mi lengua, succionándola, en tanto que sus manos ya se adentraban por debajo de mi camisa para desabrocharme el sujetador. Con algo de torpeza, logró quitármelo y sus dedos se fueron derechos a mis pezones que retorció y luego estiró hasta que me arrancó un gritito que hizo que soltara al fin mi lengua.

—Confía en mí. Hay que castigarlos para que sientas más —me explicó.

—Vamos, para que tengas la certeza absoluta de que es un negligente que no sabe tocar un pezón como Dios manda —dijo una voz, la voz de Orosia, no podía ser otra.

Sonreí, pero esta vez tuve la cautela de no decir nada. Me entró una vergüenza tremenda. Cárdenas seguía con sus manos en mis pezones y Orosia a mi lado contemplando la escena.

—Sí... —susurré.

—Relájate, Carmen, estás en buenas manos —me dijo Cárdenas al oído.

—Como te relajés, te desgracia. Entre que besa como si tuviera en la boca un desatascador y que tira de los pezones como si estuviera sintonizando la radio... Chica, no sé qué más pruebas necesitas, pero si es así de diestro con esto; imagina cuando saque los trastos de matar... Yo no quiero decir nada, pero este pincha en hueso...

—¡Por favor, calle! ¡Se lo suplico! ¡Y salga de mi vida! —grité desesperada. No pude reprimirme, me salió solo. ¿Cuándo iba a dejarme en paz esa mujer? ¿Qué tenía que hacer para que se le metiera en la mollera que no quería nada con su nieto?

—¿Carmen? ¿Qué pasa? ¡No me digas que es otra vez la ciática!

—Pasa que no puedo seguir —confesé abrochándome el sujetador.

—¿Qué he hecho mal? —me preguntó llevándose las manos a la cabeza.

—Nada. Soy yo. Que no me encuentro bien.

¿Cómo le explicaba que a mi lado estaba narrando la jugada una señora mayor, que llevaba unos cuantos años muerta, y vestida con un traje pantalón de Armani blanco?

—Mira, intuyo que lo que te pasa con la ciática es algo somático —musitó mientras me acariciaba la espalda—. Algo te pasa que bloqueas un *chakra* y no fluyes, sé que tus sentimientos hacia mí son sinceros, pero algo te está

bloqueando.

—Yo también me bloquearía si me sobaran el lomo como si fuera un perrillo nervioso —observó Orosia.

—No sé —farfullé encogiéndome de hombros y haciendo esfuerzos improbables por ignorar a Orosia.

—Vamos a dejar esto aquí. La semana que viene me marcho a Perú, con el proyecto de la empresa y con mi pequeño proyecto que tanto me llena, y voy a estar fuera un mes. Aprovechemos bien este tiempo, Carmen. Medita, reflexiona, entra dentro de ti y encuentra qué es eso que te está impidiendo fluir.

—Pero... —mascullé porque no quería que pensara nada extraño. Solo había sido que había elegido un lugar poco oportuno para amarnos, nada más. Eso y Orosia, claro está.

—¡Qué ego tiene! Te echa la culpa a ti. ¡Será cerdo! Dile la verdad. ¡Dile que lo que te impide fluir es que es un tío cargante, que cocina fatal, que habla por los codos y aburre a las monas, que es insensible como él solo, porque hay que ser insensible para traerte a la terraza donde ha estado eyaculando la señora *Squirt* o para tener bichos muertos colgados de la paredes, y por supuesto, un incompetente sexual! Venga, ¡díselo! —gritó Orosia haciendo aspavientos.

—Está bien —le dije a Cárdenas—. Dejemos pasar este tiempo...

—No hace falta que hablemos, ni que me escribas, a no ser que me necesites. Tómate tu tiempo, el que necesites...

Cárdenas me dio un beso en la mejilla, que yo agradecí y luego me excusé para ir al baño. Antes de abandonar la terraza, le hice un gesto sutil con la cabeza a Orosia para que se viniera conmigo.

Una vez estuvimos a solas, me senté en la bañera y hablé en voz en baja no fuera a ser que Cárdenas nos escuchara:

—Lo que me está impidiendo fluir es usted. Y lo sabe. ¿Hasta cuándo va a seguir arruinándome la vida?

—Hasta que espabiles y tomes el camino correcto.

Entonces, al escuchar esas dos palabras “camino correcto” se me ocurrió un plan perfecto que me permitiría liberarme de Orosia y volver a retomar las riendas de mi vida.

—El camino correcto es que su nieto sea feliz. —Orosia asintió con la cabeza—. Hagamos un pacto: si consigo que su nieto sea feliz, usted desaparecerá de mi vida para siempre.

Orosia puso los dedos de la mano derecha en forma de V y dijo:

—Por fin, parece que nos vamos entendiendo... ¡Trato hecho!

Que se preparara Santiago, porque iba a ser feliz sí o sí, y solo tenía un mes para lograrlo...

Capítulo 6

Esa misma noche, lo primero que hice al llegar a casa fue meterme en mi Facebook y buscar a Santiago. Resultó muy fácil encontrarlo pues solo había un Santiago Alcaraz que tuviera como foto de perfil el *selfie aftersex* de Valdetorres. ¡No sé cómo no le daba corte que sus clientes le vieran de esa guisa!

De foto de portada, tenía precisamente una panorámica de nuestro pueblo y ya no pude cotillear nada más porque tenía configuradas las opciones de privacidad para que no se viera absolutamente nada. Ni los amigos, ni los estados, ni los posteos... Nada.

Así que opté por enviarle un mensaje con la esperanza de que aunque se quedara en la bandeja de “Otros”, Santiago más pronto que tarde lo abriría.

Sin pensármelo dos veces, le pedí amistad y luego escribí con mi perfil falso llamado Isabelle Mai (tengo un perfil falso porque no quiero que nadie me encuentre, porque me siento más libre y porque me divierto muchísimo con él):

Isabelle Mai: Buenas noches o lo que sea cuando leas esto, soy Carmen, la chica del Valdetorres con la que pasaste la Nochebuena. ¿Qué tal estás? Me he puesto en contacto contigo porque...

Tuve que dejar de escribir porque recibí una notificación y me dio el palpito de que era la confirmación de amistad por parte de Santiago, como así fue. Y no solo eso, sino que justo en ese instante su bombilla se puso verde y al segundo me lanzó este mensaje:

Santiago Alcaraz: ¿Y ese nombre que te gastas, chica de Valdetorres? ¿Por qué te ocultas detrás de un nombre de francesita y el avatar de Eduardo

Manostijeras?

Isabelle Mai: Porque me siento más cómoda, gracias por aceptarme.

Santiago Alcaraz: No debería, pero tengo curiosidad por saber por qué llamas a mi puerta después de que en Navidad te despidieras a la francesa de mí. ¿Tal vez por eso tienes nombre de francesa?

Isabelle Mai: Me marché sin decir adiós porque estabas profundamente dormido.

Santiago Alcaraz: ¿Y tenías prisa por ir a algún sitio? ¿No podías haber esperado a que despertara?

Isabelle Mai: ¿Para qué? Preferí quedarme con el recuerdo bonito antes de arriesgarme a estropearlo todo.

Santiago Alcaraz: Lo estropeaste todo en el momento en que te fuiste sin decirme adiós, con el trauma que tengo yo con los abandonos. ¡Me jodiste vivo, Carmunchi!

Isabelle Mai: Si llego a quedarme habría sido un gran error. Créeme. Tal vez habríamos repetido lo de la noche anterior, ¿pero para qué?

Santiago Alcaraz: ¿Cómo que para qué? ¿Hace falta que te lo explique?

Isabelle Mai: ¿Te recuerdo que fuiste tú el que dijiste que no se te pasaba por la cabeza volver a pringar como lo hiciste con la Ramírez, que no te fías ni de tu madre y que no pensabas implicarte con nadie más?

Santiago Alcaraz: Eso te lo dije antes de que pasara lo que pasó después. Pensé que para ti también había significado algo. Pero ya veo que no.

Isabelle Mai: Fue algo bonito, sí... Pero por aquel entonces ni tú ni yo teníamos ganas de tener nada serio.

Santiago Alcaraz: Te repito que eso fue antes de que nos hiciéramos las pajillas...

Isabelle Mai: ¡No empieces, por favor!

Santiago Alcaraz: No sé qué tiene de malo la palabra pajillas, pero si

quieres la cambio por “encuentro íntimo”.

Isabelle Mai: Sí, mejor.

Santiago Alcaraz: Bien, pues nuestro “encuentro íntimo” removi6 muchas cosas dentro de m6. Si te hubieras quedado conmigo, ahora estar6as feliz en los brazos de un hombre maravilloso y no aporreando teclas encerrada en tu casa, un s6bado por la noche.

Isabelle Mai: De felicidad es de lo que quer6a hablarte, necesito que seas feliz y r6pido. Tienes un mes por delante para dejar atr6s tus traumas y temores y ser de una vez feliz.

Santiago Alcaraz: ¿Me das un mes de plazo para que me enamore de ti?

Isabelle Mai: No. ¡Qu6 dices! ¡Yo ya estoy enamorada! Tienes que ser feliz, t6, por tu cuenta. Pero tranquilo que yo te voy a ayudar...

Santiago Alcaraz: ¿No dec6as que no te interesaba el sexo, que rechazabas el compromiso, que no estabas preparada?

Isabelle Mai: Tuve una epifan6a el d6a de Navidad, cuando regresaba a casa en el coche, y lo cambi6 todo.

Santiago Alcaraz: Entonces, te pas6 como a m6. Y todo fue por estar conmigo, por mis besos y mis caricias, por eso tuviste la revelaci6n. Lo que no entiendo es c6mo en aquel instante, no diste la vuelta y regresaste a mis brazos, por qu6 preferiste volver a casa y enamorarte d6as despu6s de otro t6o, que seguro que no me llega ni a altura del tobillo.

Isabelle Mai: Porque es maravilloso.

Santiago Alcaraz: ¿En la cama tambi6n?

Isabelle Mai: No lo s6. Porque cada vez que intento tener un encuentro íntimo con 6l, se aparece tu abuela y lo sabotea.

Santiago Alcaraz: Jajajajajajajajajaja.

Isabelle Mai: A d6a de hoy, no hemos pasado de los besos ¡y contados! No puedo seguir as6. Necesito tu ayuda, Santiago.

Santiago Alcaraz: He dicho erotizar, no que me pones cachondo, que es como realmente me han puesto esas palabras escritas por tus dedos virtuosos de los que tengo tan grato recuerdo.

Isabelle Mai: Déjate de tonterías y dime que me vas a ayudar a cumplir el deseo de tu abuela.

Santiago Alcaraz: Me importa una mierda ser feliz. Y tú no te mereces que te ayude después de la faena que me hiciste dejándome tirado el mismo día de Navidad. ¡Hay que ser desalmada! Por mí como si te tiras hasta la vejez sin follar con ese estúpido. Es más, la idea de que mi abuela os sabotee los polvos de por vida me resulta muy atractiva.

Isabelle Mai: Ese es tu problema. Por eso no creces. Tienes tanto odio y rencor dentro. Pero yo puedo ayudarte y no me digas que no te interesa la felicidad porque no me lo creo. No te engañes, Santiago: puedo ayudarte y tú puedes ayudarme a mí. Déjame al menos intentarlo...

Santiago Alcaraz: Yo sé por qué tienes de foto de perfil a Eduardo Manostijeras, es la primera película que vimos sentados juntos, codo con codo, tú y yo. ¿Te acuerdas? Estábamos en la fila solos, los cuatro: tu tío abuelo Eduardo, mi abuela, tú y yo. Yo me pasé la película mirándote de reojo, incluso recorrí la mano que tenías sobre el reposabrazos que compartíamos con mi dedo índice. Luego nos comimos unos churros en la plaza. ¡Qué felicidad! Ese día me marcó, como a ti que años después tienes justo esa *pele* de foto de perfil, ¡qué casualidad!

Isabelle Mai: Elegí esta foto porque me encanta Johnny Depp.

Santiago Alcaraz: El inconsciente te traiciona, querida.

Isabelle Mai: Yo solo sé que tengo un plan perfecto para que seas feliz. No desaproveches la ocasión de tu vida.

Santiago Alcaraz: Qué cansina eres de verdad.

Isabelle Mai: ¡No seas terco! ¡Déjate ayudar!

Santiago Alcaraz: ¿Cómo me voy a dejar ayudar por la misma persona que me dejó tirado el día de Navidad? No todos los hombres somos tan estúpidos como tu Cárdenas.

Isabelle Mai: Pero esa persona tan desalmada también es la que se presentó en tu casa con una botella de champán, la que te llevó a cenar con los suyos y la que pasó contigo una bonita noche. ¿Eso no cuenta?

Santiago Alcaraz: *Psssssssssss.*

Isabelle Mai: Además si no tienes nada mejor que hacer, déjame que durante un mes intente hacerte un hombre feliz. Si lo consigo ganamos los dos y si no: tú ganas por partida doble porque por un lado seguirás siendo el amargado de siempre y por otro te vengarás de mí, ya que tu abuela continuará saboteándome los encuentros y, en consecuencia, jamás consumaré mi relación con Cárdenas. Piénsalo porque me parece que la oferta es más que tentadora...

Santiago Alcaraz: Eso de que no tengo nada mejor que hacer ha sonado un poco ofensivo y sobre todo es falso. Tengo miles de cosas mejores que hacer, no obstante voy a aceptar tu propuesta porque reconozco que lo que me tienta que ni imaginas es saber hasta dónde serás capaz de llegar para hacerme feliz.

Isabelle Mai: No te vas a arrepentir...

Santiago Alcaraz: Espero que tú tampoco, jojojjojjojjo.

Isabelle Mai: Tenemos que empezar cuanto antes. Pero tienes que comprometerte a hacer lo que yo te pida.

Santiago Alcaraz: Por supuesto. Vente a comer conmigo mañana a casa. Te haré algo rico con lo que me queda en la nevera.

Isabelle Mai: Ponme la dirección, mañana estaré allí a las dos...

A las dos en punto estaba subiendo en un maravilloso y elegante ascensor de madera al ático de Santiago frente al Retiro. No estaba nerviosa, al contrario estaba muy tranquila y con ganas de mostrarle el plan para ser feliz

que había diseñado para él, durante toda la noche que me había pasado en vela. No había dormido apenas nada pero llevaba en mi bolso la llave que nos abriría a ambos, y por separado, claro está, la puerta de la felicidad.

Entretanto, me planté frente a la puerta de su casa y después de llamar al timbre unas ochenta veces y de dejarle veinticinco mensajes en su privado de Facebook, me abrió la puerta con delantal, vaqueros y camiseta:

—Discúlpame que estaba en la cocina y el móvil lo tenía en la terraza. Ni he escuchado el timbre ni tus mensajes. Tienes mala cara. Déjame adivinar... ¿Te has pasado la noche en vela fantaseando con lo que podría pasar hoy, entre nosotros, a la hora de la siesta?

—Mi idiota favorito—. Le di dos besos y le aparté para pasar a su casa, como si fuera la mía de toda la vida.

El vestíbulo estaba decorado con muebles castellanos como los que había en casa de mi abuela, los típicos muebles con solera que estaban en todas las casas del pueblo. De hecho, en su casa olía de una forma demasiado familiar, como cuando mi abuela hace cochinillo...

—Huele a cochinillo ¿de dónde viene el olor? ¿De tu vecino? —pregunté mientras me quitaba mi abrigo y lo colgaba de un perchero idéntico al que teníamos en el pueblo. Me sentía como en casa, para qué lo voy a negar.

—¿Y para qué crees que me he puesto el delantal? ¿Para abrir una bolsa de ensalada? Vas a comerte el mejor cochinillo de tu vida, Carmunchi.

—¿Ah sí? Cochinillo, como tú... —repliqué incrédula, alzando una ceja y conteniendo la risa.

—Vienes chistosilla. Me encanta. No sabes tú lo que es mi cochinillo. Hará que me desees más todavía, que me supliques que sea tuyo, solo para ti, sí o sí.

—Espera a que no acabemos comiendo *pizza* de encargo...

—Tranquila que no se me va a quemar, aquí el único quemado que hay soy

yo y por tu culpa. Esperaba que me trajeras alguna cosita, una botella de vino o un set íntimo con aceites, lubricantes y anillos vibradores, no sé, lo normal en estos casos.

—Como siempre te pasas de listo, he traído el plan perfecto para hacerte feliz. ¿Te parece poco regalo? —anuncié señalando mi bolso, donde guardaba la libreta en la que había anotado hasta el último detalle.

—A saber qué se te ha ocurrido, miedo me da.

—Confía en mí.

—Ya veremos. Tienes mucho por expiar. Entretanto, al fondo a la izquierda está el baño, lávate las manos que no quiero que te cojas algún virus raro y luego salgas diciendo que intenté envenenarte, que nos conocemos. Yo me voy a traer el primer plato, que cuanto antes terminemos de comer, antes llegará la siesta. ¿O prefieres un polvazo de aperitivo?

—Me voy al baño —repliqué dando un manotazo al aire.

De camino al cuarto de baño contemplé con alegría cómo tenía estanterías repletas de libros en los pasillos y en las habitaciones. La casa tenía mucha luz y mucho color, era un lugar cálido y acogedor, al que lo único que le sobraba era el dueño.

—¿Te gusta mi humilde morada? —me preguntó en cuanto aparecí en el comedor donde él estaba esperando para servirme.

—Tú no me gustas, pero tu casa, sí. Me ha sorprendido, la verdad es que esperaba otra cosa —contesté nada más sentarme a la mesa.

—¿Esperabas una cosa minimalista y aséptica, sin personalidad ni fuerza, como la casa del fantoche ese que te has echado por novio?

—Te equivocas. Cárdenas tiene un gusto exquisito para la decoración.

—La que te equivocas eres tú. Si te gusta mi casa es porque es el fiel reflejo de lo que soy. Luz, armonía, tradición, cultura y vanguardia. El puto amo. Para qué mentir —soltó encogiéndose de hombros.

—Sí, seguro que sí. ¿Qué traes en esa fuente de barro?

—¡Migas!

—¡Me has hecho el clásico menú de domingo en el pueblo! —exclamé sorprendida.

—Ya te dije que te haría algo rico con lo que tuviera en la nevera.

—¿Tenías un cochinito en la nevera?

—Haces demasiadas preguntas, fluye, mujer. Siente, no pienses, que luego se te atascan los *chakras* y te dan los ataques de ciática —respondió muerto de risa.

Ni le escuchaba, sin esperar siquiera a que se sentara, empecé a comer esas migas que estaban...

—¡Te salen como las de mi abuela! ¿Esto lo has hecho tú? —pregunté alucinada, con los ojos en blanco de placer.

Santiago asintió con la cabeza y luego se sentó a la mesa:

—Ya te lo he dicho. Vas a desear que estas manos capaces de cocinar semejantes manjares se pierdan por tu cuerpo, recorran tus formas hasta que te convierta en otro pequeño manjar que por supuesto solo yo disfrutaré.

—A mí es que no me salen así de buenas —hablé sin entrar al trapo de sus provocaciones.

—Es un don, lo tienes o no lo tienes. Yo lo tengo. Los tengo, casi todos.

—Menos el de la humildad, todos. Sí.

—Créeme: no pondero lo suficiente mis excelencias.

—Desde luego, con este don culinario me has sorprendido. Lo reconozco. Lo raro es que no se venga la Ramírez y su novio a comer contigo los domingos...

Fue un golpe bajo, no sé si fue la euforia de las migas, uno de mis platos favoritos, o el vino tinto que se me subió un poco, pero solté aquella mordacidad y Santiago, contra todo pronóstico, me miró, dejó sus cubiertos

alguna de ellas, y al día siguiente siempre decido lo mejor.

—Entonces, tráelas que necesitamos muchísima suerte.

Mientras iba a por las mantas, salí a la terraza que tenía unas vistas magníficas al Retiro, me tumbé en uno de los sofás de jardín que no podía ser más cómodo, me puse mis gafas de sol, me coloqué un cojín bajo el cuello y comencé a repasar las notas de mi plan de acción.

Se estaba tan a gusto, la temperatura debía de ser de unos dieciséis grados, el cielo estaba despejado y no se escuchaba ni un solo ruido. Entonces, entendí por qué Santiago había elegido ese lugar para vivir. Era una burbuja perfecta en la que era imposible no encontrar la paz, o al menos un poco de sosiego en el que refugiarse. Pero al mismo tiempo, era el lugar ideal para sentirse profundamente solo, debía ser muy triste vivir rodeado de tanta belleza y no tener a nadie con quien compartirla.

Y ajeno a mis reflexiones, Santiago regresó con las mantas:

—Ya estoy aquí.

—A mí no me tapes todavía, por favor, déjala por aquí para cuando tenga frío —le pedí sin levantar la vista de mi cuaderno.

—Como quieras, tú pide lo que quieras; que estoy aquí para concederte lo que desees. —Y se tumbó en el sofá que estaba perpendicular al mío.

—Te pido que te calles y que escuches con atención lo que tengo que decirte. He estado estudiando en profundidad tu caso, y creo que lo primero que tenemos que hacer es revisar tu sistema de creencias.

—No creo en nada. No tengo ni una ya —replicó tapándose con la manta hasta la barbilla.

—¿No crees que tienes derecho a ser feliz? ¿No crees que mereces tener amor en tu vida: el amor de tus amigos, el amor de pareja?

Santiago se calló y cerró los ojos...

—Es que me molesta el sol —me mintió porque a la que le daba el sol de

frente era a mí, que por eso llevaba las gafas de sol puestas. Se las ofrecí. — No. Gracias —dijo abriendo los ojos—. Quiero responderte. Te lo resumiré en seis palabras: La vida es una puta mierda. No puedo pensar de otra forma, Carmen, cuando todas las personas que me han importado algo me han dejado tirado: mi familia, la Ramírez y tú.

—¡A mí no me metas que estoy aquí!

—Sí, con un plan para librarte de mí en un mes —me reprochó a la vez que remarcaba ese “un mes” levantando el dedo índice de su mano.

—No quiero librarme de ti. Somos amigos.

Era cierto. No se lo decía por decir. Era un insoportable, pero podía contar con mi amistad.

—¿Solo amigos? —preguntó apretándose la punta de la barbilla.

—Te parece poco —protesté—. Y yo no te voy a dejar tirado. Lo que pasa es que he hecho un pacto con tu abuela y lo voy a cumplir. A ver, pienso que no crees en nada, porque tienes una serie de creencias de carencia que te impiden creer. Me refiero a que piensas que siempre vas a ser traicionado o abandonado.

—Es que no es un pensamiento, es una realidad.

—Es el pasado, lo que importa ahora es que mereces ser amado.

—Ámame, ¡yo me dejo! —gritó encogiéndose de hombros.

—Estoy intentado deconstruir tu sistema de creencias, de eliminar las alambradas que tienes en el corazón para evitar que te dañen.

—Es que me han jodido vivo, te lo recuerdo.

—Tienes que abandonar el papel de víctima y dar un paso más —concluí al tiempo que cerraba mi cuaderno de notas.

Santiago se incorporó y se sentó con los brazos y las piernas cruzadas:

—Sé lo que viene ahora. Me vas a hablar de perdón. Pues no hay perdón. No hay justicia en el perdón.

—Tus heridas nunca van a cicatrizar como no perdones. El perdón te va a liberar, vas a sanar y a encontrar un equilibrio que no tienes.

—¿Has vuelto a tu colegio de monjas y te ha dado estos consejos Sor Teresita para mí? —ironizó como siempre que se sentía contra las cuerdas.

—Necesitamos que perdones, para que al fin cierren esas heridas. Quédate con lo bueno que hayas aprendido del pasado y lo demás ¡fuera!, deshazte de una maldita vez del rencor.

—Mi madre ha intentado contactar conmigo por varias vías. Tengo mi privado de Facebook lleno de mensajes de ella que no quiero leer. —Santiago se envolvió en la manta como si fuera un chal y le sentí tan desamparado, que me levanté y me senté a su lado.

—Creo que deberías empezar por ella —sugerí levantando mis gafas de sol para que viera en mi mirada lo que no lograba transmitirle con mis palabras.

—No es algo que me apetezca hacer, Carmen.

—Has adquirido un compromiso conmigo, dijiste que harías lo que yo te pidiera. Me gustaría que el perdón empezara a tener cabida en tu vida.

—No pienso leer sus mensajes, como mucho le pongo un “¡Hola!” y nada más.

—Es que si no das ese paso no podemos avanzar hacia el siguiente punto de mi plan...

—Oye pero te recuerdo que se trata de hacerme feliz. Con esto último del perdón me estás revolviendo cosas que no me gustan nada. Espero que el siguiente paso sea más agradable, más estimulante... —musitó dejando caer una mano sobre mi muslo.

Cogí su mano y la coloqué sobre su muslo, con una sonrisa. No iba a permitir que me desconcentrara con trucos baratos.

—Eso será el próximo día. Te voy a dejar una pequeña tarea para que trabajes el perdón. Es un viejo ritual que se practica en muchas culturas, se

trata de que visualices a las personas que te han herido...

—¿A todas? —me interrumpió—. ¡Los del internado de Burgos son mogollón!

—¿Te hicieron daño todos los del internado?

—Casi, menos mi amigo Braulio y el hermano Jonás, todos los demás eran unos hijos de puta. Así que, ya me dirás cómo visualizo a tanta gente.

—Visualiza entonces el edificio y a tus padres, a tu hermana, a la Ramírez y a mí...

—A ti no te guardo rencor. No te metas en la lista.

—Vaya, me alegro —confesé, llevándome la mano al pecho.

—Oye, ahora que lo pienso, puesto que he practicado ya el perdón contigo, podemos pasar perfectamente a la siguiente fase.

—No. Tienes que reconciliarte con tu pasado. Hazme caso, mételos a todos bajo una luz blanca, diles lo que les tengas que decir y deja que ellos hablen.

—¡Son mogollón de gente, Carmunchi!

—Del internado elige a los más significativos, los que te hicieran más pupa.

—Bueno, vale, haré una selección de hijos de... Me va a ser difícil, no te creas, pero lo haré. Y luego ¿qué?

—Perdónales y escucha cómo ellos te piden perdón a ti.

—¡No puedo hacer eso! —protestó revolviéndose en su asiento.

—Claro que puedes. Luego, les das las gracias a todos y visualizas cómo se cortan los lazos de energía que te vinculaban a ellos, deja que cada lazo regrese a su dueño, libérate de las energías negativas y déjalos marchar.

—Bueno, ya veré, que igual los tengo en frente y me pongo a repartir mandobles a diestro y siniestro. Esto de las visualizaciones es muy peligroso. Los tienes ahí a tiro, y te sale el siciliano que llevas dentro. La pulsión de venganza es muy fuerte, no sé si podré librarme de ella.

—Si no lo haces, el ritual del perdón no servirá para nada.

Santiago se removió el pelo y luego, después de pensárselo unos segundos, me preguntó:

—Entonces, como dices que tengo que dejar marchar a los cerdos que me han puteado tantísimo ¿ya no hace falta que me ponga en contacto con mi madre, no?

—Los tienes que dejar marchar en la visualización. Pero eso no significa que debas romper los vínculos con esas personas en la vida real. Al contrario. En el caso de tu madre, si haces bien el ritual, cuando retomes el contacto, vuestra relación dejará de estar marcada por el rencor y darás paso a una energía más equilibrada y amorosa, a un lazo más puro entre vosotros.

—Me parece demasiado *flower power*, pero lo practicaré.

—Puedes repetirlo las veces que quieras. Al principio será complicado, no te preocupes, que poco a poco irás sintiéndote mejor y el perdón llegará a tu vida.

—Si tú lo dices... Para mí estos rituales y estas visualizaciones son consuelos para *pagafantas* —opinó cruzándose de brazos.

—No te resistas. Y te recuerdo tu compromiso. Así que practica y me cuentas.

—De acuerdo.

—Bien, pues esto es todo por hoy —anuncié poniéndome en pie—. Me marcho. Estamos en contacto...

—¿No nos vamos a echar la siesta? —me preguntó a la vez que me cogía de la mano.

—No —contesté zafándome de su mano—. Yo me voy a mi casa y tú te quedas haciendo los deberes.

—Está bien, lo haré porque espero ansioso a que lleguen las siguientes fases de proceso. Espero que sean más... —me miró levantando una ceja, su

gesto de seducción favorito desde que tenía nueve años.

—Lo irás descubriendo. ¡Hasta la próxima!

Y me fui sin darle ni un triste beso en la mejilla, porque sabía que si me ponía a tiro, iba a terminar entre sus brazos y eso era algo que no nos convenía para nada a ninguno de los dos.

El lunes cuando regresé a la oficina las chicas me sometieron a un interrogatorio a la hora de la comida, si bien esperé a que hubieran terminado para contarles la historia de la Parrado con pelos y señales.

—¡Qué asco más grande! —exclamó Leo, haciendo el gesto de que vomitaba—. ¿Cómo te cuenta esas intimidades y luego te lleva al lugar de los hechos? ¡Hay que tenerlos cuadrados!

—Son los reyes del disimulo, la Parrado y Cárdenas ¡quién lo iba a decir! —comentó Sol.

—Ya —susurré—. Y se supone que no tenía que habérselo contado, pero es que no podía quedarme con esto dentro.

—Has hecho bien —dijo Leo—. Yo tampoco habría podido guardármelo.

—Y con él ¿todo bien? —preguntó Sol con el ceño fruncido.

—La verdad es que me puse un poco tensa con lo de la terraza y no pasó nada. Me fui a casa.

—Es que es para ponerse tensa...

—Ya se me pasará. Tengo el próximo mes de tregua. Va estar durante ese tiempo fuera, con un proyecto de la empresa y con otro particular para llevar material de informática a una escuela deprimida de la zona. Es muy buen tío. Tiene un corazón de oro. Estoy encantada con él. Lo voy a echar mucho de menos.

—Tienes el Skype —me sugirió Leo.

—Me ha pedido que a no ser que sea algo urgente, mejor que nos tomemos este tiempo para reflexionar.

—¿Sobre qué tienes que reflexionar? ¿Sobre lo bocazas que es él por contar intimidades? —inquirió extrañada Sol.

La verdad era que, obviando el suceso de las apariciones de Orosia y mis repentinos ataques de ciática, costaba entender este período de tregua.

—Creo que es lo mejor para los dos. Así luego lo retomamos con más ganas. Mientras aprovecharé para salir con un viejo amigo que me necesita. —Introduje el asunto de Santiago para cambiar de tema, pero me metí en otro jardín.

—¿Vas a jugar a dos bandas, picarona? —me preguntó Leo, guiñándome el ojo.

—¡No, claro que no! Es un amigo del pueblo de toda la vida que me necesita porque... —Sentía mucho tener que mentirles, pero era incapaz de contarles la historia del pacto con la abuela fantasma—, lleva un tiempo de bajón. Retomamos el contacto en Nochebuena y ahora que tengo más tiempo, voy a salir con él, pero como amigos, claro, a ver si le doy un poco de vidilla.

—Ten cuidadito —me advirtió Sol—, que se empieza dando vidilla y se termina haciendo el boca a boca.

—No seré yo. Lo tengo tan claro. Mi corazón pertenece a Cárdenas, por completo. Es un hombre excepcional.

—¿Y el otro cómo es? —preguntó Sol con curiosidad.

—Un desastre. Sufrió el abandono de su familia, creció en un internado donde lo pasó fatal, su esposa le dejó hace un par de años. Está solo, lleno de desconfianza y rencor...

—¿Cómo quieres que esté? ¡Raro me parece que no se haya colgado aún de un árbol! —exclamó Sol, haciendo con la mano el gesto de que colgaba.

—Ha llevado una vida dura. Sí. Pero es un insoportable, chicas. Fanfarrón, borde, sarcástico, vengativo... Tendrías que verlo.

—¿Está bueno? —preguntó Leo.

—Sí. Es guapo. Pero ya os digo que no hay quien lo aguante, estuve en su casa comiendo migas y cochinillo y...

—¡Carmen! —gritó Sol apretándome el brazo—. Ese tío me parece mucho más interesante que Cárdenas, que a mí con lo que me has contado ha dejado de gustarme para ti. Me da muy mal rollo. Sin embargo este chico está ganando puntos por momentos: lleno de traumas, lúcido, atractivo, buen cocinero... Pinta muy bien. Cuéntame más...

—Por lo visto también es buen abogado, y tiene un ático muy chulo frente al Retiro en el que nada más entrar me sentí como en mi casa, a diferencia de lo que me pasó con Cárdenas y su bicho muerto colgado de la pared. Claro que también debe ser que como tiene muebles idénticos a los de mi abuela, es fácil sentir esa familiaridad. Pero por lo demás, qué puedo decirte: es terco, irascible, peleón, avinagrado, suspicaz...

—Me está pasando como a Sol, a mí este chico me está empezando a dar muy buenas vibraciones —dijo Leo asintiendo con la cabeza.

—¡A mí cada vez mejor!

—Chicas, estáis desvariando. Donde esté la serenidad y la madurez de Cárdenas, que me aporta tanto equilibrio y paz, que se quite esta calamidad de hombre, por favor, no sabéis cómo es Santiago, por eso habláis así... ¡Ya quisiera tener el corazón de Cárdenas!

Horas después me di cuenta de que tal vez había sido demasiado injusta con él, de que desconocía facetas de la vida de Santiago que me dejaron gratamente sorprendida.

Fue a la salida del trabajo, cuando estaba esperando a que se abriera el semáforo que estaba frente a la boca del metro, escuché unos bocinazos y luego alguien que gritaba mi nombre. Miré alrededor hasta que di con la procedencia de la voz.

—¡Sube! ¡Que te llevo! —gritó sacando la mano por la ventanilla.

Era Santiago en una furgoneta de reparto blanca... ¿Qué hacía ahí? No me dio tiempo a pensar mucho más, porque los automóviles que estaban detrás de él comenzaron a pitar. Le dije con gestos que arrancara y que ya hablaríamos más tarde. No obstante, insistió con gestos exagerados para que subiera, así que, dadas las circunstancias, y solo para que arrancara de una vez y dejara de fastidiar al resto de conductores, me subí rauda a la furgoneta.

—¡Hola! ¿Qué haces por aquí?—Me di la vuelta y vi cajas con ropa, pañales, alimentos, mantas y una cuna.

—De reparto. Oye, ¡qué bonita casualidad! Y no te lo vas a creer, pero estaba pensando en ti y de pronto: ¡magia! Apareces...

—Prefiero no preguntarte lo que estabas pensando. Dime, ¿qué repartes? Ahí detrás hay de todo...

—Estaba pensando en que si vieras qué fracaso la visualización. Intenté imaginar al internado bajo una luz blanca, pero nada... Imposible, no me salía. En cambio, de repente me dio por fantasear con que lo prendía fuego, y chica, no imaginas qué visualización más nítida: me entró una paz...

¡Madre mía! Recuerdo que pensé que este ejemplar era un gremlin malo, que qué pena que mis amigas, a las que les resultaba tan interesante, no lo pudieran ver en estado puro.

—Es un ejercicio que debes practicar, ten paciencia que te acabará saliendo —hablé para intentar reconducirle por la buena senda.

—Si tú lo dices...

—Lo digo. ¿Para qué zona vas? Yo vivo...

—Sé muy bien dónde vives. Tu casa me pilla de camino a la zona de reparto.

—¿Y cómo sabes donde vivo? No te lo he dicho nunca.

—Tengo mis fuentes. Y hasta ahí puedo leer.

—Tu fuente es Eduardo, no quiero ni imaginarme cómo le sonsacaste la

información —mascullé resoplando mientras miraba por la ventana.

—Fue muy fácil —confesó entre risitas.

—¿Y me puedes explicar qué haces trabajando de repartidor? Es algo ilegal, ¿verdad? ¿Por qué no pones algo de sensatez en tu vida? ¡Solo espero que no sea mercancía robada y estés dándote a la fuga!

—Ya quisieras tú. ¡Cuánta falta te hace algo de acción en tu vida! Ay. ¡Qué aburridilla te tiene tu Cárdenas! ¿Ves? Por eso huyo de la sensatez...

—Cárdenas es un hombre del que tendrías mucho que aprender. Y sí, huyes de la sensatez y de la policía, ¿no? —insistí con la intención de bajarme en el próximo semáforo.

Santiago soltó una carcajada, luego dio una palmada en mi muslo y gritó:

—¡Relájate, mujer!

—¡No vuelvas a darme palmadas! —exigí dando un respingo en mi asiento.

—Son amistosas. No le veo nada malo. Y es para que se te quite esa cara de asustada que tienes. ¡Que no soy un delincuente!

—Porque no te han pillado hasta ahora...

—Que no. Que colaboro con un comedor social y allí nos damos cuenta de que los hijos de estas personas que atendemos, si bien tienen cubiertas sus necesidades en el comedor escolar, por las noches y los fines de semana no tienen nada o casi nada para llevarse a la boca. Así que a la salida del curro me hago unos cuantos viajecitos y reparto por las casas a domicilio. La cuna y las mantas son para una embarazada en su última fase...

Me sentí una miserable y en cuanto me recuperé del *shock*, le pregunté:

—¿Repartes a diario?

—Procuro hacerlo siempre que mis obligaciones me lo permiten. Ahora estamos buscando un local para almacenar la ropa y los alimentos, hice un llamamiento a través de la prensa, porque hay mucha gente con problemas, y

estamos recibiendo mucha ayuda.

—Haces una gran labor... —susurré abochornada.

—Solo es un pequeño grano de arena, que además me hace sentir bien. Tengo que repartir en esas casas de ahí enfrente. ¿Te vienes conmigo?

Le dije que sí, aparcó y subimos cargados de bolsas a un quinto sin ascensor donde nos esperaban tres niños guapísimos que abrazaron a Santiago como si fuera Papá Noel con los regalos. Tuve que volverme para que no me vieran llorar, luego me di la vuelta y Santiago me presentó a la familia, a los padres y a los tres niños, a los que al despedirse les regaló unos caramelos que llevaba en los bolsillos.

La escena se repitió en las siguientes casas que visitamos de camino a mi barrio. Llamaba a todos por su nombre, jugaba un poco con los niños, les regalaba caramelos... La mayoría de las casas no tenían ascensor, pero daba lo mismo. Santiago no mostraba ni la más mínima señal de cansancio. Yo, en cambio, cuando me dejó en mi casa, caí rendida. A él todavía le quedaban por visitar otros diez hogares más: jamás volví a repetir que “ya quisiera Santiago tener el corazón de Cárdenas”.

Es más, tres días después recibí un *mail* de Enrique con una foto en la que aparecía entregando las computadoras al maestro de la escuela peruana. Posaba envarado y serio, vestido con su traje, y en el cuerpo de texto del mensaje había escrito: “Creer en cosas, hacer cosas. Un abrazo, Enrique”.

No le respondí. Ya se me pasaría pero, en ese instante, me pareció el hombre más patético del mundo.

A quien sí respondí fue a Santiago que me escribió el viernes por la noche al privado del Facebook, para contarme que había hecho algunos avances:

Santiago Alcaraz: Buenas noches, tengo buenas noticias. ¡Acabo de meter bajo el chorro de luz al internado! Chorro de luz sin más, luz blanca y purísima. Te confieso que las otras noches me ponía a visualizar y el edificio

siempre terminaba chamuscado. Pero hoy no, hoy he dejado el edificio intacto. ¿Qué te parece? ¿Pasamos al siguiente nivel?

Isabelle Mai: ¡Hola! Estoy por aquí. Felicidades. Me parece que es un gran logro que puedas visualizar al edificio bajo la luz. Yo creo que entonces, sí, podemos pasar a la siguiente fase.

Santiago Alcaraz: No he terminado con las buenas noticias. También he escrito a mi madre, ayer le puse “hola” y ella me respondió “hola” y por la noche nos dimos las buenas noches.

Isabelle Mai: Eso es genial.

Santiago Alcaraz: Hoy he añadido al “hola” un “qué tal estás” y ella me ha respondido “bien y tú”.

Isabelle Mai: ¡Estupendo!

Santiago Alcaraz: Antes de saludarte a ti, le he deseado buenas noches y que descanse y ella me acaba de responder que “igualmente”. Así que ¡vamos que nos vamos! ¿Me adelantas de qué va la segunda fase?

Isabelle Mai: Tampoco te confíes, estás dando pequeños pasos pero tienes que persistir.

Santiago Alcaraz: Sí, sí, tú tranquila, que soy muy aplicado. A ver, cuenta, que soy todo oídos.

Isabelle Mai: Hemos revisado tus creencias y ahora vamos con las intenciones. Se trata de identificar qué quieres atraer a tu vida para ser feliz. Si tienes claro lo que deseas conseguir y tienes unas firmes creencias, solo hay que pedirlo al universo y él te lo concederá.

Santiago Alcaraz: Te puedo decir ya lo que quiero atraer a mi vida. Lo tengo clarísimo.

Isabelle Mai: No, todavía no. Necesito que hagas algo antes. Tienes que confeccionar un *collage* en el que pongas imágenes alusivas a cómo estarás cuando obtengas lo que deseas.

Santiago Alcaraz: ¿Una lista de deseos en imágenes?

Isabelle Mai: Sí. Eso es. Ponme en imágenes cómo visualizas tu futuro feliz.

Santiago Alcaraz: Que sepas que esto es un castigo porque detesto los *collages*. El cerdo del padre Mariano, cerdo al que he puesto bajo un chorro de luz blanca y pura, por supuesto, nos mandaba hacer *collages* para las clases de religión. Lo odiaba. Además en las mierdas de revistas que nos daban, no había una foto decente y eso me desquiciaba. Salían de pena con esos materiales...

Isabelle Mai: El padre Mariano quedó atrás. Ahora tienes el Pinterest, el Instagram, el Flickr, tienes miles de sitios donde encontrar fotos y montarme un bonito *collage*.

Santiago Alcaraz: ¿Te lo hago en digital o lo prefieres con cartulina?

Isabelle Mai: Mejor en papel. Hazte uno grande, que se vea bien porque vas a tener que colgarlo en un sitio donde lo contemples a todas horas.

Santiago Alcaraz: ¡Me lo llevo al despacho! No hay problema.

Isabelle: Nos va ser de mucha utilidad, ya verás. El *collage* ayudará no solo a que tengas un referente visual permanente de tus objetivos, sino también a atraer lo que desees, la vida feliz que te gustaría tener. ¿Crees que el domingo lo tendrías listo?

Santiago Alcaraz: Lo tengo tan claro, Carmunchi, que voy a hacer el *collage* en un pispás. Pásate mejor el sábado por la tarde, que te voy a impresionar. Una vez más...

—No creas que porque me hayas puesto las torrijas delante, voy a olvidarme de la ignominia de que hayas confeccionado el *collage* con fotitos de nuestro *selfie* —aseguré hablando con la boca llena, lo reconozco: las torrijas de Santiago me hicieron perder las formas.

—Lo único que he hecho es seguir tus instrucciones. Me dijiste que el *collage* tenía que ser una especie de referente visual de mi futuro. Bien, pues aquí está mi futuro en imágenes.

—¿Una bola del mundo con nosotros encima? —pregunté mientras señalaba lo primero que aparecía arriba, a la izquierda. ¿Qué significa? ¿Que deseas que conquistemos el mundo?

—Qué brava eres. Cómo me gusta —musitó mordiéndose los labios.

—Deja de hacer el idiota y sigue. ¿Qué representa?

—Facilito —replicó guiñándome el ojo—. Tú y yo en el mundo. Actuando. Implicados. Comprometidos.

—Me parece fenomenal, pero no sé para qué me metes en el *collage*. Son tus deseos.

—Es que yo quiero estar en el mundo contigo. ¡Es lo que me has pedido! —espetó encogiéndose de hombros.

—Está bien. Continúa por favor... —Y yo, por supuesto, a lo mío, sin parar de comer torrijas.

—He puesto un niño cenando. Me gustaría que ningún niño se quedara sin cenar. Por eso, he colocado al lado un local, porque me gustaría que nuestra iniciativa funcionara, y que cada vez pudiéramos dar de cenar a más chicos.

La torrija se me atravesó. De hecho, tuve que beberme un vaso colmado de agua para poder pasarla por completo.

—Ojalá... —susurré.

—Espero que no te importe que haya puesto también nuestra foto, es que me encantaría compartirlo contigo. Me gustó mucho que te vinieras a repartir

conmigo.

—Y a mí. Fue una experiencia preciosa, que espero repetir muchas veces.

—¿Sí? —preguntó estirando el brazo y colocando la mano sobre mi hombro.

—Sí, pero como amiga. —Y le retiré la mano de mi hombro con una gran sonrisa.

—Todo se andará, Carmunchi... Yo como soy muy obediente y me has pedido que ponga mis deseos, he pegado nuestra foto como amantes.

—¿Tu deseo es que seamos amantes? —repliqué anonadada.

—Quiero que seas mi pareja. Pero como no tengo otra foto, he puesto la de recién orgasmados.

—¿Estás seguro de que es esto lo que deseas?

—¿Tú qué crees? ¡Tú misma te has horrorizado al ver mi *collage*, pero es lo que hay! Sí. Lo deseo. Lo deseo con todas mis fuerzas y me da igual que exista el pamplinas del Cárdenas, o que tú me detestes. Me da igual todo. Te quiero a ti.

—No te detesto, lo que pasa es que estoy con Cárdenas, es una persona que me hace la vida muy fácil, me da mucha tranquilidad y tengo un compromiso en firme con él.

—Tus palabras denotan una pasión y un enamoramiento grandísimos. ¿Pero tú te escuchas cuando hablas de él? Parece que estés hablando de tu robot de cocina: te hace la vida fácil, te da tranquilidad y te da ocho años de garantía.

—No estamos aquí para hablar de mí. Volvamos a tu *collage*... —Y yo a las torrijas porque de repente me entró una ansiedad tremenda.

—Sabes que tengo razón.

—No. No tienes ni idea. Y no me voy a poner a discutir sobre este asunto, continua con el *collage* por favor.

—Lo siguiente es una mesa de despacho sobre un podio que pone uno. Obviamente, significa que deseo seguir siendo el número 1 en lo mío. Sé que va a ser a así, como sé que todo lo anterior lo voy a lograr también... —Y puso los dedos índice y medio de la mano derecha en V para hacer el gesto de victoria.

—¿Ah sí? —pregunté a punto de dar un mordisco a la torrija.

—Con total y absoluta rotundidad te digo: sí. Lo que viene después no estoy tan seguro. Como ves —señaló con el dedo índice la foto de un edificio vetusto—, es la fachada del internado, encima he puesto la luz blanca —la foto era un bombilla— y al lado una oreja —lo ilustraba la foto de la oreja de un chimpancé— y una boca. Espero que algún día pueda hablar y escucharlos en las visualizaciones. Me parece muy complicado, pero el deseo ahí queda.

—¿Y la cafetería que has puesto al lado? —Era una cafetería con mucho encanto, que parecía sacada de Montmartre.

—Es el lugar donde me gustaría reencontrarme con mi madre. Quién sabe si también con mi hermana o hasta con mi padre si es que el cabrón sigue vivo. Es otro deseo.

—¿Y la siguiente foto? ¡Los Von Trapp!

—Con nosotros debajo. Deseo tener una familia contigo. Una familia grande.

—Estás como una cabra... —resoplé, llevándome la mano a la frente.

—También quiero mi casa llena de gente, de abuelos, de tíos, de primos, de sobrinos... y nuestros amigos...

—¿Por eso, has puesto la foto de una manifestación? —pregunté alucinada. Este hombre estaba verdaderamente mal.

—Sí. Quiero mucha gente...

—¿Y esta foto? ¿Un descapotable rosa con una chica sacando las piernas por la ventana? —Nada más formular la pregunta, me arrepentí.

—La chica eres tú, a mí no se me ve porque estoy tumbado dándote un beso y como ves llevas chanclas porque es verano, estamos de vacaciones y no paramos de reír y de tener sexo, del bueno, obviamente, yo no sé practicar otro. Es mi deseo.

Tuve que bajar la vista a las torrijas porque era incapaz de mirarle a los ojos. Sentía además un calor en la cara. ¡Qué bochorno! ¿Por qué me ponía colorada si Santiago no era más que un amigo? Ya lo pensaría después. O no. Mejor no pensarlo y pasar a la siguiente foto:

—Luego, has puesto a Ginger y a Fred.

—Con nosotros debajo, sí: quiero bailar contigo. Es algo que llevo queriendo hacer desde que era niño.

—Bailo fatal.

—Conmigo bailarás bien. Lo sé.

Me arrancó una sonrisa y luego ironicé:

—¿También eres capaz de obrar milagros?

—Ya lo verás... —susurró levantado una ceja, su clásico gesto de seducción.

—Sigue, anda, que tú enseguida te animas...

—Un poco. Pero te molo. Sigo con esto... Después, he puesto *pelis*, libros, el museo del Louvre, un billete de avión con miles de destinos escritos y un cochinitillo. Todo esto —indicó a la vez que trazaba un círculo con el dedo índice sobre el grupo de fotos— también lo quiero contigo.

No hice ningún comentario, ya que no quería dar pie a nada. Así que pasé rápido a la foto contigua:

—¿Iker Casillas levantando la copa del Mundial qué significa? —pregunté arrugando el ceño y esperando que no fuera algo alusivo a nosotros.

—Lo que ves. Que Iker cumpla los cincuenta levantando copas del mundial, eso significa.

—Bien... —Respiré aliviada—. ¿Y Pavarotti? —pregunté ya más relajada y confiada.

—Siempre he querido cantar como él. Oye, si cuela... Y junto a él he puesto a *Miss Universo* —y señaló la foto de una *miss* con el rostro bañando en lágrimas—, porque deseo la paz mundial y al doctor House porque me gustaría que hubiera remedio para todas las enfermedades.

—Creo que ya está todo —concluí después de dar un repaso visual a las fotografías del *collage* y sin dejar de sentir una vergüenza tremenda cada vez que veía nuestro *selfie*—. Bien, pues una vez armado el *collage*, se trata de que lo observes para que desencadene en ti una respuesta emocional que: te va a mover a la acción, te va a ayudar a atraer lo que deseas y te va a recordar que has adquirido un compromiso: el de ser feliz.

—Estoy loco por entrar en acción, lo que pasa es que como no me das bola... todavía.

—Ponlo en un lugar que lo tengas bien a la vista —le pedí ignorándole por completo— y...

Sonó el timbre...

—Un momento, es que espero visita —me explicó frotándose las manos—, el vecino de abajo se ha ido de fin de semana y voy a aprovechar para montar una fiestecita.

—Me voy entonces. Nosotros ya hemos terminado...—Me levanté de la silla, él me cogió por los hombros y me empujó para que me sentara otra vez.

—Tú te quedas. Estás invitada a la fiesta.

—¡Deja que me levante! —me resistí—. ¡Y a mí no me has invitado a nada!

—Quédate. No vas a encontrar otra fiesta mejor en todo Madrid. Perdona, me voy a abrir.

Santiago se marchó corriendo y al momento entraron unas veinte personas.

decidido dar vacaciones a la cordura, coloqué mis manos alrededor de su cuello.

—No sé bailar agarrados —confesé mientras mis pies comenzaban a moverse al ritmo de la música.

—Eso sería antes de que yo diseñara el *collage*...

Su mirada intensa me estaba haciendo sentir demasiadas cosas, pero cuando empezó a cantarme la canción, tuve que respirar hondo porque creí que me mareaba: *How Can I just let you walk away/ Just let you leave without a trace/ When I stand here taking every breath with you/ You' re the only one who really knew me at all.*

—¿Estás bien? —me preguntó sin dejar de mirarme de esa forma que arrebatava mis sentidos, que me hacía perder la razón, la poca que me quedaba.

—Estoy algo mareada por el champán de antes.

—Esta canción dice una gran verdad: *Tú eres la única que me conoció demasiado...* —me susurró al oído y me dio un vuelco al corazón que me mató.

Milagrosamente resucité:

—Yo no sé... —Logré decir.

—Sí que lo sabes.... *And you're coming back to me is against the odds.* — Siguió cantando, susurrándome al oído, y qué bien cantaba, no era Pavarotti pero a mí me estaba derritiendo.

—Santiago yo... —apoyé mi cabeza en su hombro porque no podía resistir más ni su mirada, ni su voz, ni sus manos aferradas a mis caderas.

—*Tú regreso hacia mí es contra viento y marea.* Eso dice la canción y así será...

Me estrechó más fuerte y fue mi perdición. Me arrepentí de haber apoyado mi cabeza en su hombro, porque sentía su calor, percibía su aroma, su

maravilloso aroma amaderado, con el que era imposible no evocar la noche aquella que pasamos juntos, le sentía con tanta fuerza que tuve que separarme, sin embargo él levantó mi barbilla para que volviera a sentir el tormento de su mirada.

—¿Cómo dejarte ir? ¿Cómo puedes alejarte de mí? —me preguntó con los ojos brillantes.

—Es solo la letra de una canción —musité temblando.

—Respóndeme, Carmen —me exigió retirándome un mechón de pelo de mi rostro.

—Tú sabes que no puedo —suspiré desesperada.

Yo también sabía que no podía, pero mi cuerpo estaba pidiendo a gritos otra cosa. Deseaba sentir su piel sobre la mía, sus besos, sus caricias, la animalidad de su cuerpo sobre el mío, como me había dicho aquella noche.

—*You're coming back to me is against the odds/That's a chance I gotta take* —siguió cantando y yo tuve que cerrar los ojos porque no pude resistir más su mirada.

—Santiago no me hagas esto, por favor —le supliqué con un nudo en la garganta, mientras mis pies seguían el ritmo de la música y mi cuerpo se estremecía entre sus brazos.

—Relájate. Tienes un mes para hacerme feliz, esa es la razón por la que estás aquí. Va todo sobre ruedas. Estoy sanando mis heridas, sé lo que deseo y estoy luchando por ello.

Abrí los ojos y, girando el rostro para evitar su mirada, le avisé:

—Estamos yendo demasiado lejos.

Santiago tomó con un dedo mi barbilla, me obligó a girar el rostro, a que me enfrentara de nuevo a su mirada.

—Todavía no... —susurró comenzando con el dedo índice a acariciar mis labios.

—Por favor... —le rogué con un hilillo de voz.

—*That's the chance I gotta take...*

Cerré los ojos porque sabía que Santiago, como decía la canción, iba a aprovechar la oportunidad. Él no tenía nada que perder pero yo...

Cuando ya sentía el fuego de sus labios rozando los míos, recuperé de golpe la cordura. Tenía una pareja, tenía un compromiso previo, así que el baile tenía que concluir si no quería que las cosas se complicaran demasiado.

Le di un beso rápido en la mejilla y me despedí con los ojos llenos de lágrimas:

—Me tengo que ir, gracias por esta noche tan hermosa.

—Puede ser más hermosa todavía, ¿qué debo hacer para que no te marches? —me preguntó acariciando mi mejilla.

—Tengo que irme.

Y salí a toda prisa de la terraza, antes de que la sensatez volviera a abandonarme y pudiera hacer algo de lo que con seguridad iba a arrepentirme al día siguiente.

Era lo mejor. Mi sitio estaba junto a Cárdenas, mi sitio estaba junto a Cárdenas, mi sitio estaba junto a Cárdenas. Me lo repetí mil veces, aunque no estuviera demasiado convencida de lo que decía, mientras abandonaba la casa donde había sido feliz, por un rato, como hacía mucho tiempo que no lo era.

Los siguientes días no pude de dejar de dar vueltas a lo sucedido. Era más que obvio, que la situación se me estaba yendo de las manos. Para mí era un peligro estar al lado de Santiago. Era innegable que sentía una gran atracción, mucho más fuerte que la que sentía hacía Cárdenas, pero una relación no se sostiene solo con deseo, se necesitan muchos más ingredientes y en eso ganaba por goleada Cárdenas. Aunque Santiago se burlara de mí, con Enrique todo era sencillo y agradable, la vida ya de por sí tenía demasiadas complicaciones como para elegir de compañero de viaje a uno lleno de

rarezas y traumas.

No obstante, en honor a la verdad tengo que decir que en lo que respecta a los traumas, la cosa fue mejorando...

Y es que el miércoles siguiente, hasta ese día no había vuelto a recibir noticias tuyas, me escribió al privado del Facebook para hablarme precisamente sobre ese asunto:

Santiago Alcaraz: Llevo desde el sábado buscando tu zapato...

Isabelle Mai: ¿Qué?

Santiago Alcaraz: Como huiste de la fiesta como la Cenicienta...

Isabelle Mai: Tenía que irme. Era lo más sensato.

Santiago Alcaraz: Es irremisible, por mucho que huyas: va a acabar sucediendo, está en el *collage*...

Isabelle Mai: Son tus deseos no los míos.

Santiago Alcaraz: Ese *collage* es mágico. ¿A que no sabes con quién he tomado un café hoy?

Isabelle Mai: Ni idea.

Santiago Alcaraz: ¡Con mi madre!

Isabelle Mai: ¡Me estás mintiendo! No me lo creo...

Santiago Alcaraz: Ni yo tampoco. ¡Y ha sido tan sencillo! Anoche me dijo que venía a Madrid a unos asuntos y que se alojaba en el hotel Convención. Yo le comenté que qué casualidad que tenía una cita allí con un cliente. Ella me propuso vernos y yo, como quiero que se cumpla todo lo que he puesto en el mapa de mis deseos, he aceptado...

Isabelle Mai: ¿Y qué tal?

Santiago Alcaraz: Muy bien. Nos hemos tomado un café. Le he hablado un poco de mi trabajo, ella me ha hablado de su vida, pero la mayor parte del tiempo le he hablado de ti. Le he contado que estoy feliz, enamorado y loco por tenerte en mi cama.

Isabelle Mai: ¡Calla por Dios! Deja de decir estupideces.

Santiago Alcaraz: No son estupideces, son mis deseos. Oye y ya tengo local. He encontrado uno estupendo grandecito, reformado y bien situado.

Isabelle Mai: ¡Me alegro mucho! Entonces, ya eres feliz...

Santiago Alcaraz: No lo suficiente como para que mi abuela te deje de dar la brasa. No te hagas ilusiones. Me faltas tú.

Isabelle Mai: No te hago ninguna falta. En serio, yo te noto mucho más feliz.

Santiago Alcaraz: Porque estás en mi vida.

Isabelle Mai: Creo que estás mejorando bastante, no estás tan resentido ni tan amargado como el día que nos reencontramos en Nochevieja.

Santiago Alcaraz: Reconozco que voy avanzado pero todavía me queda...

Isabelle Mai: Estás listo para la siguiente fase, ¿el viernes por la tarde puedo ir a tu despacho?

Santiago Alcaraz: Sí, claro. Nos vemos allí entonces...

Su oficina estaba ubicada en la segunda planta de un edificio muy elegante de la calle Alfonso XIII. Una recepcionista *punky* y muy simpática, me pidió que esperara en una sala bastante acogedora para ser un despacho de abogados, en la que al rato apareció una señora de unos setenta años, menuda, con traje de chaqueta negro y un collar de perlas, que se presentó sonriente:

—Soy Elpidia, la secretaria de Santiago desde que terminó la carrera.

—Encantada. Soy Carmen, una amiga...

Y ya no volví a pronunciar una palabra más ante su presencia, porque la señora cogió el turbo y no me dejó meter baza:

—Sé quién eres. Ya sé que tú no sabes nada sobre mí, se lo tengo prohibido. Soy una obsesa de la discreción —confesó palpando las perlas de su collar—. Santiago está reunido con una familia que tiene muchos

problemas, a ver si logramos que no pierdan su casa, pero está complicado. Es una auténtica causa perdida de las que le gustan a él. Y las gana todas. Se pasa en este despacho muchísimas horas, es muy bueno en lo suyo y muy buena persona. Ha ayudado a muchísima gente. Admiro mucho a Santiago, es un gran hombre que solo se merece que le pasen cosas buenas. Por eso, y te ruego que me disculpes el atrevimiento, voy a aconsejarte que dejes plantado a Cárdenas y hagas feliz a ese hombre que hay ahí dentro —señaló la pared que estaba detrás de mí—, al que quiero como a un hijo. No te arrepentirás, te lo garantizo. Yo le tengo muy bien tomada la medida, puedes confiar en mí, que ya sabré encauzarle por la buena senda cuando lleguen las típicas discusiones de pareja. Quédate con él. Elígelo. Es una apuesta segura. Y ahora si me dispensas, me marcho que tengo trabajo por terminar...

Cuando todavía no me había dado ni tiempo para asimilar la cantidad de información que me había facilitado Elpidia, apareció en la sala Santiago, que estaba más guapo que nunca. Ya sé que no me tenía que fijar en ese pequeño detalle, pero es que saltaba a la vista.

—Gracias por venir, Carmen... —Me dio dos besos en las mejillas mientras me cogía fuertemente por los hombros.

—He conocido a Elpidia y todavía estoy en *shock*. Es la fanática de la discreción más extraña que he visto en mi vida.

—La adoro. Y es una mujer muy inteligente a la que le encanta dar consejos. Y muy buenos. Hazle caso, nunca falla.

Preferí obviar el asunto de los consejos por razones más que evidentes:

—Habla maravillas de ti. Yo te tenía por un abogado defensor de malvados y resulta que eres todo lo contrario...

—Los cabrones del internado son los que tienen la culpa, cabrones bajo un chorro de luz blanca, por supuesto, me prometí a mí mismo que cuando saliera de allí, me dedicaría a luchar contra las injusticias, y eso es lo que

hago, me apasiona además. Vivo consagrado a mi trabajo y soy muy feliz...

—¿Feliz? —solté deseando que así fuera.

—Feliz en el ámbito profesional, solamente. No te hagas ilusiones, querida, que ya te estoy viendo venir.

—Para eso estoy aquí. Necesito que entremos en tu despacho...

—Perfecto. Me hace mucha ilusión que lo conozcas. Acompáñame, por favor...

Le seguí hasta su despacho, espacioso, con tres ventanales enormes, repleto de estanterías con miles de libros, una mesa de nogal invadida por infinidad de carpetas, dosieres y papeles, sillones de cuero, dibujos de niños colgados de las paredes y...

—¿Te has fijado en esto? —me preguntó Santiago, señalando el *collage* que tenía pegado en la pared con papel celo y que se veía perfectamente desde su mesa.

—¡Qué vergüenza! ¡Está a la vista de tus clientes!

—¡Les encanta! Les parece muy gracioso.

—No quiero saber nada. Vayamos al grano. Para que por fin termines de ser completamente feliz, vamos a pedir ayuda al universo espiritual.

—¡Refuerzos! ¡Genial! Me parece una idea buenísima.

—Te cuento, vas a incorporar un ritual que te reafirme en el compromiso que has adquirido y que te conecte con el universo espiritual.

—¿En qué consiste?

—Vamos a crear un altar de la felicidad. ¿Tienes alguna mesita auxiliar donde podamos hacerlo?

Santiago se fue a una de las estanterías, cogió cuatro libros gordísimos y los apiló uno sobre otro en una esquina junto a su mesa.

—De momento, hasta que me haga con la mesita, esto nos sirve.

—Está bien. Se trata de crear un espacio en el que puedas conectarte con

esas energías que te van a ayudar a cumplir tus propósitos. En el altar hay que colocar objetos o fotos alusivas a lo que quieres conseguir...

Santiago cogió un retrato que tenía sobre su mesa y que yo no podía ver porque estaba del revés y lo colocó sobre la pila de libros.

—Ya está —me dijo guiñándome el ojo.

—¿Ahí también vas a poner la foto del *selfie*?

—Te lo repito: no tengo otra. ¡Es la mejor de la tanda que nos hice! Ahora cuando termines de contarme esto, si quieres nos hacemos una foto.

—Ni lo sueñes. Sigo con lo mío. Además de las fotos y los objetos, te he traído unas piedras para que te protejan y te ayuden... —Metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta y saqué tres piedras—: un cuarzo transparente, una turquesa y un cuarzo rosa. Toma...

—¡Me encantan! ¡Muchas gracias! —Santiago tomó las piedras y las colocó en el altarcillo.

—También te recomiendo que pongas flores, la begonia, por ejemplo, que aporta equilibrio, también puedes quemar aceites, como el neroli, que he leído que se usa para sanar al niño herido que habita dentro de nosotros. Y luego, están los clásicos, así que te he traído unas estampitas de San Judas Tadeo, de Santa Gema y de Santa Lucía, la patrona de nuestro pueblo.

Abrí el bolso donde tenía guardadas las estampitas...

—Ponlas también...—Se las entregué.

—¡Trae para acá! Que toda la ayuda es poca.

—La idea es que con el templo de la felicidad estás mostrando al universo que tienes un compromiso y al hacerlo, las energías vendrán en tu ayuda.

—De maravilla. Muchas gracias.

—Con esto hemos terminado. Se supone que solo hay que tener un poco de paciencia y sucederá. —Y dicho esto, mis tripas rugieron.

—¿Has cenado?

—No.

—Te invito. Qué menos después de lo que estás haciendo por mí.

—De verdad. No hace falta. Estoy cansada...

—No será más de media hora. Nos vamos a un sitio que conozco que está aquí al lado...

Acepté, como es tan pesado, acepté. Acepté para ir a cenar esa noche y unas cuantas más, también en los días sucesivos fuimos al cine, le acompañé en los repartos, conocí el local nuevo, y le ayudé a plantar begonias en la terraza de su casa.

Durante este tiempo, Santiago se comportó como debía y no volvió a intentar besarme, ni a cogerme de la mano, ni nada de nada. Éramos solo amigos y era una auténtica mierda. Extrañaba sus besos, sus caricias, sus palabras de amor y sus tonterías varias. Acudía a cada cita con la esperanza de que me propusiera algo deshonesto y sucio, y con el paso de los días, cada vez más sucio y más deshonesto. Pero eso, para mi desgracia, no ocurrió.

Y como quien no quiere la cosa el mes de marzo se nos fue...

Un día antes de que regresara Cárdenas de Perú, Santiago me invitó a su casa a comer y cuando ya estaba con el postre, un arroz con leche que le había salido idéntico a los de mi abuela, puso su mano sobre la mía y susurró:

—Tengo que decirte algo.

Sentir su mano sobre la mía, me revolucionó por dentro. Sentí una alegría infinita imposible de disimular. Sin embargo, y a pesar de que sabía muy bien a lo que se refería, preferí responder una memez:

—El arroz con leche no lo has hecho tú...

Deseé con todo mi corazón que me pidiera que nos echáramos la siesta y que no me fuera hasta al día siguiente, pero me supo a poco, a muy poco. Entonces, cambié mi deseo, cerré los ojos y supliqué al universo con todo mi corazón que ese incordio de hombre, insoportable y molesto como él solo, me

pidiera que no me marchara, porque ese era mi sitio, a su lado, siempre juntos, por siempre jamás.

Si me lo hubiera pedido, si esas palabras hubiesen llegado a salir de su boca ardientes, dulces y amorosas, sin duda, habría dicho que sí. Si bien, cuando abrí los ojos, lo que tuve escuchar fue:

—Es la Ramírez —explicó apartando su mano de la mía, para mi pena—. Ha roto con el gordo y dice que quiere que lo intentemos otra vez. Yo de tanto meterla debajo del chorro de luz ya no la guardo rencor. Y no sé... Lo he estado meditando mucho estos días y creo que lo voy a intentar, es lo mejor para todos. Tú podrás librarte de las apariciones de mi abuela y ser feliz con tu chico, y yo... yo lo voy a intentar.

Podría escribir que sus palabras cayeron en mí como un jarro de agua fría, pero estaría mintiendo: sus palabras me dejaron petrificada.

Me quedé estupefacta, pasmada, muerta... con la cucharilla repleta de arroz con leche en ristre y mi corazón hecho pedazos. No podía ser. Tenía que ser una broma. ¡Había hecho un *collage* y nuestro *selfie* estaba por todas partes! ¡Nos tenía en el altarcillo de su despacho! ¡Qué despropósito! ¿Qué hacía volviendo con la Ramírez? ¿Cómo podía aceptar de buen grado ser un plato de segunda? Además ¡me amaba a mí!

“Esto tiene que ser una broma”, no paraba de repetirme a mí misma. Un teatrillo en el que en breve se cerraría el telón y regresaríamos a lo de siempre. Y lo de siempre consistía en que era yo era la elegida, que yo y solo yo podía hacer feliz a Santiago y viceversa.

Sin embargo, el telón no cayó. Al contrario, la función siguió adelante:

—¡Por fin te libras de mí! —exclamó ajeno a mi tragedia—. Te agradezco muchísimo lo que has hecho por mí. Me has enseñado la importancia del perdón, me has hecho estar en paz conmigo mismo y emprender el proceso para estarlo también con los demás. Te voy a estar de por vida agradecido y

por supuesto sabes que tienes en mí un amigo para siempre.

¿Amigo? Esa palabra me cayó encima como una bomba atómica. Me sentí desolada, devastada por dentro, apenas me salían las palabras:

—Yo... —balbuceé con los ojos llenos de lágrimas.

Santiago apretó muy cariñoso mi mano, como si me estuviera dando el pésame y la verdad que la situación requería de sus condolencias, porque estaba muerta de la pena.

—Este mes ha sido muy intenso y no lo voy a olvidar jamás —confesó con los ojos llenos de lágrimas.

—Ni yo... —No pude más y dos lagrimones cayeron por mi rostro.

Santiago retiró mis lágrimas con sus dedos, con mucho cuidado, sutil, amoroso, tierno, y más y más lágrimas brotaron de mis ojos.

—No llores... Si vamos a quedar mucho. ¿La semana que viene quedamos los cuatro para comer? ¿Quieres?

¡Lo que quería lo tenía delante de mí! ¡Jamás había tenido una certeza tan grande! ¿Es que no podía leerlo en mis ojos? ¿Cómo podía estar haciéndome esto? ¡Volver con la Ramírez! ¡Qué locura! ¿Acaso no percibía en las lágrimas que morían en sus dedos lo que sentía mi corazón? Tanto amor, tanto deseo, tanta locura, tanta alegría, tanta complicidad... ¿Cómo no podía escuchar lo que mi corazón estaba gritándole?

—Ya veremos... —musité sin poder disimular mi enojo.

—Nos lo vamos a pasar muy bien. Incluso podemos pasar las vacaciones juntos.

No respondí nada. Preferí terminarme el arroz con leche para ver si así lograba arrastrar la pena y la decepción hacía algún lugar de mi corazón donde no me dolería tanto. Pero lo acabé y seguía ahí, haciéndome cada vez más daño...

Y para colmo, al día siguiente tuve que reencontrarme con Cárdenas en la

oficina. Primero fue en un pasillo, donde nos dimos un beso rápido en la mejilla y luego en el comedor de la empresa, en el primer turno:

—¡Qué delicia volver a la rutina! —comentó mientras se relamía con una insípida crema de calabaza.

—¿Echabas de menos la oficina? —pregunté echando sal a la crema.

—Sí, pero sobre todo a ti. Tengo ganas de contarte tantas cosas, ha sido una experiencia magnífica, pero te he echado mucho de menos. Estaba loco por regresar...

Yo la verdad es que le había extrañado un poco los primeros días, pero después no hacía otra cosa más que desear que el mes de marzo no acabara nunca.

—¿Qué tal te ha ido con el proyecto? —inquirí porque decidí que no era el momento, ni el lugar para ser sincera. Y menos con una persona que era adicta a los compartimentos estancos.

—De maravilla. Con el de empresa muy bien, me he encontrado con un equipo de gente muy profesional, con muchas ganas de aprender y de hacer las cosas bien, así que ha ido como la seda. Y en lo que respecta a mi pequeño proyecto estoy muy satisfecho, ya están trabajando con el material que les llevé y hemos hecho algo muy bonito. Son estas cosas que me gustan a mí y que como están hechas con el corazón, llegan... —Sacó el móvil para mostrarme algo—. Mira...

Era un video montando con unos niños que tocaban con diferentes instrumentos el *Himno de la Alegría*, primero empezaba uno, seguía otro, después otro...

—¿Son los niños de la escuela?

—Sí. Es un video que he montado yo, tenías que haberlos visto... ¡se volvían locos de verse en el YouTube!

—¡Qué gracioso este! —dije refiriéndome a un niño que tocaba un

xilófono con la lengua fuera—. ¿Cómo se llama?

—Ni idea. Eran cincuenta y la madre. ¡Cómo para memorizar los nombres! Lo importante es el resultado, lo que han aprendido, que son todos importantes, y que primero hay que creer y después hay que hacer. Con este video he puesto una semilla para que de ahí salga una gran orquesta de referencia en la zona. Pequeños gestos cambian el mundo. Y yo me siento tan orgulloso de lo que hemos hecho...

¿Cómo iban a aprender que todos eran importantes si no había tenido la consideración de aprenderse un solo nombre? ¿Cómo podía pensar que por montar un video con unos niños tocando cada uno por su cuenta el *Himno de la Alegría* acababa de sentar las bases de la gran orquesta del Perú?

Me pareció tan cretino, tan vanidoso, tan superficial, tan estúpido, tan ridículo... Quizás estaba siendo injusta y no se merecía los adjetivos, quizá solo se había ganado a conciencia el último, pero por si tenía alguna duda, lo que estaba claro era que esas calificaciones no eran propias de una enamorada a enamorado. No me costaba nada reconocerlo: no estaba enamorada de él. Y como tampoco tenía mucho sentido hacerlo más largo, opté por decirle ahí mismo lo que pensaba, a pesar de que él fuera amante de la separación de los espacios.

—Me alegro mucho de que estés tan orgulloso. Yo, en cambio, no tengo buenas noticias...

—¿Ha pasado algo en tu departamento? —me preguntó con máxima curiosidad.

—No, en el trabajo todo bien. Es sobre nosotros...

—Eso mejor el viernes, Carmen, ya sabes que no me gusta mezclar las cosas.

—Es que no va a haber más viernes. He reflexionado durante esta tregua y me he dado cuenta de que lo que me impide fluir eres tú.

—¿Qué dices, Carmen? —replicó bajando la voz—. ¡Ten un poco de sensatez, por caridad! Te dije que reflexionaras para que concluyeras que necesitábamos un mayor compromiso, emocional, espiritual y sexual. No te di una tregua para esto.

—Pues mira por dónde, yo he llegado a otra conclusión.

—Tenemos que hablar, pero no aquí. El viernes nos vamos a un restaurante que conozco, te cuento lo de mi viaje a Perú, que tengo mucho que contarte de sus maravillas, su gastronomía, su gente... Y luego, me explicas la neura esta que te ha entrado y que se te pasará. Lo nuestro es serio, es sólido y duradero. No hay más. Entiendo que te hayas sentido sola durante este tiempo, pero ya estoy aquí.

—No me he sentido sola. Me he sentido fenomenal. Y de verdad que lo lamento pero no estoy enamorada de ti.

—¡No sé qué bicho te ha picado! Te creía más inteligente... Ya eres mayorcita para ir dejando pasar trenes, y yo no soy un tren cualquiera. ¡Espabila!

Cogí mi bandeja, me puse de pie y le espeté:

—Porque espabilo no solo dejo pasar este tren sino que me prometo a mí misma que jamás me volveré a subir en uno como este.

Me largué del comedor saboreando mi victoria y el viernes me fui a celebrarlo con Sol y Leo a Joy Eslava, una discoteca mítica de Madrid, con el mejor sonido y un gran espectáculo a base de *dj's* y *gogós* que actuaban durante toda la noche.

Cuando estábamos en la barra, con nuestras copas alzadas a punto de brindar, un grupo de ocho italianos nos empezó a dar la brasa. Querían saber qué celebrábamos y unirse a nosotras, por supuesto:

—La muerte de mi marido —explicó Sol hablando muy despacio para que la entendieran—, hoy le acabamos de desconectar de la máquina.

Parece que la entendieron porque los italianos salieron por piernas y al fin pudimos brindar tan ricamente:

—Brindemos por el bicho que te picó y que hizo que te dieras cuenta de que Cárdenas era un tren del terror de barraca de feria —habló Sol, levantando su copa.

—Brindo por el armadillo que dio su vida para que te coscaras de la insensibilidad del Capitán *Squirt*. —Leo hizo su brindis conteniendo la carcajada.

—Yo brindo por los períodos de reflexión que te libran de la tragedia —dije eufórica.

Chocamos nuestras copas, entre risas, bebimos y luego Sol me preguntó:

—¿Por qué no te tiras de una vez al tío bueno de los traumas? Si además a ti te mola, cuando hablas de él te brillan los ojos...

—Va a volver con su mujer —confesé sin poder disimular mi pena.

—¿Ya no la odia? —preguntó Leo, a la vez que agitaba su copa en el aire.

—Yo le he enseñado el poder del perdón...

—A ver, ¿tú eres idiota o qué? ¿Para qué haces eso? —me regañó Sol meneando la cabeza.

—Tú lo has dicho porque soy idiota —contesté dejando vagar la mirada por la pista y entonces, la vi...

Junto a un grupo de japonesas que bailaban sin muchas ganas, estaba dando brincos una dama vestida con un traje de chaqueta blanco de Chanel que era idéntica a Orosia.

—Creo que he visto a una vieja amiga. Voy a saludarla... —les informé a mis amigas.

Me fui hasta la pista de baile, avancé metiendo codos y soportando pisotones, y cuando llegué al centro de la pista, la dama que estaba de espaldas en ese instante, de súbito, se dio la vuelta.

—Orosia ¿qué hace aquí si Santiago es feliz? ¡Hicimos un pacto!

—Es que no es feliz —replicó encogiéndose de hombros.

Saber que no era feliz, me dio tal subidón que di un grito de alegría y apreté los puños en señal de victoria como si acabara de ganar algo muy importante.

—Orosia cuánto me alegro de verla, ¿sabe que he dejado a Cárdenas?

—Te he visto brindar antes... ¡Felicidades! —exclamó con una sonrisa enorme.

—Tenía razón, en todo. Me gusta su nieto, le quiero, nos necesitamos y podemos ser muy felices juntos. Tiene que ayudarme Orosia...

—Antes debo de pedirte perdón...

Capítulo 8

Nos fuimos al cuarto de baño a hablar, solo tuvimos que esperar un poco a que se fueran unas alemanas borrachas, y entonces, muy angustiada, sin parar de jugar con las cuentas de su collar de perlas y de hacer gestos extraños con su boca, Orosia me confesó:

—Santiago no está con la Ramírez. Ha sido un invento mío.

—¿Qué? —No podía creer lo que estaba escuchando.

—Como las últimas dos semanas la cosa estaba tan paradita, se me ocurrió dar un giro inesperado a la trama con la reconciliación de mi nieto con la Ramírez. Pensé que te haría reaccionar y dejar al ridículo de Cárdenas, como así ha sido.

Me quedé estupefacta. No entendía nada y ya era hora de empezar a atar cabos, con esta familia de tramposos y manipuladores:

—¿Usted es la guionista y su nieto el actor puede verla como yo?

—¿Quién te crees que ha hecho las migas o el cochinitillo? Hija, lo que no sé es cómo no te has dado cuenta antes. ¿Cómo un tío como mi nieto va a hacer un arroz con leche como el de una abuela? —me preguntó Orosia partida de risa.

—¡Yo que sé! —repuse muy enfadada—. ¿Y estas dos últimas semanas ha estado paradito porque usted se lo había escrito en el guión?

—Eso ha sido cosa de Eduardo...

—¿Qué Eduardo? ¿Mi tío abuelo? —repliqué sintiéndome idiota total.

—Claro. Es un actor consumado. ¡Cómo fingió en Nochebuena que no me veía! Jajajajajaja. Y Santiaguín también lo hizo de Oscar.

—Oiga ¿usted no estará viva y se están riendo todos de mí? —Entre todos iban a volverme loca.

—No. Solo me pueden ver Eduardo y Santiago, y desde Navidad tú también. Hice un pacto con ellos hace unos años. Verás —explicó, coqueta, comprobando que su moño estaba en su sitio—, cuando murió mi marido me quedé muy sola y muy triste. No quería vivir, de hecho el día que me dirigía con una soga al árbol donde tenía pensado colgarme, apareció Eduardo que venía de dar un paseo y me salvó. Nos conocíamos del pueblo, pero nunca habíamos tenido una conversación de verdad. Y ese día la tuvimos, él se llevó la soga a su casa y comenzamos con una amistad que derivó en amor del de verdad, del auténtico.

—Por eso, Eduardo se pasaba las tardes en vuestra casa...

—Nunca quise hacerlo público hasta que pasara un tiempo, cosas de antigua, no sé, el caso es que cuando pasaron unos años y consideré que había llegado el momento, la palmé. ¡Menuda faena! Tenía tantas cosas pendientes, además les había jurado a Eduardo y al niño, a Santiaguín, que jamás iba a dejarles solos. ¡Y yo siempre cumplo mis promesas! ¡La que lié allí arriba! Removí todo lo que había que remover, supliqué, pataleé, me rebelé, luché y al fin me dieron la autorización. Si vieras el susto que se llevó Santiago cuando me vio sentada en la cama de su internado burgalés o la cara de Eduardo cuando aparecí de pronto en su cocina con unos churros en la mano. ¡Qué risa!

—Ya veo, se lo ha debido pasar muy bien a mi costa. Imagino las risas de ustedes tres mientras contaba mis encuentros con Cárdenas... —bufé, me sentía como un títere en manos de estos tres liantes.

—Tirados por los suelos. Pero no te enfades, niña, que ha sido por una buena causa. Eduardo y yo os queremos muchísimo, a él se le partía el corazón al verte sufrir por culpa del amante aquel que te echaste y yo me moría de pena por ver a mi Santiago sufrir por la Ramírez. Entonces, una noche, cenando se me ocurrió ¿y si los juntamos? Hacéis una pareja tan

bonita y sois tal para cual. Además, Santiago ha estado enamorado de ti desde siempre. Por eso, cuando le conté el plan le pareció perfecto. De hecho, para él fue un acicate tremendo, una bonita motivación, que le hizo venirse arriba.

—Ahora entiendo muchas cosas, como por qué Eduardo insistía tanto en que escribiera a Santiago al internado... Pero no entiendo otras tantas como por ejemplo por qué nadie contó conmigo para nada.

—Porque sabíamos que ibas a negarte en rotundo. Si Eduardo te hubiera propuesto una cita a ciegas con Santiago ¿qué habrías dicho?

—No, por supuesto. Tienen razón. Y otra cosa... ¿A quién se le ocurrió lo de la botella de champán? —Una sonrisa se me escapó, no pude evitar a pesar del enfado que tenía, sentir una suerte de ternura hacía esos tres guionistas malos.

—Estuvimos barajando muchas situaciones, pero la de la botella de champán fue la que más nos gustó a los tres. Se le ocurrió a Santiago, estaba convencido de que no te ibas a negar y le parecía muy divertido que vuestro reencuentro fuera con él metido bajo ocho mantas.

—¡Qué panda de teatreros! —protesté furiosa, pero sin dejar de sentir ternura, cada vez más. Los quería demasiado... a los tres.

—¡Qué bien se metió Santiago en su papel el día de Nochebuena! ¡La de burradas que llegó a decir! Y Eduardo también lo bordó...

—No le costó nada, Santiago es así —objeté.

—Sí, bueno es así. Las dos últimas Navidades se las pasó metido en la cama. Y lo que dijo aquella noche lo sentía de verdad. Estaba muy tocado. Lo ha pasado muy mal, su vida no ha sido fácil y eso que he estado siempre a su lado. Pero tú le has cambiado la vida, la pena es que salieras huyendo el día de Nochebuena...

—Estaba convencida de que era lo mejor... ¡No tenía toda la información! ¡Si me hubieran pasado el guión...!

—Estábamos desesperados. El guión se nos había ido de las manos, no se nos ocurría nada para que volvierais a reencontraros y para colmo de males apareció el petardo de Cárdenas.

—Pero usted a saboteadora no le gana nadie —repuse conteniendo la risa.

—Tenías que haberme visto contando la peripecia a los chicos. ¡Se meaban de la risa!

—¡Qué bien se lo ha pasado a mi costa! Es que hasta me los imagino comiendo palomitas...

—¡Y tanto! Nos lo hemos pasado teta.

—¡Qué bonito! —exclamé fingiendo más enfado del que realmente tenía.

—Menos mal que se fue a Perú a hacer el canelo y recuperamos el tiempo perdido. Fue una idea genial que tú y yo hiciéramos el pacto porque lo que has logrado con mi nieto para que aprenda a perdonar ha sido de lo más hermoso.

—Yo solo quería librarme de usted, pero al final...

—Te has enamorado hasta las trancas de mi nieto...

—Sí —susurré mordiéndome los labios.

—¿Podrás perdonarme algún día? —me preguntó compungida.

Me acerqué a ella, le di un abrazo enorme y dije emocionada:

—No hay nada que deba perdonarle, al contrario, gracias a que ha sido una gran celestina me he enamorado del hombre más insoportablemente maravilloso.

—He enredado un poco, pero es que sabía que merecía la pena.

—Claro que sí, Orosia.

—No pierdas más tiempo —habló cogiéndome por los hombros y mirándome a los ojos amorosa—. Vete con Santiago, está en casa muerto de los nervios. Lleva días sin apenas comer y estando tan flojo solo se le ocurre ir a donar sangre. Ha montado una en el hospital, se ha desvanecido... Un

número.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, era solo que estaba débil. Y muy ansioso, no confiaba demasiado en que este último giro de la trama fuera a funcionar.

—¿Pensaba que iba a quedarme con Cárdenas?

—No, para nada. Lo que teme es que sientas que hemos jugado contigo, te enfades y no quieras verle nunca más.

—¡Es que habéis jugado conmigo de lo lindo!

—Solo lo justo y necesario. ¿No le vas a dejar, verdad? —quiso saber Orosia a modo de súplica.

—No puedo. Ya no. Le amo demasiado...

Orosia entonces me empujó hacia la puerta mientras decía:

—No se hable más, cógete un taxi y dile que te lleve lo antes posible con él.

Antes de irme, me di la vuelta y le pregunté a Orosia con el corazón encogido por temor a que fuera la última vez que la veía:

—¿Volveré a verla?

—Sí, claro. Yo hice la promesa aquella en su día y por aquí seguiré de fantasma. Vete tranquila que nos volveremos a ver —me reconfortó haciéndome un gesto con la mano para que me marchara.

La abracé de nuevo y, sin poder contener las lágrimas, hablé:

—Gracias por lo que ha hecho. No deje nunca de velar por nosotros. ¿Me lo promete?

—¿De verdad hace falta que lo prometa? —preguntó Orosia y yo asentí con la cabeza—. Siempre estoy velando por vosotros y no voy a dejar de hacerlo nunca, lo prometo.

—Gracias...

Le di un beso enorme y me marché de la discoteca rauda y veloz. Desde el

taxi escribí a mis amigas al WhatsApp para comunicarles que me iba con Santiago, sin contarles toda la verdad, obviamente:

Yo: Chicas, me he tenido que marchar porque resulta que el tío bueno de los traumas no va a volver con su ex. Falsa alarma.

Sol: ¿Qué pasa que la odia? El odio es un sentimiento muy potente, chata.

Yo: No. No la odia. Por lo visto es que me quiere a mí, me lo ha chivado la vieja amiga con la que me encontrado.

Leo: ¿Y qué vas, a encontrarte con él?

Sol: Oye, a ver si la vieja amiga es una enredabales, llegas allí y te encuentras con la tostada de que están los dos juntos.

Yo: No. Es una vieja amiga de fiar. Me ha dicho que está enamorado de mí.

Leo: ¿Y tú estás enamorada de él?

Sol: Cuando va en un taxi a su encuentro, digo yo que debe estarlo.

Yo: Sí, chicas, sí. Estoy enamorada de él.

Sol: Si es que va tanto el cántaro a la fuente... Ya te decía yo que se empieza dando vidilla y se termina haciendo el boca a boca.

Yo: No sé cómo ha pasado. No tengo idea. No puedo explicármelo, ni racionalizarlo, me desborda.

Leo: Sucede y ya está. No hay que pensar nada, solo sentirlo. Lo que no entiendo es por qué te has tenido que enterar de que te ama por tu vieja amiga.

Yo: Él me mintió. Me contó que había vuelto con la ex para que reaccionara, me diera cuenta de lo que sentía por él y dejara a Cárdenas.

Sol: Intrigante, manipulador y audaz. ¡Me gusta este chico!

Leo: Ha arriesgado demasiado. Le podía haber salido el tiro por la culata.

Sol: Pero ha salido a pedir de boca. Carmen se ha encontrado con la vieja amiga, le ha dicho la verdad y va en un taxi de camino a sus brazos.

Leo: ¿Y si no llega a encontrarse con la amiga? Carmen seguiría creyendo que están juntos y a lo mejor hubieran pasado años sin llamarse.

Sol: ¿Años? ¿Qué dices? Como mucho una semana, si este tío tiene que estar loco por contarle la verdad.

Yo: La vieja amiga me ha dicho que está preocupado. Teme que esté enfadada por haberme mentido...

Leo: ¿Y lo estás?

Yo: Lo justo, me tomaré mi pequeña revancha y se me pasará.

Sol: Jijijiji. Sé un poco mala, seguro que le pone...

Pues sí, fui un poco mala...

Solo tuve que esperar dos segundos para que Santiago abriera la puerta de su casa y cayera de rodillas ante mí.

—Tú que me has enseñado el valor del perdón, te ruego que te apiades de mí.

No lo hice. Le aparté y me fui derecha a la terraza donde me tumbé en el sofá y me tapé con la manta de Orosia. Él hizo lo mismo en el otro sofá y clavó la vista en las estrellas, demasiadas cuando se tienen que ajustar unas cuantas cuentas pendientes con el que hombre al que amas.

Me entraron unas ganas tremendas de dejar lo que tenía que decirle para otro día y saltar a sus brazos, pero me obligué a hacer un repaso rápido a lo que me había hecho en los últimos tiempos, que me dio las fuerzas y razones suficientes para quedarme donde estaba y reprocharle:

—Vengo de hablar con tu abuela. Me lo ha contado todo. ¡Me tenéis contenta!

—¿Ha ido a buscarte? Yo no le he dicho nada. Estoy desesperado. No sabía qué hacer para explicarte y que entendieras que...

—Te lo tuviste que pasar genial, el día que aparecí con la botella de champán en tu casa —dije cruzándome de brazos.

—El divorcio de la Ramírez me destrozó. Estaba roto. Sin ganas de nada. Vivía por inercia hasta que un día mi abuela al fin me propuso una cosa que me devolvió a la vida. ¿Y si hacemos algo para que tú y Carmunchi os reencontréis? Aquellas palabras consiguieron algo que tenía completamente olvidado: ilusionarme. Y nos pusimos manos a la obra. Aun cuando te guardaba rencor porque no tuviste la caridad de enviarme ni una triste tarjeta de felicitación por mi cumpleaños o un Feliz Navidad durante los duros días del internado... Y mira que tuviste días para hacerlo...

—No te escribía pero pensaba mucho en ti. —No era una excusa, era la pura verdad.

—Qué rara eres. ¿Y se puede saber por qué no me escribías? —me preguntó echando chispas por los ojos—. ¡Con tus cartas habría aguantado de otra manera ese puto infierno, puto infierno bajo un chorro de luz blanca!

—Eduardo insistía en que te escribiera. Lo intenté muchas veces, empecé muchas cartas, pero ¿para qué si no iba a poder verte? ¿Para qué si no iba a encontrarme contigo en la plaza? ¿Para qué si no estabas para chincharme o contarme alguna de tus tonterías? Escribirte me provocaba una tristeza muy grande, así que preferí dejar que el tiempo pasara y que nos hiciéramos mayores.

—¡Podías haber tenido la deferencia de contarme tus planes! —exclamó revolviéndose el pelo con la mano. Estaba espectacular. Llevaba unos vaqueros y una camisa blanca que destacaban las bondades de su cuerpo, y a pesar de las ojeras y la barba incipiente, estaba más guapo que nunca.

—La misma que tuviste tú cuando me viste entrar con la botella de champán y me llamaste la pirada del pueblo. ¡La misma! ¡Te burlaste de mí todo lo que quisiste y más!

—El plan funcionó hasta que te dio por hacer la Cenicienta y salir huyendo.

—No podía arriesgarme a despertar contigo. ¿Para qué?

—¡Detesto tus para qué! ¿Podías hacerte un gran favor y desterrarlos de tu vocabulario?

—Hice lo que consideré más sensato y luego la pifié, sí, antes de que lo digas tú, lo digo yo: caí por error en los brazos equivocados y os proporcioné risas y diversión para dar y tomar.

—No estuvo mal... —dijo mordiéndose los labios para no romper a reír.

—Tú sí que estuviste mal al aceptar la propuesta de Eduardo de tenerme dos semanas a pan y agua. Por no hablar del giro final de la trama que se le ocurrió a tu abuelita...

Santiago se incorporó, se sentó en el sofá, se puso en la posición de la flor de loto y luego me confesó:

—¿Qué puedes esperar de mí? ¡Soy un hombre enamorado! Estoy idiotizado perdido. No me puedes exigir claridad de pensamiento cuando tengo la lucidez completamente anulada. No me quedaba otra más que confiar en ellos y tampoco ha salido tan mal. Estás aquí ¿no?

—Sí, terriblemente enfadada y decepcionada —respondí fingiendo más enfado y decepción de la que realmente sentía.

Sin embargo, mi actitud no pareció preocuparle lo más mínimo porque con todo su descaró, replicó:

—Reflexiona un poco y no te cierres los *chakras*, anda...

—Déjame en paz —murmuré mientras me tapaba la cara con la manta para que no viera que estaba riéndome.

—No sé cómo pudiste enredarte con ese tío...

—Me equivoqué —me negué a dar más explicaciones—. He roto con él. Vengo de celebrarlo en la Joy con mis amigas...

—¡Podías haberme invitado!

—¡Y a la Ramírez también!

mundo que te desee como yo, risas porque no vas a encontrar a nadie más idiota que yo y amor, muchísimo amor, porque te amo como jamás imaginé que se podría amar a alguien.

—¡Deja de manipularme! —grité—. Si piensas que así se me va a olvidar de un plumazo lo que has jugado conmigo, ¡vas listo!

—Te pido perdón por haberte mentado un poco, reconozco que no ha estado bien, pero mis sentimientos son de verdad, te quiero de verdad, te deseo de verdad —sollozó llevándose las manos al pecho.

Parecía sincero y yo sabía que lo era. Le conocía demasiado bien. Y además, yo estaba sintiendo lo mismo que él. Me temblaban hasta las pestañas, le deseaba tanto que me dolía, le quería muchísimo, de siempre además, desde que le di nuestro primer beso el día de la Comunión. Pero había que hacer las cosas bien y pensarlas mejor. Una boda no era un asunto para tomarse a la ligera. Y menos plantearlo en mitad de una discusión.

—Lo sé. Sé cuál es tu verdad, pero estoy muy dolida con tus mentiras —musité.

—Lo entiendo. Pero cástate conmigo. Ya sé que eres una chica lúcida que no hace estupideces. Pero a veces hay que hacerlas, aunque sea una en la vida. ¡Solo una! ¡No te pido más que una!

—Santiago, por favor, no es el momento...

—Siente, no pienses, solo siente. ¿Qué te dice tu corazón? ¡Escúchalo de una vez, que te está gritando!

—¡Santinierno! Siempre incordiando, siempre enredando, toda la vida volviéndome loca...

Me levanté, porque no me apetecía estar ni un segundo más junto a él, y al pasar por su lado, me cogió por el muslo y susurró:

—Espera...

No tenía nada por lo que esperar, pero él empezó a acariciar mi muslo por

debajo de mi vestido y se me escapó un gemido.

—No te vayas —me exigió, porque no era una súplica.

—Por favor...

Yo sí que le suplicaba, si bien él no hacía ni caso. Se sentó en el sofá y continuó con el ascenso de su mano hasta llegar hasta donde no debería de haber llegado.

Y no se quedó ahí, me atrajo hacia él y apoyó su cabeza en mi vientre.

—Santiago... —susurré con los ojos cerrados.

Su mano seguía dentro de mi ropa interior, acariciándome, aquello era una locura. No podía resistirlo, era superior a mí... Estremecida, retiré su cabeza de mi vientre, solo un poco, momento que él aprovechó para bajar mis braguitas que acabaron enroscadas a mis tobillos.

—Llevo tanto tiempo soñando con tu piel. Quiero darte amor y recibir el tuyo. Solo quiero hacer mío tu deseo...

Entonces, subió mi vestido hasta dejarme expuesta ante su boca, y donde antes acariciaban sus dedos, ahora lo hacía su lengua con una descarada suavidad y pericia. Me estaba muriendo de placer, sabía muy bien lo que hacía, si bien cuando aquello ya se hacía irresistiblemente delicioso, se apartó y me miró diciendo:

—Mi boca loca tiene sed de tu encierro, pero si prefieres irte...

—Nunca me he ido, ¡y lo sabes!

Su boca no tuvo piedad conmigo tanto que llegó un punto en que me tambaleé un poco, derretida de placer, y Santiago aprovechó para cogerme de las caderas, darme la vuelta y sentarme sobre él, a horcajadas.

De una patada al aire mis braguitas salieron volando, y Santiago entretanto seguía torturándome, sus dedos se perdían entre mis muslos, mientras mis nalgas se restregaban, sinuosas, contra su erección.

—Ardo por ti, ardo de ti, ardes de mí —susurró entre gemidos.

Entonces, me empujó por las caderas hasta levantarme y se bajó los pantalones, mientras que con la mano libre me acariciaba las nalgas susurrando:

—No lo soporto más. Quiero penetrarte...

Lanzó sus pantalones también bien lejos y volvió a sentarme encima de él. Luego, deslizó la parte de arriba de mi vestido y comenzó a acariciarme el pecho, a mordisquearme el cuello y a volver de nuevo a la tortura de su otra mano en mi pubis, explorándome.

Y entonces, comenzamos un movimiento de vaivén, de contacto, de roce, de los dos sexos, hasta que su miembro se deslizó dentro de mí, sin más.

Gemí. Mis gemidos eran la música y su cuerpo el instrumento. Sus dedos se anclaron a mis caderas y me empujaron hacia él, que me penetró una y mil veces, mi espalda se arqueó, nuestros sudores se mezclaron, nuestros humores también, jadeamos juntos, mordimos los contornos del gemido, los preámbulos del grito orgásmico que por fin nos liberó, primero a mí y luego a él, que al escuchar cómo me corría, apoyó la cabeza sobre mí y apretándome los pechos desesperado, orgasmó y al fin supe de sus sonidos primordiales.

Caímos derrotados en el sofá, con las estrellas vigilantes, y la noche suave de abril que nos arropaba.

—Soy el fruto de tu orgasmo... —musitó Santiago.

—Yo no sé lo que soy...

—Te amo —me susurró al oído.

—Y yo.

—Anda que si te llegas a ir. Lo que te pierdes.

—Necesitaba manifestar mi enfado.

—Pero ¿ya se te ha pasado o todavía sigues?

Estuve tentada a mentirle pero al final fui buena:

—Te amo. No lo entiendo, pero mi corazón te pertenece. Ahora a ver lo

que haces con él, que te conozco.

—¿Qué voy a hacer? Pues adorarlo —me estrechó entre sus brazos y luego exclamó—: ¡Qué maravilla! Y lo mismo de esta sales embarazada.

Este hombre era incorregible...

—No me estropees el momento, por favor —le regañé sin mucha convicción.

—¿Estropeo el momento si digo que deseo dejarte embarazada? ¡Está puesto en el *collage*, acabará sucediendo más pronto que tarde, porque con lo que te deseo!

—¡Tomo la píldora! —exclamé muerta de risa.

—Y yo que estaba visualizando a los gemelos, porque este polvo ha sido de gemelos.

—Pues olvida la visualización...

—¿Por qué? Lo mismo falla...

—No va a fallar, nunca lo ha hecho —negué con la cabeza.

—Y si falla, pues genial. Oye, que no te he comentado que soy donante de sangre. Lo digo para que estés tranquila.

—Menudo donante estás tú hecho que te vas mareando por las esquinas.

—¿Te lo ha contado mi abuela? Esta mujer lo casca todo. Es la primera vez que me pasa, es que estaba muy débil, la incertidumbre me estaba matando y apenas podía probar bocado. Tenía tanto miedo a perderte...

—Estoy aquí. ¿No me ves? —dije besándole en los labios.

—¿Entonces, me has perdonado? ¿Ya no me guardas rencor?

—A ver, no te voy a engañar...—Le miré muy seria y él se asustó.

—¿Qué pasa?

—Tendré que ponerte unos cuantos días bajo el chorro de luz blanca y supongo que se me acabará pasando —contesté haciendo esfuerzos ímprobos para no estallar en carcajadas.

—No me hables de chorros, porque has despertado a la bestia y esto no ha acabado aquí, dame cinco minutos más y ya verás...

—¿Solo cinco minutos? —repliqué ya con una amplia sonrisa.

Me apretó más contra él y me preguntó con sus labios pegados a los míos:

—¿Desde cuándo me amas? ¡Y no vale mentir!

—¿Me vas a poner un detector o qué?

—Dime la verdad y solo la verdad.

Me miraba de una forma tan amorosa y tierna que solo pude decir la verdad a Santinfierno:

—Desde el beso de tu Primera Comunión. ¿Te vale?

—Y lo de Johnny Depp ¡desembucha! ¿Por qué tienes a Eduardo Manostijeras de foto de perfil? —exigió mientras besaba mi cuello.

—¡Me gusta esa peli!

—Voy a saber la verdad, lo quieras o no...

—¿Cómo? —le pregunté risueña.

—Te torturé con orgasmos, uno tras otro, hasta que no puedas más y tengas que decir la verdad.

—¡Me interesa! Puedes empezar cuando quieras...

—¿Estás segura? Te advierto que estaremos horas y horas juntos y todo será sutil, convulso, compenetrado y amoroso.

—No me importa. Me sacrificaré.

Santiago sonrió y luego me tomó de la mano y dijo:

—Estoy en una burbuja de felicidad, y eso te lo debo a ti. Muchas noches salgo a la terraza y es un remanso de paz, pero al poco siento una soledad tan honda que me llena de tristeza.

—Lo sé... Lo sentí la primera vez que pisé esta terraza.

—¿Y ahora qué sientes? —preguntó besando mi mano.

—Siento que he nacido para llenar tu vida de burbujas, burbujas de

felicidad.

—Así tengo el corazón, burbujeante de amor. Floto, soy ligero, vibro... — Santiago de pronto se calló—. ¿Has escuchado eso?

—¿El qué?

—Está sonando el timbre, espera un momento por favor.

Aproveché que Santiago se ausentaba para mirar el WhatsApp, ya que había escuchado que habían entrado varios mensajes...

Eran de las chicas...

Sol: ¿Qué ha pasado? Cuenta algo...

Yo: He sido un poco mala y le he puesto de aquella manera, jijiji.

Leo: ¿Qué tal?

Yo: ¡Perfecto! Estamos en la terraza de su ático, hace una noche estupenda, si vierais cuántas estrellas... Es todo tan romántico...

Sol: ¿Y dónde está él? ¿Se ha ido a por el telescopio?

Yo: Se ha ido a abrir la puerta, no sé quién será y he aprovechado para escribiros. ¿Vosotras seguís en la Joy?

Sol: Sí, hija, para una vez que salgo, aprovecho. Pero venga, al grano, ¿ha habido tema?

Yo: Sí, todo es perfecto. Estoy en la gloria, chicas.

Leo: Disfruta mucho, me alegro mucho por ti. Sé muy feliz.

Yo: Lo soy. Muchas gracias, guapas. Os dejo que estoy escuchando que ha entrado alguien.

Sol: ¿Quién?

Yo: No sé... No lo veo.

Sol: Levántate y mira. No pierdas ripio.

Yo: Está de pie frente a una mujer que llora sobre su hombro.

Leo: Vete a ver qué pasa.

Sol: Esa va a ser la ex. ¡Qué tía más perra! ¡Esa os ha puesto cámaras y

entra a sabotearos! Ojito con ella. Va a hacer todo lo posible para borraros del mapa. Ha vuelto para marcar el territorio y mearte. Sé implacable. Tírala por el hueco de la escalera.

Leo: Se nota que meditas y haces yoga, Sol; estás llena de paz y de armonía.

Sol: Soy puro instinto, las veo venir de lejos a estas mamarrachas.

Yo: No sé, es tan rara la situación. Os dejo chicas... Ya os cuento.

Fui al baño a acicalarme, y ya en el salón tosí un par de veces para que Santiago y su visita se percataran de mi presencia. Él se giró y nos presentó:

—Carmen te presento a Teresa Ramírez, Teresa te presento a Carmen, la chica que estuve esperando durante años a que se dignara a mandarme aunque fuera una mísera tarjetilla de felicitación, y a la que ya no guardo rencor, por supuesto.

La Ramírez, una mujer guapa, rubia y delgada, levantó la cabeza del hombro de Santiago, me miró de arriba abajo, sonriente:

—¡Carmen! Santiago me ha hablado mucho de ti, Dios mío cuánto te odiaba.

—Eso era antes. Pero ahora es mi prometida.

—¿Prometida? No me habías dicho nada.

—Es que te recuerdo que cuando hablamos solo lo hacemos sobre asuntos profesionales —repuso Santiago—. Llevamos un tiempo pensando si nos asociamos o no —me aclaró.

—Tenemos formas distintas de entender el negocio... —explicó la Ramírez a la que apenas se le veían los ojos de lo mucho que debía llevar llorado.

—Es que para mí no es negocio. Esa es la diferencia...

—Para mí la abogacía no es algo altruista —explicó ella.

—No nos vamos a poner nunca de acuerdo y a mí me da una pereza

tremenda estar todo el día a la gresca, Ramírez.

—Lo mismo me pasa a mí. Eres bueno, como yo, pero no me gusta practicar la caridad cuando estoy en el despacho.

A mí me parecía estupendo que tuvieran dos modos distintos de ver el negocio, pero no entendía por qué la Ramírez seguía abrazada a Santiago.

—Si queréis seguir hablando de negocios... yo me voy...

La situación era tan extraña que me prometí a mí misma que como esa fuera una treta de Santiago para no sé qué, esta vez sí que no iba perdonárselo en la vida. ¡Traerse a la Ramírez a casa el día que me pide matrimonio!

—No. Quédate, solo la estoy consolando un poco, pero ya se va... Ha roto con el gordo sarnoso —me explicó Santiago—. Es que no sé para qué me pongo a inventar nada, porque invento algo y luego se hace realidad.

—¿Te has inventado que rompía? ¿Para qué? —preguntó muy compungida la Ramírez, la verdad era que me estaba dando pena.

—Para que Carmen se pusiera celosa, dejara a su novio y se viniera conmigo.

—Pues lo has conseguido. Hemos roto y por una tontería. ¡En qué hora le he sugerido que se apunte al *gym*! Por supuesto que por salud, no porque no le acepte como es, sino para que se sienta mejor... La que se ha liado, nos hemos reprochado tantas cosas...

—Lo que es la vida, hace unos meses hasta habría pagado para vivir este momento y ahora que he logrado verte bajo el chorro de luz blanca, que es una técnica para perdonar a tus enemigos, ahora, Ramírez, ya es que ni puedo disfrutar de mi victoria, porque siempre supe que el gordo era un trucho. Qué piel más fina, por favor. Montar un pollo porque le sugieren que se vaya al *gym*...

—A lo mejor es algo pasajero —apunté para quitarle un poco de hierro.

—Nos hemos dicho cosas tan feas...

—No pasa nada. Te advierto que lo del chorro de luz funciona, por muy feas que hayan sido esas palabras, tú le pones a tu gordo debajo, un gran chorro, por supuesto, y con suerte igual te viene la paz y el perdón.

—No sé, Santiago. No sé... Y perdonadme porque haya venido a estas horas, pero no tenía a donde ir. Tampoco quiero alarmar a mis seres queridos...

—Para las alarmas son siempre mejor los seres odiados —replicó Santiago.

—¿Tú sabes dónde te metes, Carmen? —me preguntó la Ramírez—. Hay tres cosas en la vida de las que sé que nunca me arrepentiré: de estudiar Derecho, de ponerme implantes mamarios y de divorciarme de esta mosca cojonera.

—¡Qué preguntitas más absurdas, Ramírez! Esperaba mucho más de tu cráneo privilegiado. ¡Desde luego que sabe dónde se mete! Es la que mejor me conoce, la que más tiempo lleva aguantándome. ¡Es una apuesta segura! ¡Soy su caballo ganador!

Santiago se separó de la Ramírez, saltó sobre mí, literalmente, y me dio un beso enorme en los labios.

—¡Qué bonito es el amor! —sollozó la Ramírez mientras se enjugaba sus lágrimas—. Y es tan contagioso que me están entrando unas ganas enormes de poner un mensajito a mi gordo.

—Insisto en que es un truco, pero si le amas: escríbelo, en el ascensor a poder ser. Es que necesito hacer el amor salvajemente a esta mujer —dijo Santiago abrazándome por la espalda, mientras yo me mordía los labios de la vergüenza que me daba el descaro de mi ¿prometido? Que yo supiera todavía no había dicho ni sí ni no.

—Sí, me vuelvo a casa —informó la Ramírez—. Yo he sido la que he tomado la decisión de romper, y me he ido de casa dando un portazo, mi gordo tiene que estar desconsolado.

—Pues, anda, Ramírez, moviendo el culo: a consolarle...

—Os llamo y organizamos una cenita, los cuatro...

—Cenaza, si te traes a tu gordo, cenaza. ¡Que te vaya bien!

Despedimos a la Ramírez y en cuanto nos quedamos solos, le confesé mis temores y desvelos:

—¡He llegado a pensar que era otro teatrillo!

—Cuando he abierto antes la puerta y la he visto, me he asustado muchísimo, imaginando lo que se te podía estar pasando por la cabeza... ¡Qué mala suerte la mía! Justo el día que deshacemos el enredo, que me perdonas, que te pido matrimonio, la Ramírez tiene que dejarlo con el gordo trucho, gordo trucho bajo un chorro de luz blanca, por supuesto, y venir a mi casa a lloriquearme. Tenía pánico a que salieras espantada...

—No me he ido. No pasa nada, ya está todo bien y la hemos devuelto con su amor. Voy a poner un wasap a mis amigas que están expectantes, un momento...

Yo: Chicas, todo *ok*. La ex había roto con el novio y ha venido a buscar consuelo. Se lo hemos dado y una vez aquí se ha dado cuenta de que lo ama.

Sol: ¿A quién ama? ¿Al tío bueno de los traumas?

Yo: No, a su novio.

Sol: La gente es que no aguanta ni un minuto con un problema, enseguida tiene que ir a vomitárselo a alguien encima. No volváis a abrirle la puerta jamás.

Leo: ¿Tú estás bien, Carmen?

Yo: Sí, genial, me voy a quedar aquí a pasar la noche.

Sol: ¡Suelta el móvil de una vez! Vamos... ¡A gozarla!

Salí a la terraza donde estaba Santiago esperándome... Estaba contemplando las estrellas y yo le sorprendí por la espalda, agarrándole por la cintura.

—Vuélveme a preguntar lo de la película de Johnny Depp —le susurré al oído.

Santiago se dio la vuelta, se puso frente a mí y con su mejor cara de diablo perverso me preguntó:

—¿Por qué? ¿Vas a decirme la verdad?

—Tendrás que arrancármela con esa técnica que tienes...

Epílogo

Desde esa misma noche, Santiago y yo comenzamos a vivir a juntos, entre su casa y la mía. Nuestras vidas y nuestros corazones eran copas de champán rebosantes de burbujas de felicidad que apurábamos cada día. Nos queríamos, nos amábamos, nos deseábamos: estábamos locos de amor.

Santiago había hecho grandes avances respecto a la curación de sus heridas del pasado, tenía una relación fluida con su madre y con su hermana, había cruzado varios *mails* con su padre y con sus compañeros del internado ya podía mantener largas conversaciones bajo el chorro de luz blanca.

El local funcionaba a la perfección y cada vez dábamos de cenar a más chicos. En cuanto a lo profesional, Santiago todavía seguía pensándose si se asociaba con la Ramírez quien por cierto regresó con su pareja la misma noche que vino a vernos desesperada.

En cuanto a mí, Cárdenas después de unas semanas en las que estuvo sin dirigirme la palabra, volvió a hacerlo para confesarme que no me guardaba rencor, y que había vuelto a sus encuentros de terraza con la Parrado.

Santiago y yo también teníamos nuestra terraza... Los días en que el vecino de abajo se marchaba de casa, seguimos organizando fiestas que se llenaban de gente, como a Santiago le gustaba y a mí también. Sol y Leo y Eduardo y Orosia, se apuntaban a todas, y por supuesto que las canciones de Technotronic y de Phill Collins sonaban siempre. ¡Cada día bailábamos mejor!

Leímos, vimos *pelis* estupendas, Orosia nos hacía guisos maravillosos, Iker siguió levantando copas... Lo de los niños era un poco pronto todavía, y desde luego que jamás íbamos a ser los von Trapp, pero lo del descapotable

rosa era un sueño del *collage* que todavía no se había cumplido... hasta que llegó el verano y mi abuela nos invitó a su fiesta de cumpleaños en Valdetorres.

Fue un sábado, Santiago se bajó antes del coche con los regalos y las maletas. Me dijo que me esperaba en la esquina de nuestra calle, si bien cuando llegué no vi nuestro coche, solo un descapotable rosa como el que en su día él recortó para su *collage* de la felicidad.

Me acerqué a curiosear, y menuda sorpresa cuando descubrí a Santiago dentro. Subí corriendo al vehículo, emocionada, disfruté de la experiencia de que me despeinara primero el viento y luego él, porque cuando ya nos faltaba poco para llegar al pueblo, tomó un desvío y cumplimos su deseo veraniego: risas y lo otro.

Llegué a Valdetorres con los pelos tan enredados que Alvarito me preguntó si “me había metido a *punky*”. Mis primas Inés y Sonsoles se empeñaron en pedirme disculpas delante de la familia, disculpas que por supuesto acepté. Santiago insistió en manifestar delante de todos que estábamos prometidos y que quería embarazarme y esta vez mi padre sí que le creyó. No solo lo creyó sino que después le invitó a jugar al dominó, cosa que mi padre solo hace con las personas a las que aprecia. Mi madre y mi abuela estaban encantadas con él y sobre todo estaban dichosas, como el resto de mi familia, de verme feliz.

Y es que lo estaba, y mucho, y todo se lo debía a la mujer que estaba sentada enfrente de mí, junto a Eduardo, y que nos miraba llena de amor.

La mujer que un día se presentó en mi casa con una botella de champán, para que las burbujas cambiaran mi vida para siempre.